

Bruno Traven

LOS RECOLECTORES DE ALGODÓN



Bruno Traven

LOS RECOLECTORES DE ALGODÓN

Título de la primera edición en alemán: *Der Wobbly*

Título de la primera edición en inglés: *The cotton pickers*

Edición digital: C Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CANCIÓN DE LOS RECOLECTORES DE ALGODÓN

Algodón visten rey y príncipe,
millonario y presidente,
pero el humilde recolector de algodón
suda para ganar cada maldito centavo.

En marcha hacia el algodonal,
el sol sube sin cesar.
Cuélgate el saco, cíñete el cinturón...
Presta atención, la balanza se inclina.

Mira lo que como:
frijoles, chiles y tortillas...
y la camisa de espantapájaros que birlé,
rasgada y hecha girones por los arbustos.

En marcha hacia el algodonal,
el sol avanza sin cesar.
Cuélgate el saco,
cíñete el cinturón...
Presta atención, ¿mendiga la balanza?

El precio del algodón está por las nubes,
pero yo no tengo un buen par de zapatos.
Mi pantalón cae hecho trizas
y por los siete asoman las nalgas.

En marcha hacia el algodonal,
el sol trepa demasiado rápido.
Cuélgate el saco,
cíñete el cinturón...
Presta atención, ¿mangonea la balanza?

En mi cabeza el sombrero de paja,
me lo quito cuando sudo.

Pero sin él no podría cosechar,
inclinado bajo un sol de justicia.

En marcha hacia el algodonal,
el sol apunta en lo alto.
Cuélgate el saco,
cíñete el cinturón...
Caray, ¿tiembla la balanza?

Sólo soy un pobre trotamundos,
vaya, así me hicieron,
para ti no hay cosecha de algodón,
a menos que la recojan vagabundos como yo.

¡En marcha, formando filas de recogida,
bajo el abrasador sol!
O llenaréis vuestros sacos de piedras...
Escucha, ¿se está partiendo la balanza?

LIBRO PRIMERO

I

El tren que me había traído hasta este lugar pequeño y aparentemente abandonado acababa de partir, y me encontraba de pie en el andén, buscando con la mirada a alguien que pudiera decirme lo que con tanto apremio necesitaba saber.

Las personas que estaban allí me parecieron profundamente deprimentes. Deambulando por el andén y sentados en los laterales vi a varios campesinos vestidos con prendas de algodón blanco que habían pasado por muchas coladas. Las mujeres tenían los brazos cargados de niños y estaban rodeadas por otro montón de críos que se aferraban a sus faldas, con expresiones de temor y asombro dibujadas en sus caras jóvenes, caras cubiertas de polvo blanquecino.

Mientras observaba ensimismado el paisaje e intentaba decidir a quién abordar para recabar la información que tanto necesitaba, noté de pronto que alguien se detenía bruscamente ante mí y que su nariz casi rozaba la punta de la mía. Retrocedí instintivamente algunos centímetros y vi que se trataba de un negro muy alto y fuerte, que me dirigió la palabra:

—Mister, ¿podría decirme qué dirección hay que tomar para llegar a un rancho cercano propiedad de un hacendado llamado Mr. Shine?

—¿Para qué quiere ver a Mr. Shine? —le espeté.

Simultáneamente lamenté mi exabrupto. La súbita proximidad de ese hombre me atrapó en medio de un difícil proceso de pensamiento estrechamente relacionado con lo irremediable de mi actual situación económica. Para que ese negro gigantón tuviera mejor opinión de mí y de mi carácter, me apresuré a añadir:

—Verá, amigo, el Mr. Shine que acaba de mencionar es exactamente la misma persona que he venido a ver a este pueblo dejado de la mano de Dios.

—Mister, ¿también por lo del algodón? —preguntó.

—También por lo del algodón: me gustaría ayudarle en la cosecha o, para decirlo más exactamente, en la recolecta.

Aún nos mirábamos dubitativos, sin saber qué más decir o hacer, cuando con trote vacilante se acercó un chino menudo de amplia sonrisa (hasta sus orejas parecían sonreír).

—Buenos días, caballeros —nos saludó—. Quizá puedan ayudarme, con peldón, tal vez puedan indicarme el camino de... —Calló, buscó algo en el bolsillo de su nivea camisa sin cuello, sacó un papel, lo desplegó y nos lo ofreció. Sin perder la sonrisa de oreja a oreja, intentó leer la palabra garabateada—: Ixtli...

—No siga —le frené—. Se le trabará la lengua si intenta pronunciar el nombre de ese sitio. Se llama Ixtlixochicuauhtepec, ¿verdad?

—Absolutamente verdad, señor, ése es precisamente el nombre.

—En ese caso, sus problemas están a punto de resolverse pues nosotros también nos dirigimos a ese sitio —dije—. Bienvenido, amigo, puede unirse a nosotros.

»Ixtli... Ojalá tuviera la más remota idea de dónde se encuentra esa aldea, ranchería o lo que sea. ¿Hacia el norte? ¿Hacia el sur o hacia el oeste? Veamos, en las proximidades de esta estación de ferrocarril tiene que haber alguien que sepa cómo encontrar ese sitio de nombre azteca y tralenguas.

A excepción de otro negro, los que holgazaneaban por el andén eran indios y mestizos. Aquél era tan negro como el gigante que me acompañaba, pero medía treinta centímetros menos y era muy delgado. Ignoro cuánto tiempo dedicó a estudiar el trío que formábamos, pero sé que cuando nuestras miradas se cruzaron se acercó con paso seguro.

—Mister, ¿por casualidad podría decirme el paradero de Mr. Shine, dueño de una plantación de algodón? —preguntó—. En Tampico me dijeron que busca peones para recolectar algodón y que lo encontraría cerca de esta estación.

—¡Vaya, vaya! Su paradero es precisamente lo que nos gustaría saber. Estamos buscando esa plantación. Venga con nosotros.

—Muchísimas gracias, colegas. Me alegro de tener compañía en estos parajes. Me alegro mucho de estar con camaradas en esta región donde, según me han dicho, es posible encontrar todo tipo de bestias salvajes, tigres y leopardos.

Ahora formábamos una especie de grupo organizado para la larga o corta marcha..., aún no lo sabíamos. Así estaban las cosas cuando se acercó un hombre a quien consideré mestizo por su modo de vestir. Llevaba sobre el torso un pedazo rojo, raído e informe, de manta de lana basta y se cubría con el tradicional sombrero blanco, desaliñado y de ala ancha de líber..., ¿o era de paja? Su rostro bronceado estaba cubierto por una especie de barba.

Era un hombre maduro, de complexión media, esbelto pero sin duda acostumbrado al trabajo duro. En otros tiempos sus gastadas y sucias zapatillas de tenis habían sido blancas. Recordé que le había visto en el tren, viajando en el mismo vagón que yo había escogido para venir aquí.

Observó a nuestro grupo como si buscara a alguien acaso conocido y decidió dirigirse a mí:

—Buenos días, señor, ¿es usted Mr. Shine?

—No, no soy Mr. Shine —repliqué—. He venido para reunirme con él en algún lugar de por aquí.

—¿Y es éste el sitio?

Mientras hablaba, mostró un sucio recorte de diario en el que se leía Ixtlixochicuauhtepec.

—Sí, amigo, éste es el sitio. Como llevamos esa dirección, si quiere venir con nosotros está invitado; bienvenido.

—No podía pasarme nada mejor. Muchas gracias, mil, mil gracias. Agradezco la compañía. Muchas, muchas gracias—. Se inclinó con la proverbial cortesía de los mexicanos.

Se volvió ligeramente y se mesó la barba, sin saber qué más decir o hacer. Al verlo se me ocurrió que sería mejor que nos pusiéramos en marcha inmediatamente; de no, otro puñado de hombres necesitados de trabajo podían tratar de sumarse a nosotros.

Como era de prever, otro mexicano se aproximó ociosamente. No era mestizo como el anterior. Se trataba de un mexicano de pura estirpe india, vestido con prendas muy limpias de algodón blanco, calzado con los huaraches típicos —sin calcetines, ¡faltaba más!— y sobre el hombro llevaba una hermosa manta de vivos colores, llamada sarape, así como un hatillo guardado dentro de una estera de paja. Se detuvo y nos miró sin decir esta boca es mía.

—¿Necesita ayuda? —le pregunté en español.

—Sí, señor. ¿Conoce el camino a Ixtlixochicauhtepec?

Puesto que era un auténtico hijo de aquella tierra, no tuvo dificultades para pronunciar el nombre.

—No —respondí—, pero estoy a punto de averiguarlo. Si quiere, quédese con nosotros. Todos vamos a recoger algodón por seis centavos el quilo. Nos pondremos en marcha apenas averigüemos cómo llegar a la plantación de Mr. Shine.

¡Ponernos en marcha! ¡Ojalá supiera qué camino seguir!

Diez minutos después de la salida del único tren del día, la estación se había vaciado y permanecía soñolienta y abandonada bajo la canícula tropical, como sólo puede estarlo una estación de esta región del continente americano. Ya se habían llevado la saca de correos, que parecía pura saca y sin carta alguna. Las mercancías —unas pocas cajas, dos bidones de queroseno, cinco rollos de alambre de espino, un saco de azúcar— continuaban en el andén abrasador, esperando a que alguien las reclamara.

La choza de madera donde expedían billetes y pesaban el equipaje estaba cerrada con candado. El encargado de la administración había abandonado la estación antes de que se alejara el último vagón. Hasta la menuda y

anciana india —quien, como sus colegas de todas las estaciones rurales, aparecía siempre con su cesta de paja llena de tortillas y dos botellas con café frío en cuanto llegaba el tren—, hasta ella, había ganado distancia y se deslizaba entre los pastos altos rumbo a casa. Siempre era la última en abandonar el andén. Aunque jamás lograba vender nada, todos los días iba al encuentro del tren. Casi seguro que llevaba a la estación el mismo café durante semanas. Evidentemente los viajeros lo sospechaban; de lo contrario, alguna vez habrían dado a la anciana la posibilidad de ganar un dinerillo, sobre todo en medio de aquel calor. De todos modos, el agua helada que servían gratuitamente en los trenes echaba por tierra el negocio de café frío de la vieja.

Mis cinco compañeros se habían sentado satisfechos en el suelo, cerca de la choza de madera... y a la sombra. Debo reconocer que, como el sol caía a pique sobre nosotros, hacía falta un hombre acostumbrado a él para descubrir dónde estaba la sombra.

Para ellos el tiempo era lo de menos; como sabían que yo quería ir a donde se dirigían, dejaron en mis manos el reconocimiento del terreno. Sin elección formal me convertí en el jefe de nuestro grupúsculo. Irían donde yo fuera y ni un segundo antes; me seguirían aunque los llevara a la Argentina.

En las cercanías de la estación no se divisaba ni una sola casa. Miré en la dirección que había tomado el último grupo de nativos que partieron —a los que aún veía abriéndose paso entre la hierba— y sugerí a mis compañeros que los siguiéramos, con la ilusión de que tal vez nos condujeran al pueblo o de que nos dijese cómo llegar.

No tardamos en alcanzarles.

—Señor, nunca oímos hablar de una plantación o un sitio con ese nombre —contestaron cuando los abordé—. Vengan con nosotros. Seguro que en el pueblo habrá quien conozca el camino.

Al cabo de un rato llegamos al villorrio. Las viviendas eran chozas toscas rodeadas de plátanos y altos mangos, que dan grandes cantidades de fruta pese a que en estos parajes nadie los cuide. Los pequeños campos estaban

sembrados de maíz y frijoles que excedían con mucho las necesidades de sus pocos habitantes.

Habría sido inútil acercarse a una de las chozas y preguntar por el camino a Ixtli... Aunque dieran una respuesta, no sería de fiar. No es que fueran a querer confundirnos deliberadamente, sino que, por pura amabilidad, querrían dar una respuesta cordial y evitar hallarse forzados a decir «no lo sé».

Además de las chozas, en el villorrio había dos edificios de madera. Nuestros amigos nos explicaron que en uno de ellos vivía el jefe de estación, a quien debíamos preguntar por el camino; el otro albergaba una sala de billar.

Fui a casa del jefe de estación, que no supo decirme dónde quedaba Ixtli... Añadió con cortesía que jamás había oído nombrar ese sitio y reconoció que acababan de trasladarle al pueblo. Me acerqué a la sala de billar, en cuyo interior, ociosamente apoyado en una de las mesas, encontré a un hombre que parecía inteligente. Al verme entrar esbozó una sonrisa acogedora.

—Señor, lo siento mucho —respondió a mi pregunta—. Lamento mucho decepcionarlo, pero a pesar de que llevo cinco años aquí, nunca oí hablar de ese sitio. Sin lugar a dudas, tiene un nombre muy poco corriente para pertenecer a este estado. Señor, no quisiera parecer curioso, pero si no le molesta decirme qué lo lleva a ese pueblo, si es que de un pueblo se trata, en mi memoria podría sonar una campanilla y darme indicios sobre ese sitio concreto entre los muchos que conozco. Verá, en ese caso, podría ayudarlo a salir del apuro.

—Seguro que sí. Busco algodón, luego debe ser un sitio donde se cultive algodón.

El hombre se alegró notoriamente, al parecer contento de poder ayudarme. Desde el principio yo había sabido que se trataba de un buen vecino.

—Señor, ahora que habla de algodón, recuerdo que hace tres años llegó un día hasta aquí una fila de grandes camiones cargados a más no poder con

balas de algodón recién recolectado. Las trajeron a este depósito, desde donde serían trasladadas en tren hasta el puerto más próximo. Por lo que entendí, pensaban cargarlas en barcos y transportarlas a Europa o a uno de esos países extranjeros de nombre disparatado. Los camiones venían de por allí.

Hizo un ademán impreciso con el brazo, del mismo modo que un ave inmensa agita las alas cuando intenta emprender el vuelo.

La dirección que señalaba su brazo ondulante podía corresponder al norte, al oeste o al este. Al menos había una dirección que evidentemente no debía tomarse.

—¿Qué distancia cree que hay hasta el sitio del que llegaron esas personas?

—Por lo que recuerdo que dijeron los gringos —porque debe saber que los dueños de esas tierras son todos gringos— partieron a las seis de la mañana y llegaron aquí a mediodía. Calcule usted mismo la distancia, teniendo en cuenta que no hay camino y que seguramente tuvieron que abrirse paso cortando con machete los matorrales. Sin duda, no fue una travesía fácil. Cabe la posibilidad de que los indicios del camino que abrieron a machetazos aún sean lo bastante visibles como para seguirlos.

—Gracias mil veces, señor —le interrumpí encantado—, mil gracias. Sin duda me ha hecho un gran favor en el preciso momento en que sentía que el mundo se derrumbaba bajo mis pies —le estreché las manos con vehemencia y profunda alegría.

«Por fin nos dirigimos a alguna parte», me repetí una y otra vez mientras regresaba al lugar donde había dejado al grupo de hambrientos buscadores de trabajo de los que, a decir verdad, yo era el más famélico.

Decidimos emprender la marcha de inmediato y avanzar todo lo posible antes de que anoheciera, ya que a partir del ocaso sería prácticamente imposible descubrir y seguir las huellas de aquel camino, que tal vez aún fueran visibles, como había indicado el buen vecino de la sala de billar.

II

Nos pusimos en marcha con muy buen ánimo. Los seis estábamos tan contentos en nuestra mutua compañía como hermanos que, tras prolongada separación, se encuentran inesperadamente en un pueblecito aislado y extraño.

Sobre nuestras cabezas, el abrasador sol tropical; a nuestro alrededor, los espesos e impenetrables matorrales, el monte tropical eternamente virgen con su mística inefable, su fauna secreta y fantástica, sus plantas del color y la forma de los sueños, sus tesoros inexplorados de piedra y metal.

Nosotros no éramos exploradores ni buscadores de oro o diamantes. Éramos trabajadores y valorábamos más las ganancias seguras que la promesa incierta de los millones que podían aguardar ocultos en los montes que nos rodeaban, a la espera de ser descubiertos.

Caminamos por el monte salvaje y cerrado, sudando bajo el sol tropical, sin la más remota idea de dónde y cuándo localizaríamos la plantación de algodón de Mr. Shine. Podía quedar a ochenta, tal vez noventa y cinco kilómetros de distancia. ¿Y si estaba a ciento treinta o a ciento sesenta kilómetros? Necesitábamos trabajo.

Descubrimos una senda estrecha y avanzamos en fila india. Antonio el mestizo tomó la delantera. Detrás iba Gonzalo, el otro mexicano. Tras él avanzaba el chino, de nombre Sam Woe, el más elegante del grupo, el único que lucía una camisa entera. Vestía pantalón de hilo, sólidos botines hasta los tobillos, calcetines de algodón oscuro y un elegante sombrero de paja. Sam acarreaba dos hatos llenos hasta reventar y evidentemente pesados. Sonreía constantemente, estaba siempre de buen humor y, a medida que ganábamos camino, nuestro motivo más profundo de malestar consistió en que, al margen de lo que le hiciéramos o de la mala suerte que nos tocara, nada le enfurecía. Nos contó que había sido cocinero en un yacimiento petrolífero y, para que no nos hiciéramos la ilusión de que

llevaba dinero encima, se apresuró a añadir que tenía los ahorros depositados en un banco chino de San Luis Potosí.

Aunque la recogida del algodón no era la gran pasión de Sam (ni la mía), se trataba de un trabajo temporal y pensaba que de este modo podía sumar algunos pesos a su capital, con el que en el otoño pensaba abrir un pequeño restaurante —Comida Corrida, 50 Centavos— en Tampico o por ahí. Era pragmático. Cuando nos internamos en el monte espeso, pulió un palo, colgó un hato de cada extremo, balanceó el palo sobre sus hombros y trotó con pasos cortos y veloces. Hizo toda la caminata de esta forma delirante, no mostró señales de fatiga ni variaciones de ritmo y se sorprendió de que paráramos a cada rato para recobrar el resuello. Le tomamos el pelo diciéndole que éramos cristianos honrados mientras que él era un oriental de baja estofa empollado por un monstruoso dragón amarillo.

Detrás de él en la fila, marchaba Charley, el negro gigantón, que se adaptaba a nuestra compañía mucho mejor que el listillo oriental, ya que vestía harapos y llevaba su hato envuelto en viejo papel de estraza que, como el nuestro, se deshizo durante la marcha. Charley aseguró proceder de Florida, pero a mí no me convenció porque no hablaba inglés fluidamente. Su español también era parco, de modo que supuse que provenía del Brasil o que había viajado como polizón desde África. Evidentemente quería llegar a Estados Unidos y en tanto que negro le resultaría más fácil cruzar la frontera —aunque su inglés cojera— que a un blanco que hablase perfectamente el idioma. Era el único que consideraba la recolección de algodón como una actividad grata y rentable.

Luego avanzaba Abraham, el negro menudo de Nueva Orleans, que vestía una camisa negra como su piel, por lo que no era fácil distinguir los jirones de la prenda del torso que intentaba cubrir. Abraham era el único que se tocaba la cabeza: aunque parezca extraño, llevaba una gorra de rayas azules como las que suelen usar fogoneros y maquinistas. No portaba hato, sino una cafetera, una sartén y algunos alimentos en una pequeña bolsa de lona. Abraham era taimado, astuto, caradura y siempre estaba de buen humor. Tenía una armónica con la que tocaba tan a menudo la absurda

melodía *Sí, no tenemos plátanos* que al segundo día le soltamos una andanada de puñetazos.

Gonzalo dijo que Abraham robaba como un cuervo y Antonio apostilló que mentía como un dominico. La tercera noche pescamos a Abraham birlando una rebanada de tasajo a Antonio, pero se la quitamos antes de que la pusiera en la sartén y le explicamos solemnemente que, si volvía a intentarlo, le juzgaríamos de acuerdo con todas las de la ley de la selva. Le someteríamos a juicio, le condenaríamos, sacaríamos la cuerda de uno de los hatos y le colgaríamos del ébano más cercano, poniendo en su cuerpo una nota donde se daría cuenta del motivo por el que había sido ahorcado. Abraham nos dijo que no nos atreviéramos a tocarle porque era ciudadano norteamericano, «oriundo», y nos denunciaría al gobierno de Washington si osábamos ponerle un dedo encima. Vendrían con una cañonera en la que ondearía al viento la bandera y se vengarían en nosotros. Era un ciudadano libre, «de Estados Unidos», tenía certificados que lo demostraban y, en consecuencia, tenía derecho a ser juzgado por un tribunal legítimamente constituido. Cuando le explicamos que una cañonera con la bandera al viento no podía navegar por el monte, replicó:

—De acuerdo, caballeros, señores, rócenme con la punta de sus dedos y verán qué pasa.

Lo que ocurrió fue que pocos días después lo pescamos robando un bote de leche condensada al chino. Sostuvo descaradamente que la había comprado en una tienda de Tampico, pero le dimos tal paliza que no podría haber sostenido la pluma para escribir a Washington. (Cuando más adelante sisó a otros, no intervenimos.)

El último de la fila era yo, Gerard Gales. De mí no hay mucho que decir. Por la vestimenta era igual que los demás y me dedicaba a recolectar algodón —trabajo difícil y mal pagado—, porque no había otra cosa que hacer y necesitaba urgentemente una camisa, zapatos y algún que otro pantalón. Incluso así, tendría que comprarlos a un ropavejero. Diez semanas de trabajo recolectando algodón no me permitían ganar lo suficiente para comprarlos nuevos.

El sol ya había caído cuando buscamos un sitio para acampar.

Enseguida encontramos un lugar donde los pastos altos se internaban en el monte; despejamos el terreno necesario e incendiábamos las hierbas circundantes, lo que esa noche nos permitió liberarnos de los insectos y los bichos reptantes. Una zona herbosa recién quemada suele ser la mejor protección para quien se ve obligado a viajar por esos parajes y no cuenta con el equipo de viajero de los trópicos.

Encendimos una hoguera, pero carecíamos de agua para cocinar. En aquel momento el chino hizo aparecer una botella de café frío. Ignorábamos que llevaba consigo sustancia tan preciosa. Calentó café y amablemente ofreció un trago a cada uno.

¿De qué servía una botella de café repartida entre seis hombres que habían caminado medio día bajo el sol tropical sin probar una gota de agua? Además, era probable que al día siguiente encontráramos tan poca agua como la hallada la primera tarde. Es verdad que el monte está verde todo el año, pero el agua sólo se encuentra en la estación de las lluvias y únicamente en los puntos donde se forman charcas y cuencas.

Por lo tanto, sólo aquel que ha vagado por el monte tropical puede comprender la magnitud del sacrificio del chino. Ninguno le dijo: «Muchas gracias, no quiero». Todos parecimos dar por sentado que el café debía compartirse. También nos habría parecido igualmente natural que el chino se bebiera en solitario todo el café. No basta medio día de marcha por zona árida para convertirle a uno en ladrón de una taza de café, pero después de tres días en el monte se puede pensar seriamente en asesinar en nombre de una lata pequeña y oxidada de un líquido apestoso llamado agua simplemente porque está húmeda.

Antonio y yo teníamos pan seco para masticar. Gonzalo llevaba algunas tortillas y cuatro mangos. Charley disponía de unos pocos plátanos. Abraham comió algo furtivamente y no vi qué.

Nos preparamos para dormir. El chino extendió un trozo de lona en su sitio y se envolvió, cabeza incluida, en una toalla muy grande; Gonzalo se tapó con el sarape, y yo me cubrí la cabeza con un trapo agujereado para protegerme de los mosquitos. Me dormí casi en el acto. Los demás

charlaban y fumaban alrededor de la hoguera e ignoro a qué hora conciliaron el sueño.

Nos pusimos en marcha antes del amanecer. En largos tramos de la senda, la hierba estaba muy crecida. Los árboles jóvenes superaban la altura de nuestros hombros y el suelo estaba tan cubierto de cactus que a menudo no se divisaba el camino. Tenía las pantorrillas desnudas tan arañadas que la sangre atraía insectos de todo tipo.

Hacia el mediodía llegamos a un sitio donde la alambrada corría siguiendo el lado derecho del sendero y supimos que estábamos cerca de una plantación. Mantuvimos la alambrada a nuestra derecha y más o menos una hora después llegamos a un amplio claro cubierto de altos pastos. Registramos la zona y encontramos una cisterna... vacía. Unas cuantas vigas podridas, viejos bidones, oxidadas chapas de hierro laminado y otras basuras semejantes demostraban que allí hubo una granja.

Aunque fue una desilusión, no nos desalentamos. En esta zona del mundo, las fincas se ganan al monte, se explotan diez o veinte años y súbitamente, por la razón que sea, se abandonan. En cinco años —y a menudo menos— el monte devora las señales de los hombres que antaño vivieron y trabajaron allí. El monte tropical devora a más velocidad de la que pueden trabajar los hombres. El monte no tiene memoria: sólo conoce el presente vivo y creciente.

A las cuatro llegamos a otra granja habitada por una familia norteamericana. Fui bien recibido, el granjero me proporcionó una buena comida y me ofreció dormir en su casa. Los demás comieron en el patio y se les dio autorización para dormir en el establo.

El granjero conocía a Mr. Shine y me informó que aún nos quedaban por cubrir unos cincuenta kilómetros. Añadió que en el camino no había agua y que en algunos tramos el sendero era apenas discernible, ya que desde hacía tres años nadie lo utilizaba. Ahora Mr. Shine llevaba el algodón a la estación de Pozos, al otro lado de Ixtli...

—No está tan lejos de la plantación de Shine como aquella de la que vienen —dijo—. La carretera es buena. Al principio tampoco existía la

carretera de Pozos, pero la han construido desde que llegaron los petroleros. Ahora todos los hacendados usan esa estación y le aconsejo que para regresar elija esa carretera. A propósito, ¿por qué nadie les dijo que se apearan en Pozos? —añadió.

¿Por qué? Porque, ¿qué les importaba a los hombres que reclutaban recolectores para las plantaciones de algodón la forma en que consiguiéramos el trabajo? Escribieron «Ixtlixochicuauhtepec» y ahí concluyó su participación en el asunto. ¿Qué les importaba a ellos comprobar el camino?

Porque al jefe de estación no se le ocurrió pensar que no daba lo mismo expedir el billete para una estación u otra, tal vez ni siquiera sabía que existía opción o, si lo sabía, ignoraba que la alternativa consistía en una caminata de tres días abriendo sendero bajo un sol ardiente y una carretera auténtica en la que hasta era posible que nos recogiera un camión.

A la mañana siguiente nos ofrecieron un copioso desayuno. Una vez más, comí con la familia. Cuando nos disponíamos a emprender la marcha, el granjero reunió botellas suficientes para que cada uno tuviera su recipiente de té frío y nos dispusimos a cubrir los casi cincuenta kilómetros que nos faltaban.

Llegamos a la plantación de Mr. Shine casi al mediodía del día siguiente. Nos recibió con verdadera satisfacción pues le faltaban peones.

Me hizo entrar en la casa y me preguntó:

—¿Qué? ¿Usted también quiere recolectar algodón?

—Sí, no me queda más remedio. Estoy sin blanca, como puede ver por los harapos que llevo. En las ciudades no hay trabajo. Todo está plagado de estadounidenses en busca de trabajo, gente que sufre la crisis de posguerra. Cuando aquí necesitan obreros, prefieren a los nativos porque les pagan un salario que no se atreverían a ofrecer a un blanco, aunque se supone que la revolución debería cambiarlo todo.

—¿Ha recolectado algodón alguna vez? —me interrumpió.

—Sí, en Estados Unidos —respondí.

—Ja, ja! —rió—. Eso es harina de otro costal. Allí vale la pena.

—Me fue bastante bien.

—Le creo. Pagan mucho mejor. Pueden permitirse ese lujo porque cobran mejores precios que nosotros. Si lográramos vender nuestro algodón a Estados Unidos, nosotros también podríamos pagar mejores salarios. Pero Estados Unidos impide la entrada de nuestro algodón en su país para mantener alto el precio. Dependemos del mercado nacional, que enseguida alcanza el punto de saturación. A veces, si Estados Unidos no interviene, podemos vender a Europa, pero sólo ocurre en contadas ocasiones porque consideran que el mercado europeo les pertenece. Bueno, hábleme de usted. No puedo alimentarle ni hospedarle en mi casa. Como necesito hasta el último peón, le haré una oferta. Pago a seis centavos el quilo. Supongamos que le doy dos centavos más que a los otros, de lo contrario no ganará tanto como los negros. Pero no se lo

cuenta a nadie porque si se enteran me crearé muchos problemas. Lo siento mucho, pero ésta es la situación.

—No se preocupe —dije—. Págueme lo mismo que a los demás. No quiero que mi piel blanca y mis ojos azules le inquieten. Comprendo lo que siente. De todos modos, muchas gracias.

—Usted y sus amigos pueden dormir en la vieja casa. La construí y viví allí con los míos hasta que pude permitirme la nueva. ¿De acuerdo? Entonces, trato hecho.

La casa a la que aludía el hacendado se encontraba a cinco minutos de caminata de su nueva vivienda. Era la morada típica de la región —de postes y tablas— y se asentaba en pilotes de modo que el aire que se desplazaba bajo el suelo mantenía fresco el interior. Sólo disponía de una habitación y cada pared contaba con una puerta que también hacía las veces de ventana.

Entramos en la casa subiendo los pocos peldaños de una tosca escalera apoyada en una de las puertas. La habitación estaba totalmente vacía. Encontramos cuatro cajas viejas desperdigadas por el patio y las llevamos para utilizarlas como asientos. Dormiríamos en el suelo.

Junto a la casa había una charca seca. También había un depósito lleno de agua de lluvia que tenía varios meses y que estaba plagado de renacuajos. Calculé que el depósito contenía unos ciento quince litros y que los seis tendríamos que arreglarnos con ese agua durante seis u ocho semanas. Si tres aprovechábamos la misma agua, tal vez podríamos lavarnos una vez por semana. Mr. Shine ya nos había dicho que no nos podía proporcionar agua; estaba escaso y tenía que dar de beber a seis caballos y a cuatro mulas. Añadió que en esa época del año cabía la posibilidad de que lloviera de dos a cuatro horas cada dos semanas y que si reparábamos los canalones tal vez lograríamos recoger unos cuantos litros. Además, a tres horas de caminata había un riachuelo en el que, si queríamos, podíamos bañarnos.

Con la remota esperanza de que lloviera en menos de dos semanas, todos nos aseamos en un viejo bidón de gasolina. Hacía tres días que no nos

lavábamos.

Me afeité. Aunque esté sin blanca, siempre llevo conmigo navaja de afeitar, peine y cepillo de dientes. El oriental también se rasuró. Antonio se acercó y me pidió prestada la navaja. Hacía dos semanas que no se afeitaba y parecía un pirata.

—No, mi querido Antonio —respondí—. No le presto a nadie los artículos para el afeitado, el peine ni el cepillo de dientes.

Alentado por mi negativa, el chino dijo sonriente que su pobre navaja quedaría roma ante barba tan copiosa y que allí no era posible afilarla. Sam sólo tenía cuatro pelusas. Antonio aceptó las negativas sin mosquearse.

Encendimos una hoguera delante de la casa. El monte próximo nos proporcionó leña en abundancia. Nos sentamos alrededor del fuego y cocinamos nuestras respectivas cenas. Yo comí arroz con chiles; un par de hombres preparó judías negras con chiles, alguien tomó frijoles con tasajo y otro frió patatas con un trozo de tocino.

Como a las cuatro de la madrugada del día siguiente teníamos que estar en condiciones de trabajar, preparamos el pan de maíz de la jornada. Envolvimos nuestras míseras provisiones y las colgamos de una viga transversal de la casa para evitar que, durante la noche, hormigas y ratones nos dejaran sin víveres.

El sol se puso poco después de las seis. En media hora hacía una noche negra como boca de lobo. A nuestro alrededor volaban luciérnagas con luces del tamaño de avellanas. Entramos en nuestra casa para dormir.

El chino era el único que tenía mosquitero. Los demás tuvimos que soportar el tormento más aterrador de las hordas de insectos y maldijimos y protestamos como si sirviera de algo. Decidí soportar la agonía aquella noche y tomar al día siguiente medidas para remediarla.

Antes del alba nos pusimos en movimiento. Cada uno comió lo que pudo y se dirigió al algodonal, situado a una hora de caminata. El hacendado y sus dos hijos ya estaban allí. Nos entregaron un viejo saco a cada uno, que

colgamos del cuello. Ajustamos el cinturón alrededor de nuestras míseras ropas y empezamos a recolectar algodón, cada uno en su fila.

Recolectar algodón es una dura faena, sobre todo bajo el sol tropical. El sudor nos corría a chorros, las mosquitas se colaban en nuestras orejas y los mosquitos nos picaban a diestro y siniestro. Aunque era una agonía, seguimos arrancando cápsulas de algodón y metiéndolas en los sacos mientras intentábamos respirar la neblina de polvo y borra que pendía sobre nuestros cuerpos agachados. Por mucho que nos esforzáramos, apenas ganaríamos más que lo imprescindible para comprar comida con la que seguir vivos. Pero eso era lo que queríamos: simplemente seguir vivos, así que continuamos bregando.

Si el algodón está maduro y eres un recolector hábil, con cada tirón puedes recoger una flor. Pero si los capullos no han alcanzado el mismo grado de madurez, más de la mitad de las veces es imprescindible dar dos o tres tirones para arrancar la flor de la planta y meterla en el saco. Si el algodón está maduro y las plantas bien separadas, con un poco de práctica es posible recolectar con ambas manos. En el caso de una cosecha regular y de plantas mal espaciadas, necesitas las dos manos para arrancar una flor. Por si esto fuera poco, has de estar constantemente agachado pues no todos los capullos están a la altura ideal; a veces, el algodón está muy cerca del suelo, doblado tras una fuerte lluvia, y hay que levantarlo.

El algodón es caro. Quien va a comprar un traje, una camisa, una toalla, unos calcetines o un simple pañuelo lo comprueba enseguida. Sin embargo, el recolector de algodón, que es quien hace la parte más dura del trabajo, recibe la proporción más pequeña del coste del producto acabado. Nos pagaban seis centavos por recolectar un quilo de algodón. Y un quilo de algodón es una pequeña montaña; para reunirlo, tienes que arrancar centenares de capullos.

Lo hacíamos ingiriendo una dieta que podría considerarse la mínima absoluta que permite a un ser humano seguir con vida. Un día tomábamos judías negras con pimientos picantes y al siguiente arroz (si teníamos suerte, con tomate); al día siguiente, frijoles otra vez y al otro nuevamente arroz. La acompañábamos con el pan que preparábamos, que quedaba

pastoso o muy quemado; con nuestra apestosa agua de lluvia de varios meses de antigüedad, y con café que preparábamos con frijoles que tostábamos en la sartén, lo molíamos en un metate y lo endulzábamos con el toso azúcar moreno de piloncillo. Utilizábamos sal marina, que limpiábamos nosotros mismos. Considerábamos una verdadera exquisitez medio quilo de cebollas por semana; una loncha de tasajo de vez en cuando era un lujo pecaminoso que laceraba nuestras ganancias. Estábamos decididos a ahorrar hasta el último centavo para poder pagar el billete del tren hasta la siguiente ciudad, en la que esperábamos encontrar trabajo cuando se acabara la recolección del algodón.

Hacia las once de la mañana, después de casi siete horas de trabajo ininterrumpido, estábamos al cabo de nuestras fuerzas. Descansamos a la sombra de unos pocos árboles situados a más de diez minutos de distancia y comimos el pan seco frito en la sartén, que —al menos el mío— estaba quemado. Después dormimos un par de horas.

Como despertamos con una sed horrorosa, me acerqué al hacendado para pedirle agua.

—Lo siento, pero no tengo agua. ¿No le dije ayer que estoy escaso de agua? Bien, hoy les daré un poco, pero a partir de mañana tendrán que traerla.

Envió a uno de sus hijos a la casa, montado a caballo. El joven regresó un rato después con una lata de agua.

A las cuatro de la tarde dejamos el trabajo para regresar «a casa» y cocinar mientras aún había luz natural.

Entonces me trasladé.

Había descubierto una especie de refugio a unos doscientos metros de la casa. Ignoraba para qué servía o había servido. Aunque el techo era de hojas de palma, carecía de paredes. Gracias a la ausencia de paredes la brisa nocturna (cuando la había) circulaba libremente y mantenía fresco el sitio. En el centro había una mesa que pensaba usar como cama. El refugio se encontraba en terreno más elevado que la casa, no tenía matorrales en

las proximidades y se encontraba bastante lejos del depósito de agua y la charca seca, por lo que estaría a salvo de la amenaza de los mosquitos.

Charley, el negro gigantón, quería compartir el refugio conmigo. Se acercó, le echó un vistazo y le gustó. Sin embargo, súbitamente gritó:

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente!

—¿Dónde?

—Allí, exactamente delante de tus pies.

No había dudas de que una serpiente se deslizaba por el suelo del refugio; era un ejemplar rojo y arrebolado, de unos sesenta centímetros.

—No te preocupes —afirmé—. La serpiente no me devorará. Los mosquitos de la casa son más agresivos que ella.

Charley se esfumó.

Poco después apareció Gonzalo. La serpiente ya se había ido. A Gonzalo le gustó mi nueva morada y preguntó si estaba de acuerdo en que él también durmiera allí.

—Si quieres, puedes instalarte. A mí me da igual.

Tenía la vista clavada en el suelo. Miré hacia abajo. De nuevo había una serpiente, esta vez un bello ejemplar de color verde.

—Pensándolo bien, será mejor que vuelva a dormir a la casa. Es menos ruidosa —añadió sin dejar de mirar a la animada serpiente.

A mí las serpientes no me molestan. Además, casi nunca intentan subirse a una mesa. Aunque lo hicieran, creo que no me morderían. Aunque me mordieran, puede que no fueran venenosas. Si todas las serpientes fueran venenosas y mordieran a la gente durmiendo que no les ha hecho el menor daño, yo habría desaparecido hace muchísimo tiempo.

Al día siguiente llegaron doce indios para trabajar con nosotros. Procedían de una aldea en pleno monte y llegaron en mulas, algunas sin silla de montar ni estribos. Otras tenían sillas de madera pero les faltaban las

riendas; en lugar de riendas, las bestias llevaban cuerdas, configurando una especie de ronzal, que les rodeaban el hocico y la quijada.

Obviamente, esos hombres estaban más acostumbrados que nosotros a las tareas agrícolas en los trópicos, ya que, con excepción de Gonzalo y Charley, los demás éramos gente de ciudad. Sin embargo, recogían el algodón más despacio que nosotros y, por si esto fuera poco, dormían una siesta más prolongada. Como eso no tenía nada que ver con nosotros, apenas volvimos a pensar en el asunto.

El sábado era el día de paga y apenas ganábamos lo suficiente para comprar los alimentos de la semana siguiente; para no llevar en los bolsillos la semilla de la tentación, dejamos el resto en manos de Mr. Shine. El domingo interrumpimos el trabajo a las tres para darnos el baño semanal, pasar por agua nuestras ropas sudadas y enviar a dos del grupo a la tienda más próxima a comprar provisiones, lo que suponía una caminata de cuatro horas. El trabajo del domingo nos permitía pagar un quilo de tocino o cinco de patatas.

Aquella vez les tocó al chino y a Antonio ir en busca de provisiones. Cada uno había apuntado lo que quería en una vaina de maíz. Los tenderos sólo podrían descifrar los jeroglíficos escritos en las vainas de maíz gracias a que habíamos explicado verbalmente cada símbolo fantástico. Era de noche cuando el chino y Antonio regresaron de la compra.

—¡Qué maldita caminata! —protestó Antonio.

—¡Vamos, no fue pala tanto! —Sam intentó quitar hierro al asunto.

—Calla, hijo amarillo de un pagano —gritó Antonio—. Con tu pasado de culí, ¿cómo puedes entender lo que siento acarreando mercancías como un burro? —Se dejó caer sobre una caja que se derrumbó bajo su peso, lo que incrementó un poco más su ira.

—Dime, Antonio, ¿por qué no le pediste a Mr. Shine una mula o un burro? —pregunté.

—Se lo pedí y me lo negó. Nos dijo a Sam y a mí: «No puedo prestarles una mula ni un burro. No sé nada de ustedes, no tienen documentos y, si los

tuvieran, probablemente serían falsos. Además, esos papeles no me servirían para comprar otro burro si se escaparan con él».

—Desde su perspectiva, tiene toda la razón —afirmé—. Desde la nuestra, es una verdadera mezquindad. ¿Qué podemos hacer?

Justo cuando nos entusiasmábamos con el tema favorito de todos los trabajadores del mundo y exponíamos con más locuacidad que sensatez las condiciones injustas que dividen a los hombres en explotadores y explotados, en zánganos y desheredados, apareció Abraham con media docena de gallinas y un gallo atados a una cuerda, con las patas sujetas y las cabezas colgando. Depositó las aves ante nosotros. Las gallinas y el gallo forcejearon por ponerse en pie y librarse de la cuerda que los sujetaba.

—Ya está, compañeros, ahora podréis comprarme huevos —sonrió—. Os los dejaré baratos porque por algo somos compañeros de trabajo. A nueve centavos la unidad. En el pueblo cuestan diez o doce.

Primero miramos el grupo de gallinas y luego al sonriente Abraham. A ninguno se le había ocurrido dedicarse al negocio de los huevos, pese a que era tan evidente, sencillo, y no requería demasiada inteligencia, de modo que cualquiera podría haber hecho lo mismo. Sam el chino no mostró envidia ni celos, sino admiración por el emprendedor Abraham y tal vez cierta vergüenza por haberse dejado superar a la hora de organizar un negocio.

Así, en el transcurso de una tarde, Abraham, el obrero desheredado y explotado, se convirtió en dueño, en capitalista. Había comprado gallinas productivas mientras los demás sólo adquirimos comida para consumir. Nos había llamado la atención que no encargara alimentos de la tienda y nos habíamos preparado para afrontar que sisara nuestras provisiones, ya que era lo que esperábamos de él. Y lo cierto es que nos ofrecía futuros huevos a cambio de arroz, frijoles o dinero. Había montado un negocio. En el peor de los casos, en el supuesto de que las gallinas fueran a la huelga, podría comérselas, lo mismo que el gallo.

Al día siguiente Abraham puso en venta cuatro huevos.

Considerábamos los huevos un lujo aún mayor que la carne. Ahora que los teníamos tan tentadoramente cerca y que podíamos prepararlos con más facilidad que cualquier otro alimento —ahora que podíamos desayunar algo mejor que el consuetudinario café aguado y un cacho de pan seco—, sentimos que no queríamos ni podíamos pasar sin huevos. De pronto creímos que sin huevos desfalleceríamos de hambre antes de que acabara la recolección o que, si sobrevivíamos a ésta, estaríamos demasiado débiles para conseguir otro trabajo. Al igual que a los caballos, generalmente se mantenía en buen estado a los esclavos, dijo Abraham, que se lo había oído a su abuelo. Pero nadie se preocupaba por el estado del trabajador «libre». Si, dados sus bajos salarios y por lo tanto sus condiciones de vida inferiores a la media, se ponía enfermo por desnutrición, lo ponían de patitas en la calle. Abraham planteaba argumentos oportunistas de esta índole para asegurarse un mercado constante y regular de huevos. Estas observaciones sobre la condición del hombre nos resultaban aún más aceptables porque, con toda generosidad, nos fiaba huevos hasta la siguiente paga. Abraham sólo lo hacía movido por su buen corazón ya que, según explicó, no quería ver cómo nosotros, sus queridos compañeros de trabajo, desfallecíamos de hambre más adelante, es decir, cuando acabara la recolección.

Tres días después éramos incapaces de imaginar cómo habíamos hecho para vivir sin huevos. Tomábamos huevos en el desayuno, nos llevábamos huevos al algodonal para almorzar y, por supuesto, cenábamos huevos. Incluso preparábamos pan con huevos.

No cabía la menor duda: Abraham sabía avicultura. A menudo dejaba el algodonal a las tres para cuidar las gallinas. Las alimentaba con abundantes cantidades de maíz. Tarde por medio, justo al anochecer, se largaba — nunca dijo adonde— con un saco al hombro. Regresaba con el saco lleno de maíz mucho después de que nos hubiéramos ido a dormir.

Evidentemente conscientes de nuestras necesidades, las seis gallinas y el gallo hicieron lo imposible por protegernos de la desnutrición y pusieron una generosa cantidad de huevos a cambio del abundante grano que recibían.

El primer día las gallinas pusieron cuatro huevos y, al siguiente, siete. La tercera mañana, temeroso de que dudáramos de su palabra, Abraham nos llevó hasta el lugar donde había colgado tres cestas viejas para las ponedoras y nos pidió que contáramos los huevos. Había diecisiete. Luego de contar los huevos al amanecer, no dudamos de la palabra de Abraham, ni siquiera la mañana en que con una sonrisa de oreja a oreja —como si hubiera ganado la lotería—, nos comunicó que en un solo día las gallinas habían puesto veintiocho huevos. No era asunto nuestro cómo cuidaba Abraham las gallinas para obtener semejantes resultados. Sam dijo que los chinos hacían milagros cuando se trataba de arrancar alimento a un cuadrado de tierra o hasta el último huevo de una gallina. Lo cierto es que Abraham superó incluso a los orientales.

Abraham le quitó la palabra:

—Sois un grupo de tontos. Sabéis tan poco de avicultura científica como los campesinos de aquí, que son los más tontos de todos. En Louisiana sabemos cuidar gallinas. Lo aprendí de mi abuela, que me dio unos cuantos coscorriones hasta que le cogí el tranquilo y ahora ni siquiera el campesino más listo podría hacerme sombra si decidiera montar una granja avícola. Le enseñaría a rentabilizar las gallinas.

Seguimos comiendo huevos. Y los huevos se vengaron: nos devoraron. Devoraron nuestros salarios hasta el extremo de que ninguno alcanzaría la meta que se había fijado, ya fuera una camisa nueva, un pantalón nuevo o, simplemente, el billete de tren hasta un sitio con mayores posibilidades. Hasta Sam, cuyos compatriotas suelen ser injustamente acusados de preferir andar desnudos antes que gastar un centavo en un artículo de primera necesidad, le debía a Abraham una buena suma.

En comparación con la primera semana, ahora vivíamos como príncipes gracias a los huevos y también a un temporal nocturno que nos proporcionó agua de lluvia suficiente para solazarnos en el baño.

Sin embargo, la lluvia hizo que perdiéramos medio día de paga, pues convirtió el algodonal en un lodazal del que apenas podíamos levantar los pies.

Al recibir la tercera paga tuvimos claro que no podríamos arreglarnos con el salario de hambre que recibíamos. Al acabar la recolección tendríamos en mano el salario de apenas dos semanas, que gastaríamos antes de salir del monte y conseguir otro trabajo dondequiera que fuese.

—¡Son esos malditos huevos! —exclamó Antonio mientras evaluábamos la situación sentados alrededor de la hoguera—. Esos huevos nos esclavizan de una manera espantosa.

—Pero no se nos obligó a comprarlos —intervine—. Abraham no nos los impuso. Podría habérselos guardado y venderlos en la tienda.

—Le habría supuesto más trabajo —opinó Gonzalo.

En aquel momento apareció Abraham con el maíz de la noche y, al oírnos, arrojó el saco al suelo.

—¡Conque estáis hablando de huevos! ¿No he sido justo con vosotros? ¡Los huevos estaban recién puestos! Tengo derecho a ese dinero, ¿no es así, compañeros?

—Nadie habló de no pagarte. Si no sabes de qué hablamos, será mejor que cierres el pico —le dije.

—Oye, simplemente decíamos que, a menos que renunciemos al lujo superfluo de los huevos, habremos trabajado todas estas semanas a cambio de nada —opinó Antonio.

—¿Has dicho lujo superfluo? —chilló Abraham—. ¿Queréis deambular como esqueletos cuando acabe la recogida de algodón? ¡Ahora sí que quiero mi dinero! Antonio, me debes...

Me importaba un bledo quién le debía cuántos huevos. Saldé mi deuda y me fui a dormir al refugio. Durante la caminata oí disputas por las cuentas, aunque debo reconocer que Abraham parecía realmente honrado en sus relaciones comerciales con nosotros. Aquella noche, a medida que el

sueño me dominaba, decidí que la semana siguiente me las arreglaría sin huevos.

El lunes al alba, mientras caminaba hacia la hoguera, oí gritar a Antonio:

—Yanqui negro como el carbón, ¿dónde has metido los huevos esta mañana? ¡Quiero cinco!

Abraham contaba los huevos depositados en las cestas y siguió concentrado como si no hubiese oído a Antonio.

—Oye, tú, ¿no me has oído? Quiero cinco huevos. ¿Tendré que ponerlos yo mismo?

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Abraham, pura inocencia—. No quiero imponerte los huevos ni arrebatarte el salario duramente ganado. Será mejor que ahorres. Puedes pasar sin huevos, como hiciste los primeros días.

Nos levantamos como un solo hombre ante el nuevo tono de Abraham, ante esta interferencia con nuestro arraigado estilo de vida.

—¿Quién crees ser, don nadie negro, para decirme lo que debo y no debo comer? —intervino Gonzalo—. Dame seis huevos inmediatamente o te aplasto esa cabeza crespa.

—De acuerdo —aceptó Abraham—. Si quieres, te proporcionaré huevos como antes.

—¿De qué oda manela podlía sel? —preguntó Sam Woe con serenidad—. Plimelo nos convences de comer huevos y, una vez acostumbrados, intentas plivalnos de ellos. ¡Ponme tres huevos!

El chino tenía razón. Justo cuando nos habíamos acostumbrado a comer huevos, a su alto valor nutritivo, a tenerlos tan a mano y a lo fácil que se hacen, no era posible que súbitamente nos fueran negados sólo porque a Abraham le daba la gana. ¿Por qué acallar mi pobre yo y torturar mi pobre cuerpo al ver unos maravillosos huevos frescos que chisporroteaban alegremente en las sartenes ajenas?

—¡Ponme seis! —ordené.

En cuanto comí tres huevos fritos y herví los restantes para el almuerzo, mi espíritu se sintió sojuzgado y culpable.

En consecuencia, seguimos comiendo huevos.

Pocos días después, una tarde Mr. Shine me detuvo al salir del algodonal y me habló de su hacienda. Me contó que había empezado con sesenta dólares duramente ganados, que había arrancado los matorrales con sus propias manos y ensanchado un estrecho camino de herradura de diecinueve kilómetros, cubierto de hierba, hasta convertirlo en una carretera digna de su camión.

—Levantar este sitio me llevó veinte años de trabajo duro, durísimo. Pero se espera que nosotros, los gringos, los que ayudamos a convertir esta zona del país en lo que hoy es, nos larguemos casi sin aviso previo y dejemos todo. Estas gentes, reconozco que con parte de razón, nos odian como al veneno pues temen por su libertad política y económica y su independencia, que para ellos lo es todo. —Mr. Shine no era el primer hacendado norteamericano que me hablaba de esa guisa—. Algunos años son excelentes. He conseguido hasta cuatro cosechas de maíz el mismo año, algo que en Estados Unidos jamás lograría. Y hay que admitir que este año el algodón es muy bueno, fibra de primera calidad, ojalá reciba una oferta decente. El truco consiste en saber cuánto esperar y vender sólo entonces. Lo que no entiendo es qué ha pasado con mis gallinas. Jamás recogimos tan pocos huevos como en las últimas semanas. Mis vecinos se quejan de lo mismo y se preguntan qué pasa con los recipientes para el maíz, ya que los llenan por la noche y por la mañana comprueban que han bajado. A mí me ocurre lo mismo. Supongo que son las ratas.

Aquella noche le conté al grupo lo que Mr. Shine me había dicho acerca de sus gallinas.

—¡Compañeros, aquí lo tenéis pintado en cuerpo y alma, aquí tenéis al auténtico granjero norteamericano! —declaró Abraham—. Son tan agarrados que hasta se comen las uñas y privan a las pobres gallinas de un puñado de grano... y después se quejan de que no ponen. ¿Cómo quieren

que pongan si no están bien alimentadas? ¡Mirad mis gallinas! Como no escatimo el maíz, dan lo que quiero. Basta con que estén bien alimentadas y correctamente tratadas para que cumplan con su deber. Mi pobre abuela Susanne me dio la lección y era una mujer inteligente, os lo aseguro, compañeros. ¡Es así y no hay más vueltas que darle! Además —prosiguió—, no son las ratas las que se meten en los recipientes de los granjeros codiciosos, sino las pobres y famélicas gallinas que por la noche, en vez de dormir, merodean en busca de unos pocos granos de maíz por temor a morir de inanición, pobrecillas.

Le escuchamos con atención y le hicimos caso. Al fin y al cabo, los huevos eran la prueba de los conocimientos avícolas de Abraham.

Aquella misma noche llegamos por unanimidad a la conclusión de que teníamos que comer bien a fin de conservar fuerzas para trabajar, ocupándonos simultáneamente de que al final de la recolección nos quedara un poco de dinero para no haber trabajado a cambio de nada, como esclavos que sólo laboran para subsistir. En consecuencia y, por decirlo en pocas palabras, llegamos a la conclusión de que no nos pagaban lo suficiente. Si conseguíamos ocho en lugar de seis centavos por quilo nos las arreglaríamos.

Nos fuimos a dormir pensando en estas cosas.

La mañana siguiente, en cuanto los demás trabajadores llegaron al algodonal, Antonio y Gonzalo les abordaron y les explicaron que, a partir de ese momento, pretendíamos cobrar ocho centavos por quilo, más dos centavos por quilo con efectos retroactivos. Aquellos obreros, indios y más independientes que nosotros —sobre todo porque poseían sus propias parcelas de tierra—, accedieron de buena gana.

A continuación Antonio, Gonzalo y dos hombres del otro grupo se acercaron a la balanza y explicaron la situación a Mr. Shine.

—No —respondió Mr. Shine—. ¡No pienso pagar esa cifra y aquí se acaba la historia! ¡No me he vuelto loco! Nunca pagué tanto. No gano tanto con el algodón.

—De acuerdo —dijo Antonio—. En ese caso, liaremos nuestros petates. Hoy mismo nos largamos.

Uno de los lugareños dijo:

—Oiga, señor, esperaremos dos horas. Medítelo. Si dice que no, ensillaremos las mulas. Y nos ocuparemos de que no pueda contratar ni a un solo peón más.

Así concluyó la entrevista. El cuarteto regresó al algodonal y comunicó la respuesta de Shine. Los jornaleros abandonaron las filas en las que estaban recogiendo algodón, se dirigieron a los árboles y se echaron a dormir. Mientras yo iba hacia los árboles, Mr. Shine gritó:

—¡Eh, Gales, venga un momento!

—Mr. Shine, si cree que estoy dispuesto a hacer de intermediario se equivoca de plano —dije mientras me acercaba—. Si fuera hacendado, estaría de su parte contra viento y marea. Pero no soy hacendado. Sólo soy un peón y me sumo a la voluntad de mis compañeros. Lo entiende, ¿no?

—Sí, Gales, qué duda cabe. Además, no intento convencerle de nada. Usted solo no podría recoger el algodón. Sólo quiero que hablemos con calma.

Mr. Shine encendió la pipa. Su hijo mayor, que rondaba los veintiséis años, encendió un cigarro y el otro, un muchacho de más o menos veintidós, quitó el papel mugriento de un chicle que se metió en la boca.

—Es usted el único recolector blanco y, como ya le pago ocho, es realmente neutral y puede hablar con nosotros. Espero que no le haya contado a nadie que cobra ocho —añadió Mr. Shine. Y se quitó la pipa de la boca.

—No, no he tenido ningún motivo para hacerlo —repliqué.

Lo cierto es que no se lo había dicho a nadie. Sabía que si el tema se hubiese planteado, ninguno de los hombres se habría sentido agraviado porque yo aceptara dos centavos adicionales. Ni les iba ni les venía. Y ahora ninguno me acusaría de no haber planteado el tema. ¿De qué les habría servido saberlo? Había algunas cuestiones que no considerábamos imprescindible mencionar. La solidaridad de clase era harina de otro costal.

Dick, el primogénito, subió a la parte trasera del camión, se apoyó en una bala de algodón y dejó caer las piernas por un costado. Pete, el más joven, se sentó al volante y dormitó, sin dejar de mascar chicle. El padre se apoyó en el camión y, sin dejar de maldecir, jugueteó con la pipa que ora se apagaba, ora se atascaba, ora necesitaba ser rellenada pese a que el

tabaco que contenía aún no se había consumido. Sólo por el modo en que manipulaba la pipa, el hacendado manifestaba la agitación que bullía en su interior.

Transcurridos cinco minutos sin que se pronunciara palabra, Pete se irguió y repentinamente preguntó:

—Papá, ¿sabes qué haría si estuviera en tu lugar? Pues pagaría y dejaría de discutir.

—¿Así que tú pagarías? —Mr. Shine estaba furioso—. Se nota que el dinero no sale de tu bolsillo. Por eso te resulta tan fácil decir «yo pagaría». De acuerdo, lo descontaré de tu dinero.

—¡Ni lo intentes, papá! Si lo haces, tendrás que darme lo que obtengas por la venta del algodón. De lo contrario, sería injusto.

—¡No me hagas reír! ¿El dinero de la venta? ¿Acaso he vendido algo? Gales, le aseguro que hasta ahora nadie me ha ofrecido un centavo. ¡Y eso que el algodón de este año es de categoría! Comparado con mi algodón, el copo de nieve más blanco de toda Alaska sentiría vergüenza. Fíjese bien —arrancó un capullo, lo acercó a mi nariz y lo apretó con los dedos—. Comparado con esto, el plumón más suave parece alambre de espino. ¡Vamos, Gales, diga algo! ¡No se quede mudo como si le hubieran cortado la lengua!

—No olvide que soy neutral —protesté.

—De acuerdo, es neutral, pero eso no le impide abrir la boca.

Lo único que buscaba era alguien con quien discutir.

Dick se acomodó en el camión y dijo lenta y deliberadamente, arrastrando las palabras:

—Papá, te diré una cosa...

—¿Tú? ¿Acaso eres la persona adecuada para decirme algo?

—Está bien, me callaré. Tengo tiempo. Como sabes, el algodón no es mío, sino tuyo.

Dick mantuvo un hosco silencio. El viejo estaba frenético.

—¡Maldita sea, habla de una vez! ¿Quieres que siga aquí hasta que el algodón se pudra?

—Papá, me quería referir exactamente a eso: hasta que el algodón se pudra. Si los peones se largan, no conseguiremos más jornaleros. Y si reclutamos brazos en las ciudades, pagaremos por transporte más de lo que vale el producto.

—Venga, explícate rápido.

—He de pensar lo que voy a decir. Escucha, papá, ya ha llovido una vez. Y todo indica que la estación de las lluvias llegará muy pronto o que tal vez tengamos una semana entera de lluvia racheada. Si eso ocurre, ya puedes despedirte para siempre del algodón. Se fundirá con el barro y tendrás que buscar a alguien que compre arena, ya no algodón. Cuanto antes desmontemos y vendamos el algodón, mayores posibilidades tendremos de conseguir un buen precio. En cuanto el mercado se sature, nos podremos dar por satisfechos si nos lo quitamos de encima perdiendo veinte o veinticinco centavos por bala. Y eso si logramos venderlo. Hasta ahora nos ha ido bien la recolección y seremos de los primeros en salir al mercado.

—¡Maldita sea, chico, tienes toda la razón! Hace cuatro años tuve que vender treinta centavos por debajo del precio inicial y parecía un mendigo que gorronea un mendrugo. ¡Pero no estoy tan loco como para pagar ocho centavos! Solía pagar sólo tres y, cuando las plantas salían torcidas, cuatro. ¡No! ¡Prefiero dejar que se pudra antes que ceder!

Al pronunciar esas palabras golpeó un matorral como si quisiera arrasar el algodonal de un manotazo. En medio de la cólera se le ocurrió otra idea.

—Los culpables son los forasteros. Vienen e incitan a los nuestros. Se llenan la boca de grandes palabras. Nuestra gente no está descontenta. Sí, Gales, también me refiero a usted, es uno de los agitadores. Es uno de los bolcheviques que quieren poner todo del revés, quitarnos la tierra e incluso dejarnos a la intemperie. Pero conmigo se equivoca. Conozco el paño y sé cómo se hacen las cosas. La única diferencia es que nosotros no

tuvimos una organización como los Obreros Industriales del Mundo ni ninguna aberración por el estilo.

—Mr. Shine, por mí puede decir lo que piense. A propósito, ¿qué le hace pensar que sea miembro de esa organización? No le he dado indicios de ello.

—Conozco a los de su calaña. Intenta propagar sus ideas aquí antes de que esta revolución esté cumplida. Pero no tardará mucho en fracasar. Está bien, no me refería a usted en concreto. ¡Pero no pienso pagar ocho y se acabó!

—Escúchame, papá —Pete habló sin mirar a su padre—, te equivocas con respecto a los forasteros. Te equivocas de plano. Los cuatro extranjeros recogen más que los indios. Éstos sólo recogen porque ven trabajar a los forasteros, pero les importa un bledo ganar más. Se dan por satisfechos con ganar un peso. Prefieren dormir cinco horas de siesta, les parece más importante. Puedes apostar el pellejo a que, sin los forasteros, nos sería imposible recolectar el algodón antes de Navidad.

—No pienso pagar un centavo más y sanseacabó.

—En ese caso, pondré en marcha el motor y volveremos a casa —dijo Dick con tono tajante. Y se apeó lentamente del camión.

Las dos horas acordadas estaban más que cumplidas y los «lugareños» se mostraban cada vez más inquietos. Se acercaron a las mulas y empezaron a ensillarlas. Algunos se disponían a montar cuando Antonio y Gonzalo dieron un salto, arrojando al aire sus sombreros de ala ancha y entonaron la canción de los recolectores de algodón, que yo les había enseñado en las noches que compartimos alrededor de la hoguera.

Algodón visten rey y príncipe,
millonario y presidente,
pero el humilde recolector de algodón
suda para ganar cada maldito centavo...

Los hombres dejaron inmediatamente de enjaezar a los animales y se quedaron inmóviles como soldados que acatan una orden. Aunque nunca habían oído esa canción, su intuición de desheredados les decía que les pertenecía y que estaba estrechamente relacionada con su huelga —la primera huelga de su experiencia— tanto como un salmo con la religión. Ignoraban qué significaba Obreros Industriales del Mundo, qué quería decir la expresión organización obrera o diferencias de clase. Sin embargo, la canción que oyeron les llegó al corazón. Para ellos las palabras supusieron una bocanada de vida y la canción les unió como si formaran un bloque de acero. Por primera vez despertó en ellos la incipiente conciencia del poder y la fuerza enorme de los trabajadores unidos por un fin común.

Cuando llegó el momento de repetir el estribillo, todo el algodónal cantaba. Sabía lo que probablemente ocurriría si se llegaba al último estribillo sin haber alcanzado la respuesta deseada. Lo sabía por experiencia.

La canción me conmovió, con su melodía monótona y sencilla, y su ritmo trepidante, ligero como el fino acero. No pude evitarlo: me puse a tararearla.

—¡Era de esperar! —exclamó Mr. Shine con ironía y realismo a partes iguales—. ¡Lo sabía!

Al llegar al segundo estribillo los peones, que habían formado un grupo disperso alrededor de las mulas, se volvieron hacia Mr. Shine; se irguieron como si fueran un solo hombre y la canción adquirió una significación provocadora y directa.

Mr. Shine tiró nervioso del cinturón para sacar la cartuchera y volvió a acomodarla con expresión de incomodidad, en la que también se percibía cierta vergüenza e incluso resignación.

—¡Lo mezclan todo! —exclamó. Parece que van por todas.

—Ya lo creo —reconoció Pete, sin dejar de mascar chicle—. Si se largan, nos las veremos moradas para lograr que regresen.

—Está bien —dijo Mr. Shine—. Pagaré ocho, pero sólo a partir de hoy. Lo pagado pagado está y ni una sola palabra de retroactividad. Gales —se volvió hacia mí—, ¿tendría la amabilidad de reunir a los hombres?

Eché a correr y los reuní.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntaron los peones a Mr. Shine a medida que se acercaban a la balanza.

—Está todo bien, está resuelto —respondió a medias furioso y a medias condescendiente—. Pagaré a ocho por quilo pero...

Antonio no le dejó terminar:

—¿Y qué pasará con los quilos que ya hemos recogido?

—Pagaré los dos centavos de diferencia, pero ahora habrá que volver al trabajo para recoger el algodón antes de que empiece a llover.

—¡Viva Mister Shine! —gritó Abraham.

—Maldito sea, cierre el pico. ¡Nadie le pidió que chille! —gritó furioso el hacendado. Me retuvo a medida que los hombres se alejaban y preguntó —: Gales, ¿qué voy a hacer con usted? Ya cobraba ocho.

—Así es —reconocí—. La situación queda igualada.

—No. Para mí el salario de un hombre no representa gran cosa. Al fin y al cabo es el único blanco del grupo. Le pagaré diez.

—¿Con efectos retroactivos? —reí.

—Con efectos retroactivos. Soy un hombre de negocios justo. ¿Por qué sigue perdiendo el tiempo? Dése prisa y póngase a trabajar. Dios sabe que hemos perdido casi una hora hablando. Y en cualquier momento puede empezar a llover.

Mr. Shine se volvió a sus hijos, que estaban colgando la balanza, y apostilló:

—Vosotros dos, oídme bien. ¡Os lo haré pagar, podéis estar seguros!

A lo largo de las tres semanas siguientes no pasó casi nada. Un día se parecía al siguiente: recoger algodón, cocinar, comer, dormir, recoger algodón.

Una tarde, al regresar del algodonal, me dirigí a la casona para pedirle a Mrs. Shine que me vendiera tocino o me lo prestara hasta el domingo, ya que había olvidado encargárselo a mis compañeros cuando fueron a la compra.

—Por supuesto, Gales, puede pagarlo o tomarlo prestado, como prefiera.

—De acuerdo, lo compraré. Y que el jefe me lo descuente el día de paga.

Mientras la mujer pesaba el tocino, Mr. Shine regresó del pueblo con la correspondencia y unas pocas adquisiciones.

—Gales, acaba de aparecer en el mejor momento —dijo Mr. Shine—. Tengo novedades para usted.

—¿Para mí? ¿De dónde vienen?

—Directamente del pueblo. Mientras estaba en la tienda encontré a Mr. Beales, el jefe de personal del Campo Petrolífero 97. Da la casualidad de que le conozco. Estaba en la tienda y bebía una botella de cerveza tras otra con cara de pocos amigos. Está en un aprieto. Han tenido problemas con la torre de perforación. Al parecer, estaban cambiando las perforadoras cuando una de las tuberías se soltó y un perforador se hirió el brazo derecho. Uno de los trabajadores mexicanos se despistó y..., nada nuevo, ha ocurrido lo mismo infinidad de veces, no sujetó la tubería a tiempo. El perforador es una persona de confianza, un hombre experimentado y no quieren perderlo. Están buscando un buen hombre que ocupe provisionalmente su puesto hasta que pueda volver al tajo. Pasarán tres o cuatro semanas hasta que esté en condiciones de reanudar su trabajo. En este momento la cuestión es crucial. Han llegado a una profundidad de

doscientos diez metros y encontrado arcilla, de modo que si no consiguen un buen perforador, podría torcerse la tubería del taladro. Usted ha trabajado en campos petrolíferos y sabe lo que eso significa: gastos y pérdida de tiempo. Tendrían que despedir a los perforadores y a los rectificadores de herramientas..., tal vez a toda la cuadrilla.

—Ni que lo diga —respondí—. Es el tipo de cosa que puede ocurrir incluso en el campo petrolífero mejor administrado, por muy cuidadosos que sean los trabajadores.

—Tal vez, no sé nada de perforaciones —dijo Mr. Shine, deseoso de proseguir—. El jefe se pregunta qué puede hacer. Ya ha cubierto un turno, pero no puede seguir así. Si envía un telegrama a su empresa en Estados Unidos, tardarán tres o cuatro días más en enviarle otro hombre y, además, no sabe si será un buen relevo. Usted sabe que, normalmente, un buen hombre no acepta un trabajo de tres semanas corriendo el riesgo de perderse una buena faena de seis meses. Por eso le dije al jefe de personal: «Mr. Beales, tengo al hombre que necesita».

—Sigo sin saber qué tengo que ver con esta historia. ¿Por qué me hace esto? ¿Intenta librarse de mí?

—Venga, Gales, vayamos con calma. He sido serio y honrado con usted. Dentro de tres días, cuatro como máximo, habremos terminado de recolectar el algodón. ¿Qué hará entonces?

—Aún no lo sé. Esperaré a ver qué pasa. Podría ir al norte o al sur, al este o al oeste. De hecho, tenía pensado caminar hasta Guatemala, Costa Rica y Panamá... tal vez hasta Colombia. Me han dicho que por allí se extrae mucho petróleo.

—¡Perfecto! —exclamó Mr. Shine—, Es exactamente lo que pensaba. El lugar a usted le da lo mismo. Más adelante tendrá tiempo de sobra para visitar Guatemala y los demás sitios inolvidables que le están esperando. Por eso le dije al jefe de personal: «Bueno, en casa tengo a un hombre que me ayuda con la recolección del algodón, un blanco honrado a carta cabal, un tipo muy fiable, con experiencia en perforaciones, rectificación de herramientas y todo lo demás». Verá, Gales, tuve que hacer un poco de

presión para obtener resultados. Le dije: «Mr. Beales, ¡le enviaré a ese hombre!». ¿Qué me dice, viejo amigo? —me preguntó Mr. Shine y sonrió de oreja a oreja—. Mañana por la mañana se irá a la tienda. El tendero sabe qué camino hay que seguir para llegar al campo petrolífero y le dará indicaciones. Llegará usted justo a tiempo para sentarse a comer un copioso almuerzo.

La mención del copioso almuerzo resultaba tentadora.

—Si comprueba que no puede hacer ese trabajo, no habrá perdido mucho. Pase lo que pase, cobrará la jornada, además y por una vez, comerá bien —añadió Mr. Shine.

No tuve necesidad de pensarlo dos veces. En el algodonal sólo quedaban tres o cuatro días de trabajo, de trabajo agotador y mal pagado. En un campo petrolífero también se trabaja doce horas diarias, pues sólo hay dos turnos, pero al menos no te achicharras bajo ese sol abrasador. Además, puedes beber agua helada y en las cantidades que se te antojen. Y por encima de todo dispones, como dijo correctamente Mr. Shine, de buena comida y plato, cuchillo, tenedor, cuchara, taza y vaso sobre una mesa que tal vez se hizo de prisa y corriendo, pero no deja de ser una mesa, y de un banco de verdad en el que sentarse. Las judías negras, duras como guijarros, dejarían de ser el elemento principal de cada comida. Y por si esto fuera poco, en los campos petrolíferos no duermen en el suelo, sin lecho, sino en camas de campaña limpias, con colchones mullidos y protegidas por sutiles mosquiteras. Habría lavado. Uno podría ducharse todos los días. Prácticamente había olvidado que en el mundo existían esas cosas. Los obreros del petróleo vivían en casas buenas, disponían de hospital y sus campamentos contaban con todas las comodidades.

Agradecí a Mrs. Shine su amabilidad y decidí no comprar el tocino. Regresé a la hoguera convencido de que, en aquel momento, lo más importante era saldar mis deudas con Abraham. Si le quedara debiendo algo, aunque sólo fueran diez centavos, me habría perseguido en sueños hasta el Cabo de Hornos.

Llegué al campamento petrolífero y me presenté al jefe, que era norteamericano. Todos los jefes, empleados de alto rango e incluso los

obreros especializados de los yacimientos petrolíferos eran en su mayoría extranjeros, ya que prácticamente todas las empresas que explotaban el petróleo de este país eran norteamericanas, inglesas u holandesas y preferían dar trabajo a sus compatriotas. Mr. Beales ni se inmutó al ver a un nuevo perforador tan desastrado, con una vestimenta con la cual ningún ciudadano de su país se atrevería a salir a la calle. Evidentemente mi ropa no le preocupaba: necesitaba un perforador de confianza.

Los obreros del campamento petrolífero se alegraron de que Dick, el perforador herido, tuviera un sustituto hasta que se recuperara y pudiera regresar. Era un tipo simpático que trabajaba allí desde que se instalaron los primeros tablones. Me adecentaron: un hombre me proporcionó una camisa, otro pantalones, un tercero calcetines y el cuarto guantes y zapatos de trabajo.

Cuando acabé el primer turno, Mr. Beales dijo:

—Puede quedarse hasta que Dick regrese. Cobrará la paga completa de perforador.

Sin duda fue una buena noticia. Dick se recuperó antes de lo que todos esperábamos y al cabo de una semana volví a ponerme en camino. Al partir, Dick me regaló veinte dólares de su bolsillo para gastos de viaje y, tal como dijo, para convidarme a algo realmente bueno.

Mientras me abonaba el salario, el jefe preguntó:

—Oiga, Gales, ¿puede quedarse en la zona una semana más?

—Sí, no hay ningún problema —respondí—. Hablaré con Mr. Shine y me quedaré unos días en sus tierras. ¿Por qué?

—En uno de los campos trabaja un hombre que quiere tomarse dos semanas de vacaciones e ir a Estados Unidos a visitar a su familia. Podría reemplazarlo... desde principios de mes.

—De acuerdo —acepté—. Cuando me necesite, deje en la tienda un mensaje a nombre de Mr. Shine.

—¡Perfecto, trato hecho! —exclamó Mr. Beales.

El día siguiente regresé a la hacienda de Mr. Shine y le pregunté si podía pasar unos días en el refugio.

—Por supuesto, Gales, quédese todo el tiempo que quiera.

Le conté las posibilidades que tenía en el campo petrolífero y le pregunté por los recolectores, mis antiguos compañeros.

—Ah, ellos. Bien, el negro alto se fue un día después que usted... creo que a Florida. El bajo, el que se llamaba Abraham, resultó ser un sinvergüenza...

—¿Cómo dice?

—Bueno, me vendió algunas gallinas y juró que eran buenas ponedoras. Poco después averigüé que se las había comprado a los campesinos a un peso la unidad. Me las vendió a dos pesos y medio la gallina. Como estaban bien alimentadas, gordas y tenían buen aspecto, pagué lo que pedía. Ese negro del demonio me tomó el pelo en lo que se refiere a que eran ponedoras. Entre todas son incapaces de poner un solo huevo. Bueno, está bien..., supongo que su carne ya vale lo que pagué.

—¿Y el chino y los dos mexicanos?

—A primera hora del lunes pasaron por aquí. Los vi desde la ventana. Por lo que sé, se dirigían a la estación de Pozos. A propósito, ¿seguro que quiere vivir en el refugio? Podría hospedarse en la casa.

Reí.

—No, Mr. Shine, estoy hasta la coronilla de la casa. No pienso poner un pie en su interior. Es un verdadero infierno plagado de mosquitos.

—Como prefiera. Mi familia y yo la habitamos diez años y los mosquitos no nos molestaron. Tal vez tenga razón. Si una casa como esa lleva un tiempo deshabitada y no se ventila correctamente, se acumula todo tipo de bichos. De vez en cuando llevo los caballos y las mulas por allí porque la hierba es buena y está la charca. Hace meses que no he pisado la casa y no tengo ni idea del estado en que se encuentra. Además, no me preocupa dónde decida instalarse. Su presencia no me inquieta lo más mínimo.

Volví a acomodarme en mi refugio. Esta vez encendí una hoguera exactamente delante de la entrada. No tenía sentido encender una fogata cerca de la casita donde habíamos celebrado las charlas al calor del fuego: ahora no había con quien hablar.

Viví inmerso en una maravillosa soledad, con la única compañía de las lagartijas. Tres días después, dos lagartijas se acostumbraron a mi presencia hasta el punto de olvidar su timidez innata y perseguir las moscas que revoloteaban en torno a mis pies en busca de migas.

Pasé esos días sin actividad concreta, observando los animales del monte próximo y su comportamiento. Los animales del monte entraban y salían de mi refugio como por derecho propio. Había traído revistas viejas del campamento petrolífero y ahora tenía tiempo para leer.

Podía solazarme en el agua. Habían caído varios chaparrones de cuidado y un tercio del depósito estaba lleno porque, como cabía esperar, habíamos reparado los canalones. Podía asearme, incluso podía darme el lujo de lavarme dos veces al día.

Estaba en condiciones de comprar en la tienda lo que me apeteciera; tenía dinero en abundancia y me cuidé. No estaba sediento ni hambriento. Nada me preocupaba. Era un hombre libre en el monte libre, hacía la siesta a mi voluntad, holgazaneaba por donde quería y todo el tiempo que me daba la gana. Era una buena vida y la gocé al máximo.

Extraía el agua que necesitaba del depósito de la vieja casa. El ambiente había sido animado mientras mis compañeros vivían en la casa; hubo altercados alrededor del fuego, disputas por una pizca de sal que alguien había tomado sin pedir autorización al dueño, riñas incesantes para decidir a quién le tocaba traer la leña y cosas de este tenor. Al recordar aquellas escenas pintorescas, la casa me parecía extrañamente solitaria y silente. Cada vez que iba por agua, sentía el impulso de registrar el interior para ver si alguien había olvidado algo. He de reconocer que también me agradaba el silencio espectral que se cernía sobre la vivienda y que no estaba seguro de querer perturbarlo. Coincidió con lo solitario del monte circundante, así como con el aislamiento de mi propia vida. En consecuencia, reprimí el impulso de subir la escalera y echar un vistazo.

Claro que sabía que la casa estaría vacía, absolutamente vacía. Nadie se habría olvidado nada, ni siquiera los jirones de una vieja camisa porque, para la gente de nuestra condición, todo tiene valor. Me habitué a la atmósfera de misterio que rodeaba la casa. Me gustaba pensar que, incapaz de descansar, tal vez el espectro de un antiguo sacerdote azteca había volado del monte hacia la casa a fin de reposar de sus desesperados vagabundeos.

Un día fui a buscar agua y reparé en una araña negra azulada de cabeza verde brillante que acechaba a su presa a lo largo de una de las paredes de la casa. Avanzaba velozmente unos centímetros, se detenía, permanecía al acecho, volvía a andar una corta distancia y esperaba nuevamente. Zigzagueando de esta manera, recorrió un metro sobre uno de los tablones de la pared. No le quedó ni un centímetro por recorrer. Aquí y allá dejó a sus espaldas un hilo delgado que no servía para atrapar y coger a los insectos que trepan por el tablón. Sólo lo hacía para frenar su avance, de modo que, después de escudriñar los tablones vecinos y abandonarlos, la araña pudiera saltar sobre su presa y dominarla. Esta araña atrapa a saltos a su presa. Se abalanza sobre el insecto por detrás y lo sujeta del cuello de tal modo que, cualesquiera sean las armas de defensa propia que posea — se trate de púas, garras o dientes—, no tiene oportunidad de emplearlas.

En mis frecuentes épocas de desempleo había observado días y semanas seguidos a esa clase de arañas, y este ejemplar llamó mi atención en el acto. Quería poner a prueba su campo de visión y averiguar cómo reaccionaba si era ella la atacada y perseguida. Dejé la lata de agua en el suelo y olvidé que mi intención era hervir arroz.

Moví la mano de un lado a otro a bastante distancia de la cabeza de la araña. Reaccionó inmediatamente. Se inquietó y sus carreras en zigzag se tornaron irregulares mientras intentaba escapar del gran Algo que podía ser un pájaro. Pero el tablón liso no le ofrecía ningún refugio. Esperó unos segundos, se replegó lenta y cautelosa y, de pronto e inesperadamente, saltó unos cuarenta centímetros y cayó en otra tabla de la pared. El salto fue tan certero como si lo hubiese ejecutado en el plano horizontal. Como que aquella tabla tenía una grieta, encontró en ella refugio adecuado.

No le di tiempo a que encontrara el mejor escondite. Cogí una rama fina, apenas la rocé y la obligué a cambiar de itinerario. Se apartó a una velocidad frenética pero, dondequiera que fuese, siempre topaba con la agresiva rama que le tocaba la cabeza o la espalda. Corrió en todas direcciones, constantemente acosada por la rama que no le permitía prepararse para saltar. Repentinamente, justo cuando le tocaba la espada, se dio la vuelta y, furibunda y con impresionante valor, atacó la rama. Para un ser de su tamaño —medía unos cuatro centímetros— la rama debió de ser un objeto de proporciones descomunales y poderes sobrenaturales. Cada vez que yo apartaba la rama, lo que sin duda la llevaba a creer que había derrotado o al menos intimidado a su enemigo, la araña intentaba llegar a la grieta protectora. Al final me derrotó y encontró refugio, pero no logró esconderse por completo, ya que la mitad de su cuerpo quedaba al descubierto.

Di una palmada contra la pared. La araña reapareció de prisa y ascendió veloz hasta encontrar una cavidad más propicia en la que quedó prácticamente oculta.

Para sacarla de allí y ver cómo reaccionaba en una situación extrema, golpeé la pared con tanta fuerza que tembló toda la casa.

La araña no apareció. Esperé unos segundos. Estaba a punto de volver a golpear la pared cuando dentro de la casa cayó algo produciendo un golpe seco.

¿Qué podía ser? Conocía al dedillo el interior de la casa. Y allí no había nada, absolutamente nada que pudiera caer y producir un sonido tan extraño. Sólo podía corresponder a una tabla o a un trozo de madera pero, a juzgar por el sonido, no era lo uno ni lo otro. Parecía más bien un saco de maíz. Al recordar el sonido, me di cuenta de que también contenía algo extrañamente seco. En consecuencia, no podía ser un saco de maíz.

Habría sido fácil subir esos pocos peldaños, abrir la puerta y echar un vistazo, pero una sensación inefable me contuvo. Fue como si temiera descubrir algo indeciblemente horrible.

Cogí la lata de agua y regresé al refugio. Me convencí de que no era el miedo de ver algo horrible lo que me impedía entrar en la casa. Dije para mis adentros: «No tienes nada que hacer en esa casa. No tienes derecho a entrar y, de todos modos, lo que alberga no te concierne». Ésas fueron las excusas que me puse.

Una vez sentado ante la hoguera, me pregunté a qué se había debido aquel ruido y tuve una idea extraña: hacía un tiempo alguien se había ahorcado en la casa; la cuerda o el cuello se habían podrido, mi puñetazo en la pared había movido el cuerpo y el cadáver había caído. Era el sonido de un cuerpo humano que cae y cuya cabeza da contra el suelo.

Era, sin duda, una idea disparatada. Sólo demostraba hasta qué punto puede llevar la imaginación si uno se espanta a la hora de analizar los hechos. Con ese estado de ánimo, el tronco de un árbol en medio de un campo puede convertirse en un bandido que acecha para tenderle a uno una emboscada. Además, en los trópicos nadie se ahorca. En esta región del mundo los suicidios son contados, porque no existen días lo bastante grises para acabar con la vida de uno. Y si alguien hubiera querido realmente suicidarse, se habría internado en el monte donde, tres días después, lo único que aún quedaría reconocible sería la hebilla de su cinturón.

Cada vez que iba por agua, procuraba no mirar hacia la casa; incluso evitaba acercarme a cualquier grieta por la que pudiera espiar. Para mí, lo difuso y misterioso tenía más significado que una explicación racional. Sin embargo, cuando al anochecer me sentaba delante de la hoguera o por la noche permanecía despierto, mis pensamientos giraban invariablemente en torno a lo que podría haber dentro de la casa.

El sábado visité a Mr. Shine y le pregunté si había llegado algún mensaje del campo petrolífero. Mr. Shine no había ido a la tienda en toda la semana y tampoco pensaba hacerlo la siguiente. Como el lunes era el primer día del mes y el perforador cuyo puesto ocuparía iniciaría probablemente sus vacaciones ese día, decidí que el domingo por la mañana iría a la tienda personalmente. Llevaría mi hato y estaría preparado para ponerme en marcha de inmediato si había alguna noticia. Así podría presentarme en el

campo petrolífero el domingo por la tarde. Si no encontraba mensaje alguno, sabría que el perforador no se había tomado vacaciones o había encontrado otra solución. En ese caso, continuaría andando hasta la estación y seguiría mi plan de ir a Guatemala.

Con las primeras luces del domingo fui a buscar agua para preparar café. Ya la había recogido y estaba más allá de la casa cuando, después de todo, decidí entrar a ver qué había. Si no lo hacía, esa idea probablemente me acosaría durante meses.

Subí los pocos peldaños de la escalera y abrí la puerta. Algo yacía a mi derecha, junto a la pared: un bulto de grandes dimensiones. Bajo las luces del alba, no discerní inmediatamente de qué se trataba. Me acerqué. Era un hombre. ¡Estaba muerto!

Era Gonzalo.

Gonzalo muerto.

¡Asesinado!

Su camisa andrajosa estaba negra a causa de la sangre seca. La bola de algodón que apretaba en la mano derecha también estaba endurecida por la sangre. Tenía una puñalada en la espalda y varias en el pecho, el hombro derecho y el brazo izquierdo.

Evidentemente el cuerpo había permanecido apoyado contra la pared; cuando di un puñetazo, el cadáver cayó de lado y la cabeza chocó contra el suelo.

Le registré los bolsillos: tenía cinco pesos con ochenta y cinco centavos. Y tendría que haber tenido, por lo menos, entre veinticinco y treinta pesos.

Entonces, había sido por dinero.

A su lado, abierta, había una pequeña petaca de lona. En el suelo divisé unas pocas vainas de maíz. Lo habían atacado mientras liaba un cigarrillo, exactamente donde ahora yacía.

El chino y Antonio fueron los últimos en abandonar la casa. Y el chino no era el asesino. Ni se le ocurriría tocar a alguien por veinte pesos, era demasiado inteligente para cometer semejante barbaridad. Al chino esos veinte pesos le habrían salido demasiado caros.

Entonces, había sido Antonio.

Jamás lo habría imaginado.

Guardé el dinero en el bolsillo de Gonzalo y lo dejé donde estaba.

Cerré la puerta tal como la había encontrado y abandoné la casa.

Abandoné la idea de hacer café y partí en el acto. Busqué a Mr. Shine para comunicarle que pasaría por la tienda y que, si en el campamento petrolífero no había trabajo para mí, seguiría mi camino.

—Gales, ¿no se sintió solo en su apartamento ventilado? —preguntó.

—No —respondí—. Había tantas cosas que ver y descubrir que el tiempo pasó volando.

—Supuse que se trasladaría a la casa. Al fin y al cabo, es una casa.

—Cuando volví del campamento petrolífero le dije que estaba plagada de mosquitos.

—En Año Nuevo vendrán a visitarme dos sobrinos. Para ellos serán unas vacaciones. Los instalaré en la casa y que hagan lo que les plazca. Para empezar, pueden ahuyentar con humo a los mosquitos. ¡Bueno, Gales, que le vaya bonito!

Nos estrechamos las manos y partí.

¿Tendría que haber hablado? Nadie me habría tomado por el asesino porque me había marchado antes que los demás y estuve trabajando en el campo petrolífero. Si hubiese abierto la boca, habrían surgido infinitas preguntas, idas y venidas, vaya usted a saber qué más, y no habría podido llegar a tiempo al campo petrolífero.

Mi trabajo acabó en cuanto el perforador volvió de sus vacaciones. Uno de los camiones de la empresa me llevó a la estación y de allí viajé a una pequeña población costera. No estuve muchos días y me dirigí a la ciudad importante más próxima con el fin de llegar, siempre que no cambiara de planes otra vez, a Guatemala.

Decidí que, mientras estuviera en la ciudad, me mantendría alerta y averiguaría cómo estaba la situación en el sur, si los rumores sobre los nuevos yacimientos petrolíferos se basaban en algo, cuáles eran las posibilidades de conseguir trabajo o si me convenía más poner rumbo a la Argentina. Había oído muchos comentarios sobre el desempleo masivo en el sur. Me habían contado historias espeluznantes. Sólo en Buenos Aires, había ochenta mil personas en la miseria que buscaban la oportunidad de largarse. De todos modos, la situación no podía ser peor que la que imperaba en México.

Fui al parque y me senté en un banco. Me hice limpiar los zapatos, bebí un vaso de agua fresca y, en paz conmigo mismo y con el mundo, estaba a punto de dormir la siesta cuando en el banco de enfrente vi sentado a un conocido.

Me acerque y dije:

—Hola, Antonio. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí?

Nos dimos la mano. Estaba encantado de verme. Me senté a su lado y le conté que buscaba trabajo.

—Así me gusta. Llevo dos semanas trabajando en una panadería, cuezo panes y pasteles. Podrías empezar ahora mismo, necesitan un ayudante. ¿Alguna vez te ganaste la vida como panadero?

—No. He hecho cien faenas distintas, incluso he sido camellero, que era un trabajo realmente endiablado, pero nunca he sido panadero.

—¡Perfecto! —exclamó Antonio—. Entonces eres la persona ideal. Si realmente fueras panadero o supieras algo de este oficio, no servirías. El dueño es francés y no entiende nada de panadería. Si le dices que la pimienta mejora el pan, se lo cree. Te preguntará si eres panadero y, sin que se te mueva un pelo, debes decirle que conoces el oficio desde niño. El maestro panadero es danés y fue cocinero en un barco hasta que se lanzó por la borda. Tampoco sabe nada de panadería. Le preocupa que algún día alguien con conocimientos del oficio consiga trabajo en ese horno. Sería el fin del danés y de su carrera como maestro panadero. Pues sí, un auténtico panadero le desmontaría el juego en diez minutos. Por lo tanto, si el maestro panadero te pregunta algo, le respondes todo lo contrario de lo que le digas al dueño. ¿Me has entendido? Al maestro panadero debes decirle que es la primera vez en tu vida que pones los pies en una panadería. Te aceptará en el acto y se hará buen amigo tuyo.

—Puedo seguirle el juego —afirmé—. ¿Cuánto pagan?

—Uno veinticinco al día.

—¿Nada más?

—¿Me estás tomado el pelo? Más casa y comida. Y el jabón es gratis. Te aseguro que es mucho mejor que recolectar algodón.

—¿Es buena la comida? ¿Se puede tragar?

—Bueno, no está mal.

—Hmmm...

—La cantidad siempre es suficiente.

—Conozco demasiado bien los rellenos estomacales.

Antonio rió y asintió. Lió un cigarrillo, me ofreció uno que rechacé y, tras unas caladas, añadió:

—Entre tú y yo, la comida está bien. Panaderos y pasteleros usan huevos y azúcar, y manipular alimentos es un verdadero placer. Entiéndeme bien, nadie nota la ausencia de una docena de huevos aquí o allá y tres huevos

rotos deprisa en cualquier taza y mezclados con un poco de azúcar ayudan a llenar la tripa. Si lo haces tres o cuatro veces por noche, te sientes bien.

—¿Cuál es el horario?

—Depende. A veces empezamos a las diez de la noche y trabajamos hasta la una, las dos o las tres de la tarde... a veces hasta las cinco.

—Eso significa de quince a diecinueve horas diarias.

—Más o menos, pero no siempre. Algunos días, generalmente martes y jueves, no se empieza hasta las doce.

—No es demasiado tentador —comenté.

—Pues podríamos trabajar allí hasta conseguir algo mejor.

—Por supuesto —dije—. Si el día tuviera treinta y seis horas, habría tiempo de sobra para buscar algo mejor. Pero está bien, lo intentaré.

No se me ocurrió enseguida la idea de que a partir de ese momento trabajaría noche y día con un asesino, comería en la misma mesa y quizá durmiera en la misma habitación. O moralmente había caído tan bajo que había perdido toda sensibilidad hacia las sutilezas de la civilización o había avanzado tanto con respecto a mi época y estaba tan por encima de sus patrones morales que era capaz de comprender todos los actos humanos y no me atribuía el derecho de condenar ni daba rienda suelta al sentimentalismo barato de la compasión. Aunque no se la reconozca como tal, aunque sea inconsciente, la compasión también es una forma de condena. ¿Debí sentir horror ante Antonio, repulsión a la hora de estrecharle la mano? Hay muchos ladrones y asesinos sueltos con los dedos llenos de anillos con diamantes, grandes perlas en los alfileres de corbata o estrellas de oro en las charreteras y a la gente decente no le preocupa estrecharles la mano, incluso lo consideran un honor. Cada clase tiene sus ladrones y asesinos. Los de la mía acaban en la horca; otros son invitados al baile del presidente y se quejan de los crímenes y la inmoralidad de los obreros.

Cuando uno ha de luchar con todas sus fuerzas para conseguir un mendrugo, acaba inmerso en el fango, se mueve con dificultad en medio

de la escoria de la humanidad.

Sentí que la sangre me subía a la cabeza al pensar en estas cosas. Antonio me devolvió súbitamente a la tierra al hacer una pregunta:

—¿Sabes quién más está aquí?

—No puedo saberlo porque he llegado ayer.

—Sam Woe, el chino.

—¿Y qué hace en Tampico?

—¿Recuerdas que siempre hablaba de que abriría un restaurante...?

—¿O sea que se salió con la suya?

—Ya lo creo. Cuando un chino como Sam Woe se propone algo, acaba haciéndolo. Comparte el negocio con un compatriota.

—Antonio, creo que tú y yo no tenemos talento para estas cosas. Estoy convencido de que si abriéramos un restaurante la gente empezaría a nacer sin estómago, aunque sólo fuera para no darnos una oportunidad.

Antonio rió.

—Así es mi sino. Tuve un puesto de cigarrillos y otro de golosinas. He acarreado agua helada y Dios sabe qué más. Casi nunca vendí nada y siempre acabé en la bancarrota.

—Antonio, creo que se debe a que no somos capaces de estafar. Y hay que saber estafar para tener éxito en los negocios.

—Propongo que vayamos a visitar al chino. Estará encantado de verte. De vez en cuando me gusta comer en su local, ya sabes, para variar. Uno se harta de la bazofia que siempre le dan donde trabaja.

Fuimos al Barrio Chino, donde los orientales tenían sus casas, tiendas y restaurantes. Muy pocos chinos abrían comercios en otros barrios de la ciudad. Les gusta congregarse.

Sam se alegró sinceramente de verme. Me apretaba la mano, reía y parlotaba. Nos invitó a tomar asiento y pedimos comida corrida.

En este país los restaurantes chinos son muy parecidos. Tienen sencillas mesas cuadradas y de madera, casi nunca más de tres, y en cada mesa hay tres o cuatro sillas. Dada la cantidad de platos que sirven no pueden ocupar simultáneamente la misma mesa más de tres comensales muy sociables. Desde donde se está se pueden ver generalmente las idas y venidas de los pinches. Las características y cantidad de platos son iguales en todos los locales chinos de la ciudad. Así anulan la competencia desleal entre sí.

El restaurante de Sam tenía cinco mesas. En cada una había una jarra de agua, barrigona y de arcilla castaño rojiza con un antiguo dibujo azteca. También había un frasco de cristal con aceite y otro con vinagre. Y, además, un gran cuenco con azúcar y varios más pequeños, uno con sal, otro con pimienta roja molida, un tercero con salsa de chiles. Basta media cucharadita de salsa de chiles picantes en la sopa para volverla incomedible del todo.

Sam atendía a los comensales, mientras su socio, con ayuda de una mexicana, atendía la cocina. En primer lugar, nos sirvieron un trozo de hielo en un vaso que llenamos con agua. Luego nos dieron un panecillo grande, que aquí llaman bolillo, y enseguida la sopa. Siempre se trata de alguna variedad de sopa de fideos. Antonio regó su sopa con una generosa cucharada de salsa de chiles verdes y yo puse dos cucharadas colmadas. Ya he dicho que media cucharadita de esta salsa infernal sazona tanto la sopa que a una persona normal le resulta imposible comerla. Debo añadir que yo no soy normal. Mientras aún tomábamos la sopa, llegó la carne con patatas fritas, un plato de arroz y un plato de frijoles. Luego nos sirvieron el estofado. Los platos se fueron acumulando sobre la mesa.

Como de costumbre, pronto comenzaron los trueques. Antonio cambió los frijoles por ensalada de tomate, que preparó personalmente en la mesa, y yo negocié el estofado por una tortilla francesa.

Antonio incorporó el arroz a la sopa; si se hubiera quedado los frijoles, también los habría añadido. Al parecer, en la panadería comía bastantes

frijoles y la ensalada de tomate era un lujo.

Puse un poco de pimienta a la carne y a las patatas fritas. Luego sazoné el arroz con salsa de chiles y endulcé los frijoles con azúcar.

Al acabar la comida nos sirvieron un dulce a cada uno y yo tomé café con leche. Antonio sólo bebió leche caliente.

Durante la comida, Antonio y yo hablamos de tonterías. No queríamos trastornarnos la digestión agotando nuestros cerebros con profundidades.

Por esa comida pagamos cincuenta centavos cada uno, servicio incluido. Era el precio que solían cobrar en los restaurantes chinos, los cafés de chinos.

Salimos rumbo a la panadería. Entré en la pastelería y le dije a un empleado que quería ver al jefe.

—¿Es panadero? —me preguntó el propietario.

—Sí, panadero y pastelero.

—¿Dónde trabajó por última vez?

—En Monterrey.

—De acuerdo. Puede empezar esta misma noche. Habitación, comida y lavado de ropa gratis. Le pagaré un peso veinticinco por día. Espere un momento —añadió repentinamente—. ¿Qué tal se le dan los pasteles con glaseados de fantasía.

—En mi último trabajo en Monterrey, sólo preparaba pasteles con glaseados de fantasía.

—Muy bien. Será mejor que hable con mi maestro pastelero para que me dé su opinión. Es un especialista de primera. Aprenderá mucho con él.

Me llevó al dormitorio, donde el maestro panadero estaba ocupado poniéndose los zapatos y preparándose para salir.

—Aquí tiene un panadero de Monterrey que busca trabajo. Averigüe si le sirve.

El jefe regresó a su despacho y nos dejó a solas.

El maestro —un tipo bajo, regordete y pecoso— no se dio la menor prisa. Acabó de ponerse los zapatos, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarro. Después de dar unas caladas, me observó receloso, me estudió de arriba a abajo y preguntó:

—¿Es usted panadero?

—No —respondí—. A decir verdad, no sé mucho de panadería.

—¿En serio? —preguntó todavía desconfiado—. ¿Entiende algo de pasleles?

—Los he probado, pero no tengo ni la menor idea de cómo se preparan. Es exactamente lo que me gustaría aprender.

—Tome un cigarro. Empezaré esta noche a las diez en punto. ¿Quiere comer algo?

—Ahora, no, pero de todas maneras se lo agradezco.

—De acuerdo. Hablaré con el viejo. Le enseñaré su cama —evidentemente ya no recelaba de mí y se mostró muy amable—. Si presta atención a lo que le digo y no intenta incorporar ideas propias recién inventadas, lo convertiré en un buen panadero y pastelero. Aquí ninguna innovación le servirá de nada.

—Señor, le estoy muy agradecido. Siempre he soñado en convertirme en panadero y pastelero de primera.

—Ahora puede dormir la siesta o dar una vuelta por la ciudad, como prefiera.

—De acuerdo —dije—. Daré un paseo por la ciudad.

—No lo olvide, lo espero esta noche a las diez en punto.

Tal como habíamos acordado me encontré en el parque con Antonio.

—¿Qué tal te fue? —preguntó a modo de saludo desde el banco en que estaba sentado.

—Empiezo esta misma noche.

—Me alegro. Es posible que más adelante viaje contigo hasta Colombia.

Me senté a su lado.

No sabía de qué hablar y, buscando mentalmente un tema de conversación, pensé que era el momento oportuno para nombrar a Gonzalo. En realidad, no me interesaba tanto hablar de él como observar la actitud de Antonio y ver cómo reaccionaba un hombre con un crimen en su conciencia cuando alguien le sorprendía revelando que le sabía asesino.

Sin duda, correría algunos riesgos. Si Antonio descubría que yo sabía que era el asesino, intentaría acabar conmigo en la primera oportunidad que se le presentara. Estaba dispuesto a correr el riesgo: el mismo peligro me dio ganas de poner las cartas boca arriba. No me sorprendería y yo era muy capaz de defenderme, aunque ciertamente evitaría pasear por el monte o ir a Colombia con Antonio como único compañero.

Súbita e inesperadamente le pregunté:

—Antonio, ¿sabes que la policía te busca?

—¿A mí? —parecía azorado.

—¡Sí, a ti!

—¿Por qué? Creo que no he hecho nada malo.

Pensé que sus palabras sonaban auténticas, demasiado auténticas para ser reales.

—¡Por asesinato! ¡Por robo y asesinato!

—Gales, te has vuelto loco. ¿Dices que me buscan por asesinato? Estás equivocado. Reconozco que me lié con Emiliano Zapata, pero no asesiné a nadie. Debe tratarse de otro con el mismo nombre que yo.

—No se trata de una confusión de identidades —añadí, harto de jugar al gato y al ratón. Y le espeté casi a gritos—: ¿Sabes que Gonzalo está muerto?

—¿Qué? —gritó más fuerte que yo.

—Lo que has oído —dije en voz muy baja y estudiándole atentamente—, Gonzalo está muerto. Le asesinaron y le robaron.

—Pobre diablo. Era un buen hombre —dijo Antonio compasivamente.

—Así es, era un buen tipo —coincidió—. Es una pena. Antonio, ¿dónde lo viste por última vez?

—En la casa que usamos para dormir durante la recolección.

—Mr. Shine me dijo que vosotros tres, Gonzalo, Sam y tú, abandonasteis juntos su casa.

—Aunque lo diga Mr. Shine, está equivocado. Gonzalo se quedó. Sólo Sam y yo fuimos a la estación a coger el tren.

—No lo entiendo —pensé en voz alta—. Mr. Shine estaba en la ventana y os vio a los tres.

Al oírme Antonio soltó una carcajada y dijo:

—Mr. Shine tiene razón y yo también. El tercero no era Gonzalo, sino un hombre de por allí, un indio que vino a comprarle las gallinas a Abraham suponiendo que las conseguiría a buen precio. Abraham se había ido dos días antes y ya las había vendido, creo que a Mr. Shine.

—Encontré a Gonzalo, asesinado y robado, en la misma casa donde le viste por última vez —dije lentamente—. Mejor dicho, no le quitaron todo, el asesino le dejó cinco pesos y pico.

—Ojalá pudiera ponerme serio con esta historia trágica, pero la verdad es que me causa risa —dijo Antonio y sonrió ligeramente—. El resto del dinero de Gonzalo está en mi bolsillo.

—¡Ahí te quería pillar! Era precisamente de eso de lo que estaba hablando.

—Gales, es posible que lo hayas expresado a tu manera, pero lo cierto es que le gané el dinero —dijo Antonio—. Sam lo sabe, estaba presente. Incluso perdió cinco pesos porque quiso apostar.

Era una historia realmente extraña.

—Sam, el vecino indio y yo dejamos juntos la casa. Gonzalo quiso quedarse y dormir a pierna suelta. Sam y yo viajamos en tren a Celaya. Sam cogió el tren y yo hice el resto del camino hasta aquí en parte a pie y en parte en transportes de mercancías.

Las palabras de Antonio sonaban a verdad. Además, había puesto a Sam por testigo. Parecía hartamente improbable que, para asesinar a Gonzalo, Antonio hubiera desandado la gran distancia que había desde Celaya. Sam podía atestiguar que le había ganado limpiamente el dinero a Gonzalo. Éste no poseía ningún objeto de valor. Cada uno de nosotros conocía todas las posesiones de los demás y ninguno podría haber ocultado algo en su persona pues todos andábamos casi en porretas. No había motivos para sospechar: Antonio era inocente.

—Mi querido Antonio, acepta mi sincera disculpa por suponer que eras culpable del asesinato de Gonzalo o responsable de su muerte.

—Calma, Gales, no estoy ofendido. De todos modos, jamás imaginé que te apresurarías tanto a sospechar de mí. Jamás he dado motivos para que se piense mal de mí, ¿o no?

—Es verdad, no los has dado. Lo extraordinario es que todas las circunstancias apuntaban a ti. Sam y tú fuisteis los últimos en estar con Gonzalo en la casa. Y si como dices Gonzalo no os acompañó, nunca abandonó la casa: lo asesinaron allí. Mr. Shine me dijo que, cuando os fuisteis, no quedó nadie. En la casa no hay nada que robar y cerca no existe ningún sendero que conduzca a alguien hasta allí por azar. Volví a la zona

porque esperaba un aviso del campo petrolífero. La pura curiosidad me llevó a echar un vistazo a la casa, donde encontré el cadáver de Gonzalo. Presentaba varias cuchilladas y la más grave fue una puñalada en el pecho, que evidentemente le llevó a desangrarse y morir.

A medida que describía las heridas, Antonio sufría un cambio estremecedor. Se puso muy pálido, me miró con expresión de terror, movió los labios y tragó saliva una y otra vez. No habló. Con la mano izquierda se pellizcaba la cara y el cuello como si quisiera arrancarse la carne, mientras con la derecha me palpaba el hombro y el pecho como si intentara comprobar si a su lado realmente había alguien de carne y hueso o sólo se trataba de un ardid de su imaginación, de un sueño del que despertaría.

No supe cómo interpretar aquello. Carecía de sentido. Repentinamente Antonio había adoptado el aspecto del culpable que empieza a comprender las graves repercusiones de su acto siniestro. Un rato antes se había reído al pensar que yo le consideraba responsable de la muerte de Gonzalo. ¿Cómo podía interpretar su actitud? Debía hacerlo, pues, de lo contrario, me perdería en la maraña de mis propios pensamientos. ¡Incluso podía estarse imaginando que yo había matado a Gonzalo!

Se encendieron las farolas del parque. La noche había caído súbitamente a nuestro alrededor. Había oscurecido poco después de que estallara la batalla interior de Antonio; antes yo había visto su rostro, abierto y franco, bajo la clara luz del sol poniente. La llegada de la noche había oscurecido lo que había entrevisto del Antonio verdadero y sin disfraz. Lo que para mí debió ser la experiencia inolvidable de analizar las facciones de un hombre asaltado por las fuerzas de la oscuridad, estremecido y conmovido, electrizados todos los pelos y los poros de su piel, quedó distorsionado por las crudas luces. Mentían: arrojaban sobre el rostro de Antonio líneas y sombras que en realidad no existían.

Sin embargo, su aliento cálido era real; reales sus dedos tanteadores y agarrotados. Lo demás era pura comedia.

En un banco próximo al nuestro había un jornalero indio, harapiento como decenas de miles de los de su clase, pues sus salarios apenas alcanzan para pagar la comida. A menudo ocurría que a estos jornaleros no les quedaba

nada para pagar los treinta centavos de una litera en una de las incontables posadas de mala muerte —a las que llaman dormitorios—, en las que, por la mañana, cincuenta, ochenta o cien compañeros de dormitorio de todas las razas y naciones imaginables, aquejados de todas las enfermedades de la enciclopedia de medicina y de algunas otras de las que los médicos aún no han oído hablar, se lavaban en la misma palangana, se secaban con la misma toalla y se peinaban con el mismo peine.

El indio se había dormido en el banco. Las extremidades le colgaban fuera y su cuerpo, agotado por el trabajo, se acurrucaba en un puñado de harapos.

En ese momento se acercó sigilosamente un policía. Rodeó el banco con la mirada fija en el hombre que dormía. Se detuvo detrás del respaldo, alzó el látigo de cuero y lo dejó caer dura e implacablemente sobre el hombro del hombre que dormía, al tiempo que gritaba:

—¡Holgazán, levántate y lárgate de aquí o te meteré en chirona! La ley prohíbe dormir en los parques y lo sabes. Desaparece antes de que me ponga severo contigo.

El indio soltó un gemido contenido y se movió como si una espada le hubiese rajado. Se incorporó de golpe, sentándose y, retorciéndose y quejándose, se tocó el hombro herido. El policía se situó delante de él y sonrió con malicia. Gruesas lágrimas de dolor surcaban las mejillas del indio, pero no dijo nada ni se puso en pie. Siguió sentado porque, al igual que cualquier ciudadano, tenía derecho a sentarse en el parque. Nadie podía negarle el derecho de sentarse en el banco, por muy andrajoso que fuera y por muchos caballeros y señoritas elegantes que pasearan por el parque para disfrutar del fresco del crepúsculo y escuchar la música del quiosco.

Sí, el indio se sabía ciudadano de un país libre, en el que el millonario tenía el mismo derecho que un indio sin un centavo a sentarse en un banco del parque. Si hubiera querido, el indio podría haberse quedado sentado veinticuatro horas, pero no estaba permitido dormir en el banco de un parque. Aunque el banco estaba en la Plaza de la Libertad, la libertad no llegaba tan lejos. Localmente, se trataba del tipo de libertad en la que

alguien con autoridad podía azotar a cualquiera sin autoridad: el secular antagonismo entre ambos mundos, casi tan antiguo como la historia de la expulsión del Paraíso; el secular antagonismo entre la policía y los cansados y agobiados, los agotados y hambrientos. Al indio le habían pillado en falta y lo sabía; por eso, aunque quejumbroso, no dijo nada. Satán o Gabriel —aquel policía se puso en el papel del segundo— tenían razón.

—¡No! ¡No tenían razón! ¡No! ¡No! Se me subió la sangre a la cabeza. En Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, en todas partes la policía es la que azota y el harapiento quien encaja los palos. Y después la gente que se sienta con aire satisfecho a sus mesas bien servidas se sorprende de que alguien las sacuda, las vuelque y lo destroce todo. Las heridas de bala curan. Un latigazo jamás cicatriza. Carcome cada vez más la carne, llega al corazón y por último al cerebro, liberando un grito que hace temblar la tierra misma, el grito de «¡Venganza!». ¿Por qué Rusia está en manos de los bolcheviques? Porque el pueblo ruso fue el más azotado antes del advenimiento de la nueva era. El látigo o la porra del policía sienta las bases de una ofensiva que estremece los continentes y hace trizas los sistemas políticos.

Ay de los ufanos y pagados de sí mismos cuando los azotados gritan «¡Venganza!». ¡Ay de los saciados cuando los verdugones de los látigos carcomen los corazones de los hambrientos y enloquecen las mentes de los que han sufrido mucho! Me vi obligado a convertirme en rebelde y en revolucionario, en revolucionario por amor a la justicia, por ganas de ayudar a los desgraciados y harapientos. La injusticia y la crueldad crean tantos revolucionarios como las estrecheces y el hambre.

Me erguí de un salto y me acerqué al banco junto al cual aún seguía el policía, agitando el látigo en el aire y sonriendo con ojos encendidos a su víctima, que se retorció. No reparó en mí. Indudablemente pensó que sólo pretendía sentarme.

Me puse a su lado y dije:

—Lléveme inmediatamente a comisaría. Voy a denunciarle. Las instrucciones que ha recibido sólo le dan derecho a usar el látigo si le

atacan o después de dar la voz de alarma si se producen disturbios callejeros. Debiera saberlo.

—El perro este dormía en el banco. —El infame policía, que medía poco más de metro y medio, intentaba defenderse.

—Debió despertarle y explicarle que no puede dormir aquí. Si se hubiera dormido de nuevo, habría podido echarle del banco, pero bajo ninguna circunstancia debió golpearle. Así que lléveme a comisaría. Mañana ya no podrá azotar a nadie.

El menudo policía me observó, reparó en que yo era blanco y se dio cuenta de que hablaba absolutamente en serio. Se colgó el látigo del cinturón y, con un velocísimo salto, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

El indio se perdió en la noche sin pronunciar palabra. Regresé lentamente al sitio donde había dejado a Antonio. ¿Qué ocurriría cuando volviera a verle?

¿Qué es el asesinato?, pensé. Todo se reduce a lo mismo: la ley de la selva. El mundo entero es una selva. ¡O comes o te devoran! La araña a la mosca, el pájaro a la araña, la serpiente al pájaro..., y así al infinito. Hasta que estalla una catástrofe mundial o una revolución, momento en que todo el círculo comienza de nuevo, aunque en sentido inverso.

¡Antonio, tenías razón! ¡Tienes razón! ¡Los vivos siempre tienen razón! Los muertos son los culpables. Si no hubieras asesinado a Gonzalo, él habría acabado contigo. Tal vez. No, seguro. Es la ley de la selva. En el monte se aprende eso demasiado rápido. Está a tu alrededor y, al fin y al cabo, no es más que la consecuencia natural de una extraordinaria capacidad de imitación.

—No —dijo Antonio más tranquilo—, te aseguro que no pretendía matar a Gonzalo. Me podría haber tocado a mí. ¡Créeme, amigo mió, no soy responsable de su muerte.

—Antonio, lo sé, te podría haber tocado a ti. Es el monte, que nos acogota a todos y nos tiene a su merced.

—¡Sí! Gales, tienes razón, es el monte. En la ciudad jamás se nos habría ocurrido una idea tan absurda. Y el monte te habla toda la noche: el faisán salvaje lanza su grito mortal cuando lo atacan, el puma aúlla cuando se lanza sobre la presa, no hay más que sangre y lucha. En el monte son los dientes, nosotros usamos cuchillos. ¡Te aseguro que sólo era un juego! Lo hicimos por diversión..., de verdad, sólo fue por diversión, nada más.

»Usamos cuchillos, pero podrían haber sido dados, barajas o una ruleta. Lo cierto es que, después de trabajar siete semanas, no nos quedaba dinero suficiente para salir de aquel lugar dejado de la mano de Dios y buscar algo mejor. Teníamos más o menos lo mismo. Gonzalo poseía algo más de veinte pesos y yo tenía veinticinco.

»Era domingo por la noche y el lunes por la mañana queríamos ponernos en marcha. Charley había partido hacía unos días y también se había ido Abraham. Así que sólo quedábamos tres: Gonzalo, Sam y yo.

»Contamos el dinero, poniéndolo en el suelo. Cada uno tenía varias monedas de oro y la calderilla en piezas de plata. Mientras el dinero permanecía ante nosotros, apenas visible a la luz de la hoguera, Gonzalo dejó volar la imaginación.

»“¿Qué puedo hacer con esta maldita calderilla?”, preguntó Gonzalo. “Nos hemos deslomado durante siete semanas interminables, siete días por semana, campeando de sol a sombra, en medio de un calor abrasador. Volvíamos a casa tan extenuados que apenas podíamos mover los dedos para cocinar la miserable bazofia; hasta tragarla nos cansaba. Dormíamos

en el suelo. Ni domingo, ni placeres, ni música, ni bailes, ni chicas, ni alcohol..., sólo un poco de apestoso tabaco liado en vainas de maíz. Y mira lo que tenemos..., ¿para qué sirve esta maldita calderilla?”

»Apartó el dinero con el pie.

»“Mi camisa se cae a pedazos”, siguió protestando. “Mi pantalón está destrozado. Mis sandalias... míralas, Antonio, no tienen suela ni nada. Al final, después de sudar como un caballo de tiro, no queda nada. ¡Si al menos fueran cuarenta pesos!” Al pronunciar esas palabras, su rostro se iluminó. “Con cuarenta pesos me las arreglaría. Podría ir a ciudad de México y comprar ropa decente de modo que, si quisiera decirle buenas tardes a una chica, me viera como a un ser humano. Y aún me quedarían algunos pesos para salir del apuro unos cuantos días más.”

»“Tienes razón, hermano. Cuarenta pesos es exactamente lo que necesito para comprar las cosas más imprescindibles”, dije.

»“¿Sabes qué se me acaba de ocurrir?”, prosiguió Gonzalo. “Juguémonos el dinero. Ninguno llegará a ningún lado con las míseras monedas que tenemos. Si tú te quedas con mi dinero o yo con el tuyo, al menos uno podrá hacer algo. Tal como están las cosas, no somos más que dos pobres diablos. Acabaría bebiéndome el dinero en una sola noche, por la rabia que me da haber trabajado a cambio de nada.”

»La idea de Gonzalo no era mala —prosiguió Antonio en su relato—. Yo también me habría bebido lo poco que me quedaba. En cuanto empiezas con el maldito tequila, no paras hasta que se esfuma el último centavo. Sigues bebiendo, estés borracho o sobrio. Y lo que no te llevas al colete se lo tragan tus compañeros de curda. Los dueños de cafés y posadas engañan a los borrachos y le arrebatan a uno del bolsillo las pocas monedas que le quedan. Gales, tú conoces el paño.

Ya lo creo, pensé. Conocía demasiado bien el tequila barato. Tiemblas después de cada copita y has de beber algo más ligero. El cantinero es lo bastante sensato como para dejar a mano unos cuantos palillos con botanas, pero te queman la garganta. Así que sigues tragando tequila, te mojas el garguero como si estuvieses hechizado o como si el maldito

destrozagargantas fuera un elixir mágico que, por alguna extraña razón, debe tragarse sin tocar la lengua. Cuando por fin piensas que ya está bien, estás fuera de juego. Todo se borra: problemas, penas, cólera, pasión. Sólo persiste la nada absoluta. El mundo y el amor propio se desperdigan.

Antonio meditó un rato como si escudriñara en su memoria y luego prosiguió:

—No teníamos naipes ni dados. Jugamos con palillos, pero el peso que apostamos no hacía más que pasar de uno a otro. En ningún momento cambiaron de mano más de cinco pesos. Luego jugamos a cara o cruz. Aunque parezca extraño, sólo unos pocos pesos pasaron de un bolsillo a otro. Sam también jugó y su dinero tampoco cambió demasiado de manos. Se fue haciendo tarde..., según mis cálculos, eran las diez o las once.

»Gonzalo se enfadó y maldijo como un loco. Dijo que estaba harto de ese juego de niños y que quería saber con certeza dónde estaría por la mañana.

»“Oye, Gonzalo, ¿qué propones?”

»“No se me ocurre nada”, replicó. “Pero esto me vuelve loco. Estamos perdiendo el tiempo como tontos y no llegamos a ninguna parte, esto es un tira y afloja. Basta para enloquecer a cualquiera.” Estuvo un rato en cuclillas delante de la hoguera, contemplando las ascuas. Lió un cigarrillo tras otro y los arrojó al fuego después de dar unas pocas caladas. Súbitamente se irguió y dijo: “Ya sé qué haremos. Celebraremos un duelo azteca por el total de las apuestas.”

»“¿Un duelo azteca? ¿Y eso qué es?”, pregunté.

»“¿Cómo? ¿No sabes en qué consiste un duelo azteca?” Gonzalo estaba realmente sorprendido.

»“No. Gonzalo, ¿cómo quieres que lo sepa? Aunque llevamos aquí más de un siglo, mi familia es de origen español. Jamás oí hablar de un duelo azteca.”

»“Es muy sencillo, Antonio. Cogemos dos árboles jóvenes, los pelamos, atamos firmemente nuestros cuchillos en la punta y luego nos los

arrojamos hasta que uno u otro se rinde de puro agotamiento. Uno de los dos se cansará antes que el otro: el que siga en pie gana y se queda con el dinero. Así se decidirá quién se queda con el dinero.”

»Lo pensé unos instantes y llegué a la conclusión de que era un disparate.

»“Oye, español, ¿no estarás acojonado por casualidad?”, se mofó Gonzalo.

»Su voz denotaba un extraño tono burlón que me irritó profundamente.

»“¿Acojonado yo? ¿Asustado de un indio? ¡El español jamás se acojona! ¡Ya lo verás! ¡Vamos, celebremos ese duelo azteca!”

«Sacamos de la hoguera un palo encendido y deambulamos por el monte hasta encontrar dos árboles jóvenes adecuados. Habíamos pedido a Sam que llevara mucha leña y avivara el fuego para ver a dónde apuntábamos. Podamos los árboles y sujetamos firmemente nuestros cuchillos en la punta.

»“Es mejor que no asome toda la hoja”, sugirió Gonzalo, “ya que no queremos matar a nadie. Sólo es un juego. Basta con que el filo sobresalga dos o tres centímetros. ¡Esto es, muy bien!”, dijo mientras estudiaba mi lanza. “Ahora ponemos un trozo pesado de madera junto al mango para que la lanza alcance el equilibrio adecuado; de lo contrario, temblará y no volará en línea recta.”

»Acolchamos nuestros brazos izquierdos con hierba y los envolvimos con un basto saco de lona.

»“Esto es importante”, explicó Gonzalo. “Lo divertido consiste en coger la lanza y rechazarla. El brazo bien acolchado cumple la misma función que el escudo en la antigüedad. Supongo que sabes que los viejos guerreros aztecas usaban escudos. Debes comprender que en este duelo sólo luchamos, nadie quiere matar a nadie, sino agotar al otro. No lo olvides, no es más que un juego.”

»En cuanto tuvimos todo preparado, Sam preguntó:

»“Y yo, ¿qué? ¿Debo quedarme milando? Me gustaría participar.”

»El chino tenía razón. Debíamos darle algo por su participación como tenedor de las apuestas y testigo. Gales, ya sabes que los chinos son endiablados cuando se trata de apostar. Si se les presenta la oportunidad, son capaces de apostar los gastos de su funeral.

»“Veamos, Sam, puedes apostar por uno de los dos”, le propuso Gonzalo.

»“De acuerdo”, aceptó Sam. “Gonzalo, apuesto cinco pesos por ti. Si ganas, me das cinco pesos. Si pierdes, te doy cinco pesos. Y a ti no te interesa perder, ya que eso sería decir—le adiós a tus veinte pesos.”

»Gonzalo y yo depositamos veinte pesos cada uno, que Sam dejó sobre una piedra, delante de él; luego añadió los cinco pesos de su apuesta. Sam midió veinticinco pasos a ambos lados del fuego y clavamos una vara a modo de señal. Si alguno de los duelistas franqueaba ese límite, perdía cinco pesos a favor del contrincante.

»Empezamos a arrojarnos las lanzas, esquivándolas con nuestro brazo acolchado por la hierba y devolviéndolas. Como el fuego parpadeaba y humeaba, sólo distinguía el perfil difuso de Gonzalo. Hacía una noche tan negra que apenas veía la espada que volaba hacia mí. Con el segundo lanzamiento recibí una cuchillada en el hombro derecho. Gales, aún se ve la cicatriz.

Se desnudó el hombro y vi la herida, que aún no había cicatrizado.

—Gradualmente cogimos ritmo, mejor dicho, nos entusiasmamos. Después de algunos intercambios recibí otro navajazo que cortó mi pantalón y me entró en la pierna, pero en modo alguno estaba liquidado.

»Ignoro cuánto tiempo estuvimos arrojando las lanzas. Como ninguno de los dos se dio por vencido, el ritmo se tornó cada vez más enloquecedor. Al duelo se incorporó un elemento de ferocidad y cualquiera que nos hubiera visto no habría deducido que sólo se trataba de un juego.

«Arrojamos las lanzas durante media, quizás una hora, no estoy seguro. Tampoco sabía si había herido gravemente a Gonzalo. Lo que sí sabía es que empezaba a cansarme. Mi lanza parecía pesar diez quilos y mis lanzamientos perdieron fuerza. Poco después era casi incapaz de

agacharme a recoger la lanza y en una ocasión estuve a punto de caer. Sabía que no podía permitirme el lujo de besar el suelo. Si lo hacía, indudablemente sería incapaz de volverme a levantar.

»No podía ver a Gonzalo. En realidad, no veía nada. Seguí lanzando aquellas lanzas en la dirección en la que, supuse, tenía que estar Gonzalo. Ya no me importaba si lo alcanzaba o no. Lo único que me preocupaba era que no podía ser el primero en parar. De modo que, como seguía recibiendo lanzas del otro lado, las devolvía.

»De pronto, cuando el fuego se animó unos segundos, vi que Gonzalo se daba la vuelta en busca de la lanza, que evidentemente había caído bastante lejos. Retrocedió unos pasos, la encontró, la levantó y, mientras se volvía hacia mí para arrojarla, cayó pesadamente de rodillas como si alguien le hubiera asestado un golpe demoledor.

»No lancé la que tenía en la mano pues estaba encantado de sostenerla y apoyarme en ella; de lo contrario, me habría derrumbado. Si Gonzalo se hubiera puesto en pie y arrojado la lanza, ya no habría podido levantar el brazo para desviarla o devolverla.

«Gonzalo continuó arrodillado. Sam se acercó corriendo y gritó:

“Se acabó, he peldido cinco pesos. Antonio, has ganado. Gonzalo se ha dado pol vencido”

«Me arrastré hasta una caja que estaba junto al fuego, pero no tuve fuerzas para sentarme en ella. Caí al suelo, a su lado. Sam arrastró a Gonzalo hasta la fogata y le dio agua, que bebió a grandes sorbos.

«Vi que tenía el pecho bañado en sangre, pero ya no me interesaba nada de lo que me rodeaba. Dejé caer la cabeza y al abrir los ojos noté que mi pecho estaba tan ensangrentado como el de Gonzalo. Pero no me interesaba, nada parecía tener importancia.

»Sam trajo los cuarenta pesos y me los metió en el bolsillo. También lo vi meter cinco pesos en el de Gonzalo. Pero sentía como lejano todo lo que ocurría.

«Permanecimos así media hora, tal vez una hora entera. El fuego se apagó.

»“Me voy a acostar y descansar un rato”, dijo Sam.

«Repetí lo mismo; yo también estaba cansado: “Sí, me voy a acostar y descansar un rato”.

«Vi que Gonzalo se incorporaba y, tambaleándose y a tientas como yo, subía la escalera y entraba en la casa.

«Después de caer al suelo y cuando estaba a punto de dormirme oí decir a Gonzalo: “Si mañana os vais temprano y no me he levantado, no os molestéis en despertarme. Quiero dormir largo y tendido. Estoy reventado. Además, no puedo viajar en tren con vosotros, no tengo dinero para el billete”.

«Sam me dio un codazo antes del amanecer. Había llegado la hora de partir. A las ocho en punto de la tarde debíamos estar en la estación ya que, de lo contrario, perderíamos dos días. La noche aún era negra como la boca de un lobo. No veía nada, ni siquiera a Gonzalo. En lugar de despertarlo lo dejamos dormir a pierna suelta. Cogimos nuestros hatos y partimos al romper el día.

«A pocos metros de la casa encontramos al indio que quería comprar las gallinas de Abraham.

«Gales, aquí tienes la historia, la verdadera historia.

—Antonio, aquella mañana habría sido imposible despertar a Gonzalo —
aseguré.

—Gales, te he contado la verdadera historia. Puedes hablar con Sam y confirmarla. El chino conoce la verdad.

—Antonio, no es necesario. Dejemos las cosas como están. Te creo. Sé perfectamente cuando alguien dice la verdad.

La música del quiosco aumentó de volumen.

Cerré los ojos. Deseaba anular la cruda luz eléctrica de las farolas. Vi a Gonzalo tendido en el suelo, expulsado del mundo de los vivos y los

optimistas, apretando en su mano, contra el pecho, una bola de algodón puro y ennegrecido por la sangre seca.

El algodón.

Evidentemente Antonio me observaba sin que yo me diera cuenta.

—Gales, ¿por qué lloras?

—¡Calla! Tú... ves visiones. Por tu cabeza circulan algunas ideas disparatadas.

El mestizo guardó silencio.

—¡Antonio, es esta maldita música fúnebre! ¿Por qué no tocan *La viuda alegre* o *Sí, no tenemos plátanos*? ¡La vida es divertida! Las marchas fúnebres son para los muertos y la ópera bufa para los vivos. Vamos, Antonio, son casi las diez. ¿Qué dijo aquel hijo de la chingada? ¡Ah, sí, dijo que llegara a tiempo al trabajo, que para eso paga un peso veinticinco al día!

LIBRO SEGUNDO

El señor Doux, propietario de la Panadería Aurora, siempre tenía mal aspecto, como si sufriera de paludismo crónico. Estaba pálido y se ocupaba del negocio como lo haría una persona mortalmente enferma. Lo cierto es que era un hombre activo y robusto, capaz de devorar en una sola comida la ración de doce hombres fuertes. Se levantaba a las cuatro de la madrugada y desayunaba un litro de leche y seis huevos fritos con jamón. Bebía una generosa copa de coñac y se iba al mercado a comprar las provisiones del día. Además de la panadería y la pastelería, poseía un próspero café en el que, amén de las acostumbradas bebidas heladas, gaseosas, helados, vino y cerveza, se podía tomar el desayuno, la comida y la cena. La panadería y el café estaban en la planta baja del edificio de dos pisos de Doux. En la primera planta también había un hotel, pero no lo administraba Doux. Lo subarrendaba y todos los días celebraba una alentadora charla con el inquilino. Bastaba con oír por casualidad aquellas pláticas para comprender los motivos por los que Doux siempre tenía los mofletes de un color verde amarillento.

El tema habitual de la discusión era el agua. En los trópicos el agua no sólo es una de las cosas más preciadas, sino también objeto de disputas constantes. La naturaleza lucha por el agua como si se tratara de una cuestión de vida o muerte; los animales se destripan mutuamente por el agua, e incluso se cuenta que el jaguar evita atacar hasta a la liebre mientras está bebiendo, y que espera su regreso a respetuosa distancia.

La lucha de plantas y árboles por el agua contiene cierta bondad. Sin embargo, cuando los seres humanos luchan por el agua, superan a todas las demás criaturas terrenales con su taimado salvajismo. De acuerdo con el estilo colonial latinoamericano, el edificio de Doux se erigía en torno a un patio en el que crecían plantas tropicales exuberantes, algunas de las cuales alcanzaban una altura que superaba el primer piso. El café ocupaba la fachada de la planta baja; el ala derecha albergaba la cocina y las

despensas; en la izquierda, la panadería, la pastelería y el dormitorio de los operarios del horno. En la parte de atrás, la residencia del propietario.

El sector del hotel, que ocupaba la totalidad de la primera planta, se prolongaba en rectángulo sobre el patio, y todas las habitaciones daban a un balcón continuo que miraba al verdor. Las habitaciones del lado del hotel que daba a la calle daban a un segundo balcón que abarcaba la totalidad de la fachada del edificio.

En la azotea había dos grandes depósitos de agua, cada uno de los cuales estaba atendido por su propio pozo. Uno correspondía a la planta baja y el otro al primer piso. Cada uno disponía de su propia bomba impulsada por un motor. Al llegar la estación seca, se agotaba el pozo de la panadería y del café, mientras que el del hotel tenía agua en abundancia. El café y la panadería no podían funcionar sin agua y ahí comenzaban los problemas. El señor Doux pretendía bombear agua desde el depósito del hotel al suyo y sostenía que, al fin y al cabo, era propietario de ambos pozos. Y el inquilino no lo admitía; en el contrato ponía que el depósito del hotel estaba exclusivamente a su disposición. Temía que, al permitir que el café tomara el agua de su depósito, algún día se lo encontraría seco y se vería obligado a negar a sus huéspedes el privilegio de darse un baño. El director de un hotel de los trópicos que no puede dar agua para el baño a los clientes ya puede ir cerrando su establecimiento.

Ambos depósitos estaban tapados y cerrados con candado; el inquilino tenía la llave del suyo y el señor Doux la del depósito del café. En consecuencia, a Doux no le quedaba más remedio que forzar cada noche el candado del depósito del inquilino, introducir una manguera, conectarla a su propia bomba y ponerla en marcha. Como el sonido de la bomba solía despertar al inquilino, en medio de la noche estallaba la marimorena. Se sumaban los huéspedes del hotel y también los clientes del café, que a menudo estaban acalorados por el alcohol y dispuestos a armar jaleo y a tomar partido. Por el aire volaban botellas, sillas, hogazas de pan, trozos de hielo y horribles maldiciones e improperios. Entretanto, neutral e indiferente ante tanto alboroto, la bomba cumplía su trabajo y llenaba el depósito del señor Doux. En ese momento Doux desconectaba la bomba, guardaba la manguera y volvía a reinar la paz... hasta la mañana siguiente,

cuando el inquilino tomaba medidas para que la próxima noche su depósito estuviera cerrado a cal y canto. El señor Doux siempre se las ingeniaba para anular tales medidas.

Una mañana el arrendatario del hotel mandó llamar a un carpintero y le ordenó que levantara una barricada alrededor del depósito. El señor Doux acudió inmediatamente a la policía pues el edificio era de su propiedad y era ilegal que el inquilino levantara una barricada en la azotea de Doux. Por la noche el depósito fue nuevamente violado, simplemente porque el establecimiento del señor Doux necesitaba agua.

Por lo tanto, existían buenos motivos para el aspecto fantasmal y el pantagruélico apetito del señor Doux. El primer desayuno era seguido de otro más copioso a las seis, a su regreso del mercado. Tomaba pescado, rosbif, media botella de vino y tres o cuatro porciones de pastel.

Entretanto llegaban los primeros parroquianos de la jornada; había que atender a los proveedores y cuadrar las cuentas; el cartero dejaba la correspondencia. Luego aparecían los compradores de productos cocidos al horno y cada uno hacía su selección de pan, bollos, pasteles, pastelitos, galletas y fruta escarchada.

A las ocho y media el señor Doux tomaba lo que él llamaba un desayuno normal, que compartía con su esposa. A aquella hora engullía un plato a base de huevos, dos de carne, cerveza y un buen postre, seguido de café con una generosa ración de nata, faltaría más.

La señora Doux poseía las facciones de una mujer bonita y era algo más que rolliza. Sólo para contradecir la idea de que los gordos están siempre alegres, la señora Doux se encontraba permanentemente de mal humor. En las contadas ocasiones en que llegaba un gran encargo de pasteles y pastelitos, en su rostro se dibujaba una leve sonrisa que sólo duraba unos segundos. El café podía estar lleno a reventar y los clientes pelearse por una mesa, que aquello no impedía a la señora Doux mostrar su expresión avinagrada ni mirar a cada recién llegado como si se le hubiera infligido una agresión personal que aumentaba las penas de su vida. Jamás calzaba zapatos, sino mullidas zapatillas de fieltro. Jamás salía —mejor dicho, nunca la vi salir— por temor a que, en su ausencia, algún camarero robara

dinero o comida. Sus ojos lo veían todo: en el local no pasaba nada sin que ella se enterara o sobre lo cual no tuviera control.

Lo que más le dolía (de hecho, todo le dolía) era que la gente o, al menos, ella, tuviera que dormir; mientras dormía podía suceder algo de lo que no llegara a enterarse. Por eso sentía una gran desconfianza hacia los trabajadores de la panadería. Trabajaban por la noche mientras la señora Doux tenía que dormir para poder controlar el café por la mañana y la tarde. Aún así, solía trasnochar.

La señora Doux también se ocupaba de la caja. Aunque habría podido contratar a una señorita para aquel puesto, ninguna cajera hubiera logrado durar mucho. Ya podría la señorita haber sido tan honesta como el arcángel Gabriel, que la señora Doux la habría acusado varias veces al día de birlarle unos pocos pesos.

La cuestión de la caja era un asunto peliagudo. La señora Doux no confiaba en los camareros. Se sentaba ante el mostrador o deambulaba por el local observando qué tomaban los clientes. Cuando los parroquianos pagaban, el camarero debía llevar el dinero de inmediato. La señora opinaba que si se permitía que los camareros guardaran el dinero de las consumiciones, que en algunos casos ascendían a cientos de pesos, y que pasaran cuentas al final de su turno, nada les impediría abandonar abrigo y sombrero y largarse con la pasta quince minutos antes de la hora de cierre. Hay que reconocer que esas cosas ocurrían, incluso cuando un camarero sólo acumulaba sesenta o setenta pesos, cosa que en el Café Aurora era realmente imposible.

Los días en que aflojaban los pedidos de panadería, panaderos y reposteros las pasaban canutas. Con toda la mala leche, la señora Doux les racaneaba hasta el extremo de que alguno pedía que le hicieran la liquidación y se largaba, ya que en las jornadas tranquilas la mujer consideraba los gastos de la panadería como dinero perdido. Y, si al día siguiente los encargos se duplicaban o triplicaban, los hombres tenían que trabajar tres, cuatro o cinco horas más, pues no se había contratado a ningún trabajador nuevo para reemplazar al que se las había pirado.

Los músicos del café no corrían mejor suerte. En realidad, la pasaban aún peor. Los panaderos producían algo y, en opinión del señor y de la señora, la música era la pérdida de dinero más absurda que quepa imaginar. Sin embargo, como los cafés vecinos tenían músicos, el Café Aurora tenía que contar también con su orquesta para seguir en el negocio. El señor Doux se peleaba todos los días con los músicos. Si el local estaba vacío, decía a los intérpretes que la culpa era de ellos por tocar tan mal. En ocasiones, después de una pelotera de este tenor, los músicos guardaban los instrumentos, pedían la liquidación y se largaban. La señora Doux estaba encantada con la situación porque le permitía reducir gastos y, además, podía decir a los parroquianos que los músicos habían arrojado la toalla.

Pocos días después los parroquianos se inquietaban y reclamaban música, de modo que el señor Doux salía corriendo en busca de una orquesta. En estos casos podía ocurrir que sólo consiguiera un guitarrista y entonces los clientes no pisaban el local hasta que contrataba una buena orquesta. Unos cuantos días después estallaba otra trifulca y la historia se repetía.

En una ocasión llegó de ciudad de México una extraordinaria orquesta con ocho músicos. Ofreció sus servicios en diversos cafés, pero en primer lugar habló con Doux del Aurora.

—¿Cincuenta pesos al día por ocho hombres? ¡Ni soñarlo! ¿Y también las comidas? Todavía no me he vuelto loco. ¿Y contratados por semana, con tres días de aviso previo al despido? Ya pueden recorrer la ciudad que no encontrarán ni a un solo dueño de café tan chalado como para aceptar estas pretensiones. Les pagaré veinticinco, contratados por día. Puedo conseguir todos los músicos que me dé la gana con un día de aviso previo de despido.

La orquesta buscó otro café y consiguió que aceptaran sus condiciones. Por si fuera poco, el café que la contrató se llenó de clientes todas las noches, pese a que las gentes de esta región no suelen sentarse a las mesas de los cafés ni perder el tiempo en los restaurantes. Por lo general, se quedan el tiempo justo para tomar los helados o beber los refrescos y luego se van. Prefieren pasear por parques y plazas o sentarse en los bancos en lugar de a las mesas de los cafés. Sin embargo, la música podía inclinar a los clientes

a pedir otra bebida helada u otra cerveza, y en este caso aún más, pues el dueño fue lo bastante honrado como para no recargar los precios por el espectáculo musical.

El café donde tocaba la nueva orquesta que atraía multitudes sólo estaba a cinco puertas del Aurora. El Aurora se quedó vacío como un ataúd en la carpintería. La señora quería apagar la mitad de las luces porque estaban encendidas inútilmente, pero su marido descartó la idea de plano. Cada hora caminaba hasta el cine sin sombrero ni chaqueta, aparentemente para mirar los carteles de las futuras películas que pondrían. En realidad, iba a contar los clientes del Moderna. Pasaba delante de la competencia, aparentemente sin volver la cabeza, pero viendo a todos los parroquianos del Moderna y divisando con gran disgusto a muchos de sus antiguos parroquianos.

Resistió varios días. Al final se apostó a la puerta de su café y esperó a que pasara el primer violinista de la orquesta del Moderna.

—¡Espere un momento, señor —¿Sí?

—¿No les gustaría tocar aquí? Les pagaré cincuenta.

—Lo siento, cobramos sesenta y cinco.

—No llevo a tanto.

—Muy bien, señor, adiós.

Transcurrida una semana, el señor Doux volvió a hacerle la misma propuesta al primer violinista.

—De acuerdo, señor, por cincuenta.

—Está arreglado, acordado. A partir del viernes.

El señor Doux se acercó corriendo a su esposa y le dio la noticia:

—¡He contratado a la orquesta por cincuenta!

La orquesta había accedido a tocar por cincuenta pesos pues en el Moderna ya le habían dado aviso de despido y no tenían más compromisos

en la ciudad. Había dejado de ser una novedad y los clientes querían algo distinto.

La orquesta ya estaba muy vista. Aunque el café Aurora se llenó, no contó con tantos clientes como había tenido el Moderna todas las noches anteriores. El señor Doux dijo a los músicos que tocaban espantosamente mal. Los intérpretes recibieron igual de mal el agravio, se armó la de Dios es Cristo y abandonaron el café. En consecuencia, el señor Doux no tuvo que pagar «por despido» y una vez más ahorró dinero.

Todas las mañanas, alrededor de las once y media, el señor Doux concluía la contabilidad y se preparaba para comer. A las diez, incapaz de aguardar hasta mediodía, devoraba un pollo frito. Y a las once y media hacía la primera comida propiamente dicha del día. Luego dormía la siesta. A las cinco se levantaba, se lavaba, se afeitaba e, impulsado por el hambre, entraba corriendo en el café.

Permanecía en el café hasta la hora de cierre. A la policía municipal le importaba un comino el comportamiento moral de los ciudadanos, dejaban que se las arreglaran por su cuenta. Todo el que tenía dinero y tiempo para pasarse toda la noche en un café era libre de hacerlo: al fin y al cabo se trataba de su dinero, su tiempo y su salud. Cuando el local se quedaba vacío, el patrón cerraba, si le daba la gana, sin consejos ni advertencias de la policía. Como no existía una hora oficial de cierre, nadie podía divertirse saltándose el horario. A medianoche los cafés estaban tan vacíos que no valía la pena ni tener las luces encendidas. Las personas que por motivos profesionales pasaban la noche en vela no frecuentaban los cafés, sino los bares, que servían comidas completas o platos especiales a cualquier hora del día y de la noche y que eran más baratos que los cafés.

Por mucho que reinara la tranquilidad en el café, a medianoche en la panadería estábamos más ajetreados que nunca.

—Limpia las planchas —me dijo el maestro panadero—. No te resultará difícil. Si aparece la vieja —dijo refiriéndose a la señora Doux, que no llegaba a la treintena—, sigue, limpiando moldes. Se mete en todo y si estás ocupado no se dará cuenta de que eres novato en el oficio. ¡Ahora no bajará porque el viejo está con ella y no suelen perder tiempo en estas

cosas! Me sorprende que tengan tiempo para hacérselo, o para pensar en hacérselo, aunque sospecho que no se concentran debidamente en lo que hacen cuando se lo hacen. Es más probable que piensen en nosotros y se pregunten si nos estamos comiendo un par de huevos. A propósito, ¡qué buena idea! Eso es lo que haremos.

Cogió varios huevos, los partió con aire profesional, les dio una rápida batida, añadió mantequilla y los metió en el horno, para sacar poco después una tortilla deliciosa. Cuando terminamos, aprendí a limpiar los moldes. No era tan fácil como parecía: es algo en lo que hay que emplearse a fondo. Luego me tocó pesar la harina, tarea que ha de ejecutarse con precisión. Después tuve que romper quinientos huevos y separar las claras de las yemas. Si uno lo hace al estilo casero, tarda una semana; en la panadería, tenía que romper quinientos huevos y separar las claras de las yemas en veinte minutos; si el menor indicio de yema se mezclaba con las claras, surgían problemas culinarios.

Más adelante aprendí a cuidar las mezcladoras, a mantener encendidos los fuegos del horno, a cortar la masa para hogazas y panecillos, a escarchar pequeños pasteles, a cortar los budines y prepararlos para que los adornaran, a lavar ollas y marmitas, limpiar las mesas, barrer la panadería, moler el azúcar para el escarchado, prepararlo y hacer otro sinfín de cosas. Lo aprendí paso a paso; sólo así se aprende algo. No hay nada cuyo saber te esté vedado si vas paso a paso.

Llegó el sábado: día de paga. Pero no vimos la paga. «Mañana», dijo el señor Doux. El domingo era el día más ajetreado y a la hora de abonar salarios el señor Doux dijo que jamás pagaba en domingo. «Mañana». El lunes no pagó porque no había ido al banco. El martes en la caja no quedaba dinero suficiente porque había usado lo que sacó del banco para pagar a los proveedores. El miércoles tocaba cobrar a los camareros; el jueves no tenía dinero suelto y no pudo pagar a los panaderos. El viernes no le vimos el pelo; cada vez que alguien preguntaba por él, nos decían que estaba en su casa y que no quería ser molestado. El sábado nos debía dos semanas, pero había tenido grandes gastos pues tuvo que comprar provisiones para el domingo, «el día más ajetreado» y, por si aquello fuera poco, el sábado los bancos cerraban a mediodía. «Mañana», dijo, pero al

día siguiente era domingo y jamás abonaba salarios en domingo. «Mañana», recitó, pero el lunes no fue al banco. Y así al infinito.

Habían transcurrido tres semanas cuando recibí mi primera paga, que no correspondió a aquel período, sino a una sola semana. Siempre pasaba lo mismo, el señor Doux se atrasaba varias semanas con los salarios. Y no soportaba que nos retrasáramos un cuarto de hora en nuestro trabajo; si ocurría, estallaba un escándalo, pues los clientes esperaban el pan y las pastas a su hora exacta, como si fuésemos un reloj. Bregábamos quince, dieciséis horas al día y, a veces, veintiuna. El señor Doux lo daba por sentado; también daba por sentado que pagaba cuando le venía bien, no el día que tocara.

Al maestro pastelero le debía el salario de cuatro meses. Aunque hubiese querido, no se habría podido largar, ya que Doux habría tardado meses en saldar las cuentas. En cuanto a los demás, no había otras perspectivas de trabajo a la vista y, en el caso de que hubieran existido, no habríamos tenido tiempo de buscarlas. Cuando acabábamos con las tareas de horno, ya era la tarde o la noche y los sitios donde habríamos podido pedir trabajo estaban cerrados. Sólo podíamos aguantar en el Aurora. Si quieres vivir tienes que comer y, si no tienes otro modo de conseguir comida, caes bajo el dominio de quien la tiene.

Los camareros no corrían mejor suerte. Sólo cobraban veinte pesos por mes y se esperaba que vivieran de las propinas. Sin embargo, la gente no dejaba propinas generosas y cuando los clientes escaseaban los camareros no tenían más remedio que apretarse un poco más el cinturón. También les acusaban de la escasez de parroquianos y la señora Doux les escatimaba incluso los veinte pesos de sus salarios. Los panaderos vivían en el dormitorio, mientras que los camareros tenían familia y vivían en sus casas, de modo que tenían gastos de vivienda. No recibían alimentos y sólo ocasionalmente se les daba una comida como favor o privilegio especial.

Uno de los camareros cogió fiebre y murió tres días después. Era un español que había llegado dos años antes. Ocupó su puesto un tal Morales, un mexicano rápido e inteligente. Cada vez que llevaba pasteles al café, veía que Morales hablaba con algún otro camarero. Claro que siempre

hablaban entre sí cuando no estaban sirviendo, pero ahora noté algo distinto. Antes los camareros hablaban superficialmente de la lotería, sus actividades complementarias, las mujeres o sus familias. Reían y bromeaban mientras cotilleaban.

Cuando Morales tomaba la palabra, iba en serio y los demás le escuchaban atentamente. Ahora Morales siempre hablaba y los demás le escuchaban. Vi que algo adquiriría vida: el Sindicato de Empleados de Restaurante.

Los sindicatos mexicanos carecían de una pesada máquina burocrática. Sus secretarios no se consideraban «burócratas» porque en realidad eran revolucionarios jóvenes e impulsivos. Los sindicatos mexicanos habían visto la luz durante la revolución de 1910—1920 y evolucionaron de acuerdo con las pautas más modernas. Podían basarse en las experiencias de los sindicatos norteamericanos y de la Revolución Rusa; poseían el poder explosivo del joven movimiento *Sturm und Drang* [El sturm und drang (Tempestad y pasión) es un movimiento romántico alemán que se caracteriza por la protesta contra el racionalismo del siglo XVIII, el dogmatismo y el neoclasicismo académico], y la plasticidad de una organización que aún tanteaba el terreno y cambiaba cotidianamente de táctica.

En el Moderna estalló una huelga de camareros. El viejo Doux sonrió para sus adentros pues no temía que en su local ocurriera algo semejante. Todos los clientes del Moderna se pasaron al Aurora porque se sentían incómodos en el café paralizado por la huelga. Era lógico, ya que la policía se mantenía neutral ante las luchas de los obreros en huelga. Si un cliente acudía a un café paralizado por la huelga y recibía un ladrillazo o un botellazo, el puesto de la Cruz Roja ayudaba a curarle la herida, pero la policía no intervenía. Al fin y al cabo, los huelguistas apostados en la puerta del café se lo habían advertido; estaba enterado por la prensa y le habían lanzado suficientes octavillas como para saber lo que cabía esperar. No estaba obligado a entrar en el café: podía ir a otro, sentarse en la plaza o dar un paseo. Todo el que entra deliberadamente en un sitio donde se arrojan piedras es el único responsable si recibe un golpe en la cabeza.

Después de cuatro días de huelga, el Moderna aceptó todas las exigencias del sindicato.

Tres semanas después de resuelta la huelga del Moderna y cuando en el Aurora sólo había unos pocos clientes, Morales se acercó a Doux por la tarde y le dijo:

—Señor, escúcheme bien. Queremos jornada de ocho horas, doce pesos por semana, una comida completa al día y café con bollos dos veces por día.

Doux pareció asustarse unos instantes, se recuperó rápidamente y respondió:

—Morales, acérquese a la caja. Aquí tiene su salario, puede irse. ¡Está despedido, echado!

Morales se volvió, se quitó la chaqueta blanca y recogió el dinero que Doux había depositado en el mostrador. Los demás camareros, que no le habían quitado el ojo de encima, se quitaron instantáneamente las chaquetas y se acercaron al mostrador. Estupefacto, Doux les abonó el salario y les dejó marcharse. Estaba seguro de que encontraría sustitutos en un abrir y cerrar de ojos.

En medio de su cólera, Doux había apartado bruscamente a su esposa y estuvo a punto de derribarla del alto taburete de la caja. Todo ocurrió tan deprisa que, por una vez, la señora Doux enmudeció.

—¿Qué pasó? —logró preguntar agitada—. ¿Por qué les pagaste?

—¡Porque tuvieron la cara de pedirme que duplicara sus salarios y redujera su jornada! Los despedí sin siquiera escuchar las demás demandas que se guardaban bajo la manga.

Al oír la explicación, la señora Doux se serenó.

—Chérie, es lo más sensato que has hecho en tu vida. Además, les hemos pagado demasiado para nada desde el día en que cometimos la insensatez

de montar un negocio en este país dejado de la mano de Dios, en el que todos se vuelven locos con lo que llaman revolución. Los que despediste eran bolcheviques. Y, además, ladrones que jamás entregaban la cantidad exacta que recibían de los clientes.

—No te preocupes, chérie. En un par de horas tendremos más camareros de los que necesitamos. Se pisan entre ellos en su impaciencia por conseguir trabajo.

La señora Doux acabó de atender a los pocos clientes que aún quedaban. Cuando aparecieron otros y vieron que no había personal, en lugar de tomar asiento abandonaron inmediatamente el local. Entraron unos pocos extranjeros que pidieron algo y pensaron que la lentitud en el servicio correspondía a una característica local.

Al día siguiente se formaron piquetes en las puertas del café y con gran entusiasmo repartieron octavillas. Aunque todo estaba sereno, cualquiera que quisiera entrar en el local debía pasar por delante de los huelguistas, pero no hubo amagos de violencia. La policía no dio señales de vida.

Aparte de los pocos parroquianos de siempre, al local de Doux sólo acudieron forasteros. No entendían qué decían las octavillas ni lo que explicaban los huelguistas. Estos no se metían con los extranjeros —en su mayoría norteamericanos, ingleses o franceses— que, al percibir la deprimente atmósfera, se marchaban pronto, algunos sin siquiera probar la comida o la bebida que habían pedido.

Para mortificación de la señora Doux, los camareros no se pisotearon en su impaciencia por conseguir trabajo. Dos días después, Doux encontró a un par de individuos andrajosos y lastimeros, un italiano y un yugoslavo. Doux les proporcionó chaquetas blancas, pecheras, cuellos y corbatas de lazo, pero no les dio pantalones ni zapatos. Justo de cintura para abajo era donde el aspecto de ambos individuos resultaba más lamentable. No entendían ni jota de español y tampoco valían nada como camareros pero, por así decirlo, Doux sólo los quería para caldear los ánimos de los huelguistas.

Alrededor de las ocho y media de la tarde el italiano estaba de pie junto a una de las puertas, abiertas de par en par para ver desde fuera todo lo que ocurría en el interior, tan claramente como si sucediera en medio de la calle. Era una costumbre local, ya que a los clientes les gustaba mirar hacia afuera y ser vistos, así como los transeúntes se divertían mirando hacia dentro y viendo que la gente se lo pasaba bien en el café.

Orgullosa de ser camarero, el italiano se detuvo junto a la puerta y agitó su paño; en circunstancias normales, podía haber sido un buen lavaplatos. Los huelguistas apenas le hicieron caso y se limitaron a mirarle de vez en cuando.

Poco después apareció un joven provisto de un pesado garrote. El orgulloso y novel camarero retrocedió un paso instintivamente, pero el joven franqueó el umbral y le asestó dos contundentes golpes en la cabeza. Luego dejó el garrote y se alejó como quien no quiere la cosa.

El camarero cayó cuan largo era mientras de la herida de la cabeza manaba mucha sangre. Doux corrió a la puerta gritando «¡Policía! ¡Policía!». Apareció un agente balanceando la porra. Los pocos clientes que aún quedaban no tardaron en abandonar el café.

—¡Lo han matado! —gritó Doux.

—¿Quiénes? —preguntó el policía.

—No lo sé, probablemente los camareros que están de huelga —replicó Doux.

Dos huelguistas se adelantaron inmediatamente y gritaron:

—Hijo de la chingada, si vuelve a decir eso le quebraremos hasta el último hueso del cuerpo.

El señor Doux entró velozmente en el café y guardó silencio.

—¿Alguien ha visto quién golpeó a este hombre? —preguntó a los huelguistas otro policía que se había acercado al café.

—Sí, yo lo vi —respondió uno de los camareros en huelga—. Apareció un joven con un palo... mire, ahí está, y le pegó.

—¿Lo conoce?

—No, no está afiliado a nuestro sindicato.

—En ese caso, no tiene nada que ver con la huelga. Probablemente se trata de otra cosa, tal vez de un asunto de faldas.

—Sin duda —coincidió el huelguista.

Los dos agentes trasladaron al camarero caído a la comisaría, donde le vendaron y le hicieron pasar la noche por motivos de seguridad.

—Eh, tú, sí, tú, esquírol maldito —llamaron los huelguistas al yugoslavo—. ¿Cuánto tiempo más seguirás en el café? Te tocará el de la barra de hierro. Ya no nos queda madera.

Soltaron toda la parrafada en español; aunque el yugoslavo no entendió nada, captó el sentido, palideció y retrocedió hacia el fondo del café.

El señor Doux les había oído y, desde luego, entendido. Corrió a la puerta y llamó a la policía, pero no apareció ningún agente. Transcurrieron quince minutos. Vio a un policía de pie en la esquina y le llamó.

—¡Los huelguistas han amenazado con matar a mi camarero!

—¿Quién lo amenazó con matarlo? —inquirió el agente.

—¡Ése! —Doux señaló a Morales, que no había proferido la menor amenaza, pero era el más odiado por el patrón.

—¿Usted amenazó con matar al camarero? —preguntó el policía.

—No, no es verdad, jamás se me ocurriría —repuso Morales—. Ni siquiera se me ocurriría dirigirle la palabra a ese rompehuelgas sucio y apestoso, sucio y apestoso como la mierda.

—Le creo —dijo el policía—. Vayamos al grano, ¿quién amenazó con matarlo?

—Yo le aconsejé que no se asomara a la puerta porque inesperadamente podía caer algo del tejado o del balcón y hacerle daño —reconoció uno de los huelguistas.

El policía se volvió hacia el señor Doux, que se encontraba en el umbral:

—Señor, escúcheme bien, ¿qué se propone diciendo esas cosas? Evidentemente, no son ciertas.

—Bueno, dejaron medio muerto al otro camarero —dijo Doux a la defensiva.

—Será mejor que arregle las cuentas con sus hombres, así dejarán de ocurrir cosas de este cariz —aconsejó el policía.

—¡Qué bonito! —exclamó Doux—. ¡Ahora ni siquiera podemos contar con la protección necesaria de la policía!

—¡Vaya descaro! —dijo el agente—. Si no deja de insultar al cuerpo de policía, tendré que detenerlo.

—Soy un contribuyente y tengo derecho a contar con la protección de la policía.

—¿Y qué tiene que ver el hecho de que pague impuestos? —le interrumpió el agente—. Los camareros también pagan impuestos. Resuelva las diferencias con sus trabajadores y deje de llamar a la policía.

Mientras se desarrollaba la discusión, el yugoslavo permanecía vacilante en el interior del café. En la calle se reunió un montón de gente que tomó partido por los camareros. Fue la muestra de solidaridad de los de fuera lo que envalentonó al policía que, al fin y al cabo, también era un asalariado. Pero no podía tener la certeza de que, entre los inspectores de policía, Doux no contara con un amigo íntimo que pudiera acusarle de faltar a su deber.

En cuanto el policía se fue, el yugoslavo se quitó la chaqueta blanca y se acercó a la caja para cobrar la paga del día. Doux le preguntó qué le pasaba, por qué quería largarse. El hombre no supo responder con palabras e intentó explicar con gestos elocuentes que su compañero había

recibido un garrotazo en la cabeza y que no quería que le ocurriera lo mismo. Desde la calle, huelguistas y transeúntes contemplaban con notoria fruición la muestra del primitivo lenguaje por signos. Doux intentó que el yugoslavo comprendiera que estaría perfectamente a salvo si permanecía en el café. El pobre hombre no aceptó las palabras tranquilizantes de Doux.

De haber conocido las costumbres del país, el yugoslavo habría sabido que no estaba a salvo en ningún momento ni en ningún lugar, que no podía permanecer encerrado eternamente y que le podía ocurrir cualquier cosa en cuanto pisara la calle. Todos los trabajadores de la ciudad conocían su cara, por lo que una foto o un cartel eran superfluos. Ni siquiera las cuatro paredes del café significaban un refugio, pues cualquier día —el día siguiente o el otro— alguien podía entrar en el establecimiento,— pedirle algo y cuando lo sirviera asestarle tal botellazo en la cabeza que tendría que venir a buscarle la ambulancia. Antes de que cualquiera de las personas que estaban en el café se diera cuenta de lo ocurrido, el vengador se encontraría a varias manzanas de distancia. Nadie, ni siquiera el mejor detective, lograría dar con él.

Por esa razón en la república había pocos esquirolas: se sabía que se tomaban eficaces medidas contra ellos. La guerra es la guerra y los obreros estaban decididos a luchar no sólo para ganar una batalla, sino toda la campaña. Puesto que los estados en pie de guerra se permiten el uso de cualquier arma, ¿por qué los obreros no iban a hacer lo mismo? Por regla general, los trabajadores cometen el error de querer que les consideren ciudadanos respetables, pero no por eso se tiene mejor opinión de ellos.

Como era de prever, el señor Doux engañó al yugoslavo al abonarle su paga de rompohuelgas, ya que sólo le dio cincuenta centavos y le descontó cuarenta por un vaso roto. Después de cobrar, el yugoslavo se acercó a la puerta y miró a los camareros en huelga. Al detenerse en mangas de camisa que eran poco más que harapos mugrientos, los huelguistas comprendieron que sólo se trataba de un pobre desgraciado. Cuando por fin se armó de valor y abandonó el café, uno de los huelguistas le acogió rápidamente bajo su ala, le acompañó a la oficina del sindicato, le encontró un sitio donde pasar la noche y se comprometió a conseguirle trabajo en una hojalatería.

Al italiano le ocurrió algo totalmente distinto. La mañana siguiente lo llevaron ante el jefe de la policía que, en lugar de felicitarle por haberse resistido lealmente a la huelga, le pidió que le mostrara el certificado de inmigración.

—No lo tengo —respondió a través de un intérprete.

—¿Cómo entró en el país?

—Por barco.

—Ah, de modo que abandonó el barco.

—No, me pagaron la liquidación.

—Sí, claro, ya conocemos ese tipo de liquidaciones. Lo entregaremos al cónsul de Italia a condición de que lo envíen de regreso a su país en el primer barco. Es usted un perturbador y aquí no hay sitio para esa clase de gente.

Un agente de policía le entregó al cónsul que, a partir de ese momento, se hizo cargo de él y de mantenerle hasta que le devolvieran en barco a su país.

—¿Qué tontería ha hecho? ¿Robar? —inquirió el cónsul.

—No. Trabajaba de camarero en el Aurora hasta que me dieron un garrotazo en la cabeza.

—Hay huelga en el Aurora, ¿no lo sabía?

—Claro que sí. De no ser así, no habría conseguido trabajo de camarero. En realidad, soy carpintero.

—Escuche, hombre, esta república tiene un gobierno popular. Aquí los rompehuelgas no son queridos. Digamos que sus actividades en este país han tocado a su término. No intente escapar de aquí, ya que lo cogeré y lo obligaré a comparecer. Ahora está bajo mi autoridad. Pagué la fianza para que no tuviera que esperar en la cárcel el barco que lo devolverá a Italia. Supongo que sabe que las cárceles de este país no son un chiste. Son algo serio y, puesto que lo he salvado de ellas, pórtese bien.

Dos días después fue deportado a su país de origen en virtud de que había ingresado ilegalmente en la república.

Así se resolvió la cuestión de los rompehuelgas del Aurora.

Unos pocos y fieles parroquianos seguían yendo al café y eran atendidos por Doux y su esposa, pero el negocio no marchaba. Los de la panadería tampoco teníamos mucho trabajo, salvo preparar los pedidos que llegaban de afuera.

Una tarde se encontraban en el café seis u ocho parroquianos, incluido un inspector de policía apellidado Lamas. Visitaba regularmente el Aurora, por la tarde y por la noche, y tenía una abultada cuenta que, según decía, pagaría «mañana». Aunque casado y con dos hijos, también mantenía dos queridas, por lo que siempre estaba endeudado. Aquella tarde se sentó entre los clientes que tomaban helados y bebían; en una mesa se celebraba una partida de dominó y, en otras, un juego de naipes.

En algunos países los huelguistas son respetuosos ciudadanos cumplidores de la ley que creen en la autoridad. No hablan mucho y si un policía dice «¡Atrás! ¡Están cortando el tráfico!», se retiran de inmediato, como si la policía les pagara a ellos y no a la inversa.

En México los obreros eran bastante indisciplinados y los secretarios sindicales se veían obligados a acatar las acciones de las bases. Lo más extraordinario es que ganaron prácticamente todas las huelgas.

—Eh, tú —gritó un huelguista a uno de los clientes—, olvídate de ese helado. Sólo es azúcar y agua, no contiene ni una sola cucharada de nata. El muy cerdo quiere ganar con tu ración lo mismo que obtendría si no hubiera huelga.

El cliente, que evidentemente era amigo de Doux, respondió a gritos:

—Paleto sucio, ¿quién paga el helado, tú o yo?

—Maldito rompehuelgas, será mejor que tengas cuidado si no quieres que acabe contigo —replicó el huelguista en medio de las carcajadas de la calle.

Uno de los clientes estaba acompañado por una dama que bebía zumo de fruta con una pajita.

—¿Aún es virgen? —preguntó otro huelguista—. Date prisa, compañero, de lo contrario otro hombre entrará primero.

La dama siguió bebiendo como si no hubiera oído nada, pero su acompañante gritó a voz en cuello:

—¡Cierra el pico, hijo de la chingada! No es asunto tuyo.

En ese momento Doux se asomó a la puerta y dijo:

—Dejen de molestar a mis clientes. ¡Cierren el pico y dejen en paz a mis clientes!

—¿Clientes! Ésos no son clientes, sino un hato de rufianes piojosos —gritaron los huelguistas, a los que se había sumado un grupo de jóvenes con ganas de divertirse—. Si no paga un salario decente y nos da de comer correctamente, le arrancaremos el pellejo. Será mejor que tome una decisión enseguida, antes de que la situación se ponga al rojo vivo.

El inspector Lamas se asomó a la puerta, convencido de que le tocaba hacer algo en virtud de la fama de que gozaba. La semana anterior había encargado un pastel de veinticinco pesos que debía decir en glaseado verde el nombre Adela. Se trataba de una de sus dos amantes y era un pastel de cumpleaños. Lamas había entrado en la panadería y solicitado especialmente que el pastel estuviera adornado con guirnaldas de rosas. Aún lo debía.

Se detuvo en el umbral y fue testigo del altercado. Sin decir esta boca es mía, sacó el revólver y dio tal culetazo en la cabeza al huelguista que tenía más cerca que la sangre manó a borbotones. Después tocó el silbato. Aparecieron dos agentes, a los que ordenó que llevaran a comisaría a todos los huelguistas y a unos pocos mirones.

Justo cuando se los llevaban apareció Morales. Le habían relevado durante tres horas y ahora volvía a ocupar su puesto. Al enterarse de lo ocurrido, gritó hacia el interior del café:

—¡Hijo de la chingada, se la ha ganado! ¡Ya lo verá! Hasta ahora sólo estuvimos jugando, pero cambiaremos de melodía —partió hacia la oficina del sindicato.

Diez minutos después el secretario sindical llegó a la comisaría y pidió ver al inspector Lamas:

—Quiero hablar con él. ¡Tiene que estar borracho!

Llamaron al inspector. Cuando éste llegó, el secretario exigió la presencia del jefe de policía, que se presentó de inmediato. El jefe se inquietó al ver al secretario sindical y fue directamente al grano.

—¿Por qué golpeó al huelguista? —interrogó el jefe de policía al inspector Lamas.

—Insultó a las personas que estaban en el café.

El jefe lo miró colérico.

—¿Con qué autoridad golpea a un hombre que lo único que hace es insultar a otro? —Lamas estaba a punto de responder, pero el jefe se lo impidió—. ¿No conoce el reglamento? —Se volvió hacia el escribiente—: Registre lo siguiente: «¡Lamas no conoce el reglamento!» —Miró cara a cara a Lamas—. Como éste no es el mejor lugar para usted, me ocuparé de que lo trasladen a una aldea en la que no pueda crear problemas. Si vuelve a ocurrir algo parecido, el cuerpo de policía tendrá que prescindir de sus servicios, lo que no resultará muy difícil. Dígame, ¿por qué arrestó a estos hombres?

—Insultaron a los clientes y al señor Doux —respondió Lamas con timidez.

—¿Los insultaron? ¿Los insultaron? ¿Qué significa que los insultaron?

—Los llamaron hijos de la chingada.

—Si pretende arrestar a todos los que dicen hijo de la chingada, tendrá que levantar un muro como el de la cárcel alrededor de toda la nación. ¡Creo que se ha vuelto loco!

—También amenazaron a personas.

—¿Amenazaron? ¿A qué se refiere?

—Dijeron que matarían al señor Doux.

—¡No dijimos nada que se le parezca! — se defendieron los huelguistas.

El jefe de policía miró a Lamas desdeñosamente.

—¿Nunca nadie le dijo que quería matarlo? ¿No se lo dijeron sus esposas, sus amigos, sus conocidos? ¿Y por eso les dio un culetazo en la cabeza?

—En este caso, la cosa parecía ir en serio.

—¿En serio? ¿Para quién? ¿Alguno de los hombres que arrestó le ha pegado a alguien o ha robado o causado daños en el café del señor Doux? Es evidente que no, de lo contrario, me lo habrían dicho de inmediato. Es verdad, la policía está para proteger las propiedades y la persona del señor Doux, pero eso no significa que tengamos que apoyarlo si paga salarios con los que ningún hombre honrado puede vivir, ni ayudarlo a que sus trabajadores breguen tantas horas que ni siquiera tengan tiempo de dar un paseo con su familia. Si los hombres lo aguantan, no es asunto nuestro, y si deciden que ya no pueden soportarlo, indiscutiblemente tampoco nos compete arrestarlos por tal motivo. ¿Acaso el señor Doux no puede ponerse de acuerdo con sus hombres? Si lo hiciera, se quedaría más tranquilo que un San Luis. Tal como están las cosas, no podemos permitir que prosigan los disturbios, pues podrían desembocar en una grave perturbación del orden. Ordenaré la clausura del Café Aurora durante dos meses y así reinará el orden. —Se volvió hacia el escribiente—. Prepare una orden de clausura de dos meses y la firmaré en cuanto esté. Señor Lamas, puede considerarse relevado de su cargo hasta que el gobernador me envíe las instrucciones referentes a su traslado. Los detenidos quedan en libertad. ¿Alguna otra queja?

—No —respondieron los huelguistas.

El jefe de policía se levantó y dio la mano al secretario sindical, que estaba a punto de irse.

—La policía de este distrito ya no está a cargo del asunto —declaró el jefe de policía—. Lo que ocurra a partir de ahora dependerá de usted. Me

alegro de que me llamara enseguida, ya que aún existen agentes lentos a la hora de resolver estas cuestiones.

—Lentos o que no quieren ser de su época porque tienen demasiadas obligaciones particulares —apostilló el secretario.

—Lamas será trasladado a un distrito en el que no tenga gastos de esa índole. Ya he pensado en un lugar para él, una especie de distrito de bandidos. Si sirve para algo, allí podrá demostrarlo; si es un inútil, lo despediremos. Pertenece a la vieja escuela, a los que piensan que la dictadura es la mejor forma de gobierno.

Pronto habremos sacado del cuerpo a todos los viejos, pero no está mal que, mientras tanto, los últimos que quedan se delaten reincidiendo en sus viejas costumbres.

—En otros países, por ejemplo en Estados Unidos, algunas de esas viejas costumbres reaccionarias son instituciones ultramodernas —comentó el secretario.

—Ya lo sé —replicó el jefe de policía—. Copiamos muchas cosas de nuestros vecinos, pero no debemos imitarlos en todo, y menos aún en aquellas cuestiones que no están en consonancia con el espíritu de los tiempos. Las tácticas rígidas son injustas y han quedado anticuadas. Si hablamos de imbéciles bípedos, Estados Unidos tiene más que nosotros.

Dos agentes de policía con uniformes de galones verdes visitaron al señor Doux y le entregaron la orden de clausura. Para él supuso un grave contratiempo y le gritó a su esposa:

—Como ves, tenemos un gobierno bolchevique hecho y derecho. Me han jugado una buena pasada.

—¿Qué ocurre? —preguntó su esposa, mientras se acercaba caminando como un pato.

—Nos han clausurado el local.

—Siempre te dije que no debimos venir aquí. Este país está disparatadamente loco. Aquí no hay ni ley ni orden. Ya puedes pagar puntualmente los impuestos que no por eso tienes voz ni voto.

—Debe cerrar inmediatamente —dijo el agente encargado de entregar la orden a Doux—. De lo contrario, se le impondrá una multa de más de cien pesos.

—Supongo que mis clientes pueden acabar sus copas.

El agente consultó la hora y dijo:

—Debe cerrar dentro de media hora. Un agente montará guardia para que no entren más clientes. Los gastos del agente corren por su cuenta.

—¿Soy yo el que tiene que pagarle?

—No esperará que le paguemos nosotros, ¿verdad? No disponemos de fondos para asegurarnos de que cumple la orden.

Los dos agentes salieron, se apostaron en la puerta y aguardaron a que transcurriera la media hora de gracia. Cuando el plazo se cumplió, pegaron un grito. Verde de rabia, Doux cerró las puertas. Sólo quedó abierto el pasillo de entrada al hotel, dado que éste no había perturbado el orden.

Sin embargo, la paz no reinó en el café. Todo lo contrario: la situación se animó un poco más porque los Doux llegaron a las manos.

La señora ardía de ira: cada centavo que el negocio perdía le devoraba el alma. Deambuló en zapatillas alrededor de las mesas vacías y convirtió en un infierno la vida de su marido. Sólo vestía una bata sin mangas apenas sujeta a la cintura, por lo que dejaba al descubierto la piel grasa y fofa de su pecho, y brillantes medias de seda amarilla que cubrían sus prominentes pantorrillas. Sólo la juventud permitía que esos michelines parecieran más seductores que repugnantes. En cinco años más, la seducción seguramente se esfumaría, dando lugar al triunfo de lo repugnante. Sus brazos sobresalían de la bata, brazos que se habrían confundido con los de un luchador de no ser porque estaban tan flácidos como el resto de su cuerpo. En la nuca había un saliente de carne que, de momento, apenas asomaba, pero que en pocos años se convertiría en un soberano mojón.

Siempre deambulaba de esa guisa por el local. En cualquier otro sitio la habrían tomado por la madama de un burdel que no se andaba con chiquitas. A veces se cambiaba de bata: tenía varias, de color gris, rosa, verde, amarillo oscuro y malva claro. Ignoro si además poseía otras vestimentas, ya que nunca la vi con otra prenda.

El señor Doux siempre vestía pantalón y camisa, y sólo se ponía sombrero para ir al mercado. Únicamente vestía pantalón negro, sujeto con un delgado cinturón de piel, y camisa blanca con lazo negro. Su barriga sobresalía como un globo. La señora también tenía una tripa sobresaliente, que quedaba parcialmente oculta por la bata. Ay, lo que le sobraba por delante le faltaba por detrás. Esto no significa que fuera magra por detrás, sino que, con relación a su vientre, las proporciones no eran lo bastante generosas como para crear una figura armónica. Considerándolo todo, Doux no podía quejarse pues en ella tenía algo sólido a lo que agarrarse y no corría peligro de clavarse huesos salientes.

—Ya debías estar mal de la cabeza cuando se te ocurrió venir a este país de chalados —gritaba la señora Doux a su marido.

—¿Yo? ¿No eras tú la que me decías todos los días que por las calles había millones a la espera de que alguien los recogiera?

—¡Maldito mentiroso! —aulló—. ¡Repugnante chulo marsellés! ¿No cogiste todo mi dinero y me dijiste que en dos años rendiría el mil por ciento?

—¿Y no tuve razón? Llegamos con una mano atrás y otra delante... ¿cuánto teníamos? ¿Ochocientos pesos? Ya me han ofrecido sesenta y ocho mil por la casa y el café? ¿Sabes por qué no vendo? Porque sé que vale mucho más.

—¿Has dicho que vale más? —se enfureció la mujer—. ¡Vamos, en este momento no vale una mierda! ¿Cuánto puede valer un local clausurado? Nadie te dará siquiera el precio de los ladrillos. Ya te dije cuando asumió el poder el nuevo gobierno que..., ¿cómo se llama? ¡Ah, sí, ese general cabrón y manco, el tal Obregón... acabaría con nosotros para siempre!

—No podía saber que esta revolución lo cambiaría todo, incluido el valor del dinero, las condiciones de trabajo, las leyes que se refieren a la propiedad y todo lo demás. Sólo desde la llegada del nuevo gobierno hemos ido para arriba. No puedes decir que ocurrió antes, ¿eh? Antes teníamos que untarle la mano a todo el mundo con cien pesos, primero a uno y después a otro, incluso para que nos dieran permiso para respirar. Antes todos extendían la mano.

—¿Y ahora es distinta la situación? Ahora son los obreros los que extienden la mano. Primero la cocina, luego los camareros y, ya lo verás, enseguida serán los de la panadería. Si ocurre, será mejor que preparemos las maletas y volvamos a casa como pordioseros. r

—¡Maldita sea, cállate! —chilló el señor Doux indignado—. Lo arruinas todo con tu codicia y tu maldita avaricia.

—¿Me has llamado avara? ¿Tacaña? Si no vigilara el dinero, te lo gastarías todo en ti y en tus putas. ¿Te has atrevido a llamarme avara?

Nos estábamos enterando de algunos secretos de familia interesantes. No podía creer que la señora tuviera razón. ¿De dónde sacaba tiempo Doux

para tener aventuras? Claro que la disputa era, en realidad, un diálogo conyugal, ya que vivían en total armonía perturbada sólo por el hecho de que los trabajadores habían abierto los ojos y mostrado interés por los beneficios de sus patronos. Se sabe que parecidas muestras de interés han agitado a reyes y sacudido imperios. En consecuencia, no era sorprendente que los camareros en huelga dieran una buena sacudida a la felicidad hogareña de los Doux.

A lo largo de los días siguientes los diálogos conyugales no sólo se tornaron más violentos, sino más frecuentes. Ocuparon los días y se prolongaron durante las noches, cuando los Doux se acostaban el uno junto al otro. Los que trabajábamos allí escuchamos la historia de la vida de cada uno desde el día en que nacieron hasta el instante en que llegaron a las manos con lámpara, palangana y orinal.

Al llegar a la etapa en que ella elucubraba la idea de meter raticida en el café de su esposo y él soñaba cada noche con la navaja con la que le rajaría el cuello, Doux demostró la superioridad masculina.

Fue a ver al jefe de la policía y preguntó qué podía hacer para que revocaran la orden de clausura y para que los camareros volvieran a trabajar. El jefe respondió que personalmente no podía hacer nada, que se trataba de ponerse de acuerdo con el sindicato y que el café no podía funcionar a menos que se resolviera el conflicto entre ambas partes.

—En ese caso, estoy en bancarrota y los camareros se quedarán sin trabajo —declaró Doux.

—Señor, no se preocupe por ellos —replicó el jefe de policía—. Mientras los ciudadanos quieran ir al café y tomar helados de fresa, desearán camareros que los atiendan. Puede verlo claro echando un vistazo al Moderna, que ahora siempre está lleno. Como era de prever, sus viejos parroquianos van a ese café. Pero yo no puedo hacer nada. Su local está clausurado y permanecerá cerrado durante dos meses. Mi consejo es que vaya al sindicato y resuelva el conflicto con ellos.

Por la tarde del mismo día, Doux habló con Morales, al que abordó con toda humildad.

—Oiga, Morales, accederé a todo. ¿Puede ocuparse de que los camareros vuelvan a mi local?

Morales le miró fríamente de arriba abajo y respondió:

—¿Lo conozco? Ah, sí, claro, usted es Doux, del Aurora. Pero los camareros no tenemos nada que ver con usted, nos declaramos en huelga, ¿lo recuerda? Si quiere tratar con nosotros, tiene que visitar el sindicato. Adiós.

Doux envió una carta al sindicato en la que decía que le gustaría tener una entrevista con el secretario. Se atrevió a pedir al secretario que le visitara para evaluar la situación de la huelga de los camareros.

Recibió la respuesta al día siguiente. Sólo era una frase tajante: «Si quiere tratar con el sindicato, la dirección del despacho es: Calle Madero n.º 18, primer piso». El secretario consideró innecesario estampar su firma en la respuesta.

Al señor Doux no le quedó más posibilidad que ir al sindicato porque la navaja le acosaba día y noche e incluso mientras comía tenía la sensación de que el cuchillo era una navaja.

—Siéntese en la sala de espera —dijo un obrero cuando llegó al despacho del sindicato—. Están celebrando una reunión, pero no tardarán mucho.

La reunión duró más de media hora y, mientras esperaba, Doux tuvo tiempo de asimilar los lemas que colgaban de las paredes. Al principio le enfurecieron y, cuanto más los estudiaba, más temía lo que le aguardaba al otro lado de la puerta de la secretaría, a través de la cual le llegaba el tecleado de una máquina de escribir.

Finalmente apareció un obrero que dijo:

—Señor, el secretario lo está esperando.

Doux tragó saliva nervioso mientras entraba en la pequeña estancia que hacía las veces de despacho del secretario. Aunque había tenido la intención de mirarle cara a cara, no tuvo valor. Su mirada se clavó en la pared, pues la de detrás del escritorio del secretario estaba cubierta por

una bandera roja y negra arriba de la cual, en mayúsculas, se leía:
¡PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOSI

Doux quedó desencajado. Aunque había pretendido que sonara firme y decidida, su voz tembló tímidamente al decir:

—Buenos días. Soy el señor Doux, del Café Aurora.

—Exacto —^lijo el secretario—. Tome asiento. ¿Qué lo trae por aquí?

—Me gustaría saber si pueden arreglar las cosas para reabrir mi café.

—Sí, puede arreglarse siempre que cumpla ciertas condiciones —replicó el secretario.

—Bueno, estoy dispuesto a aceptar todas las demandas de los camareros.

El secretario cogió un papel, lo repasó y dijo:

—Las demandas de los camareros ya no son las mismas que plantearon al principio.

—¿No son las mismas? —Asustado, Doux tragó saliva.

—No, ahora son quince pesos por semana —declaró el secretario con actitud de hombre de negocios.

—Pero si pedían doce.

—Es posible, pero después fueron a la huelga. Supongo que sabe que no fueron a la huelga a cambio de nada, ¿verdad? Ahora son quince pesos. Si hubiera aceptado de buen principio, habrían sido doce.

—De acuerdo —aceptó Doux y se irguió—. Acepto que sean quince.

—El viernes es el día de paga de toda la semana. Ya no se permiten pagos irregulares ni postergados —prosiguió el secretario.

—Pues yo no puedo pagar así. Nuestra práctica ha consistido en pagar cuando disponemos de efectivo.

El secretario alzó la mirada.

—Su práctica de siempre no viene al caso. Estamos decidiendo lo que tiene que hacer a partir de este momento. Queremos poner fin a los abusos que han perdurado cientos de años. Éste es el trabajo, aquí está el salario. Y debe pagar los salarios con la misma puntualidad con que espera que los hombres realicen su trabajo.

—Será difícil —afirmó Doux a la defensiva—, porque si pago los salarios así podría encontrarme con que no tengo efectivo suficiente para la compra del sábado.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros. Los salarios deben pagarse primero porque, de lo contrario, los trabajadores no tendrán efectivos suficientes para hacer sus compras. En nuestra opinión, es mejor que sea usted el que ande escaso de dinero contante y sonante.

Doux respiraba con dificultad.

—La semana laboral acaba el sábado. ¿Por qué tengo que pagar salarios el viernes?

—¿Por qué? ¿Me pregunta en serio por qué? ¿No lo entiende? —El secretario fingió sorpresa—. Los obreros le dan crédito cinco días. Le dan el rendimiento de cinco jornadas completas mientras usted hace negocios con el capital de su trabajo. ¿Por qué estaría obligado el obrero a prestarle su rendimiento de cinco días? En realidad usted debería pagar la semana por adelantado, el lunes por la mañana, eso sería lo correcto. Pero no pretendemos llegar tan lejos.

—De acuerdo, acepto. Y también acepto una comida completa y café con bollos a otra hora. ¿Está todo arreglado? —Doux se puso en pie.

—Vuelva a sentarse —le invitó el secretario—. Aún quedan una o dos cuestiones sin importancia que resolver. Usted debe pagar los días de huelga.

—¿Yo debo pagar los días de huelga? ¿También tengo que pagar la gandulería?

—Ir a la huelga no es hacer el gandul —declaró el secretario con firmeza— y si sus trabajadores van a la huelga, debe pagarles el salario completo. De

lo contrario, los propietarios de cafés y hoteles nos obligarían a hacer una huelga prolongada y reducirían poco a poco nuestros fondos para que nunca más pudiéramos declararnos en huelga. Oh, no, señor, no queremos que eso ocurra. Nosotros financiamos la huelga. Actuamos como oficina de préstamos a los obreros, pero son ustedes quienes deben pagar la huelga. Tuvieron tiempo de sobra para decidir si querían o no que se llegara a una huelga. El coste de la guerra debe correr a cargo de los que necesitan la paz a fin de continuar con sus negocios.

—¡Es la mayor injusticia que conozco! —exclamó Doux.

—Si quiere, enumeraré las injusticias que usted y los de su clase han perpetrado durante años.

—Evidentemente, no tengo otra posibilidad que pagarlo todo —reconoció Doux desalentado.

—Y, si es posible, hoy, ya que mañana le costará otro día —declaró el secretario.

—En ese caso, volveré antes de las cinco y resolveré la cuestión —concluyó Doux y se levantó por segunda vez.

—Traiga dinero de más —aconsejó el secretario y también se puso en pie.

—¿Todavía más? —se sorprendió Doux.

—Sí. Creo que dijo que quería reabrir el café ahora, no dentro de dos meses.

—¿Y eso no forma parte del trato, de que yo lo acepte todo? —Doux empezaba a inquietarse.

—En absoluto —replicó el secretario—. El café se clausuró por motivos ajenos a la huelga de los camareros, lo sabe tan bien como yo. Le pidió al inspector Lamas que diera una paliza a los huelguistas.

—¡No fue eso lo que hice! —se defendió Doux.

—Evidentemente, en este punto no estamos de acuerdo. De todas maneras, ocurrió en su local y por lo tanto debemos considerarlo

responsable. Podría haberlo evitado.

—Venga, dígame qué más tengo que hacer —lo apremió Doux.

—Como compensación, debe contribuir con diez mil pesos a los fondos de nuestro sindicato. En cuanto pague, presentaremos en su nombre la garantía al gobernador. Entonces podrá reabrir el café.

—¿Esperan que pague diez mil pesos? —Doux se dejó caer en la silla una vez más y fue presa de un sudor frío.

—No tiene por qué pagarlos, no queremos imponerle nada. Pero el café puede seguir cerrado dos meses —prosiguió realistamente el secretario—. Y al cabo de los dos meses tendrá que pagar retroactivamente a los camareros. De algo tienen que vivir. No podemos permitir que acepten otro trabajo, porque han de estar en condiciones de trabajar para usted en cuanto reabra el café. Sería una pena que no tuviera camareros el día que vuelva a abrir su local. Para que se aclare de una vez por todas la situación: no tenemos intención de destruir un negocio, ni siquiera de entrometernos, nada de eso. Nuestra intención y propósito consiste en que el trabajador no sólo reciba una parte justa de lo que produce, sino la parte que le corresponde de acuerdo con el máximo de lo que puede rendir un negocio. Y este máximo es muy superior de lo que se imagina. Actualmente estamos realizando una investigación a fondo sobre la capacidad de cada rama industrial. Tendrán que fracasar aquellas que no puedan proporcionar un salario digno al trabajador. Nos ocuparemos de que así ocurra. Y si esas industrias son importantes para la comunidad, nos ocuparemos de que la comunidad garantice un nivel de vida digno al trabajador. Por ejemplo, yo no juraría que su café sea indispensable para la comunidad, pero existe. Mientras lo explote para incrementar su propia fortuna, ha de rendir lo suficiente para que sus trabajadores perciban un salario digno. Si llega el momento en que no puede extraerle beneficios, lo cerrará por decisión propia. Bueno, señor Doux, le he expuesto todo esto para que no piense que somos una banda de chantajistas. No, sólo queremos que los trabajadores que le permiten amasar una fortuna reciban la parte a la que tienen derecho. Puede estar seguro de que aún quedará lo suficiente para usted.

Doux entendió a medias lo que decía el secretario. Estaba aturdido. Se le confundían las ideas de sólo pensar en los diez mil pesos. No se atrevió a decir que sí por temor a su señora, ya que ignoraba cuáles serían sus preferencias. Cada día de retraso costaba dinero. Los dos meses de clausura le costarían más de diez mil pesos y, para colmo, tendría que abonar salarios retroactivos. Siguió dándole vueltas a los números hasta que tuvo la sensación de que enloquecería.

Finalmente se levantó y dijo:

—Lo pensaré.

Abandonó la oficina, bajó la escalera y salió a la calle. Se secó el sudor de la cara y tragó grandes bocanadas de aire. Echó a andar para casa. La caminata le tranquilizó y se puso a evaluar serenamente la cuestión. Se sentó en un banco del parque, hizo diversos cálculos en un papel y llegó a la conclusión de que sería más barato pagar enseguida. ¿Y qué pasaría con la señora Doux? Si volvía primero a casa, estallaría una pelotera. Si decía directamente que sí, ella preguntaría: «¿Por qué no dices que no?». Y si decía que no, ella inquiriría: «¿Por qué no dices que sí?».

Hiciera lo que hiciese, estaría mal porque costaría mucho, muchísimo dinero. Y todo lo que costaba dinero y no producía el doble creaba problemas con la señora. Al final, Doux fue presa de un valor orgulloso y viril que, para variar, le llevó a imponer su voluntad personal sin consultar a su esposa. Pensó que lo mejor era cargar con la decisión que más la enfurecería: ir al banco, sacar el dinero necesario y, sin decir una palabra a su esposa, acudir a la oficina del sindicato y resolver la cuestión sin más dilaciones.

Media hora después había pagado hasta el último peso que le exigían.

—Esta tarde, a las siete, puede reabrir el café —dijo el secretario—. Me ocuparé de que a esa hora tenga en sus manos la orden de revocación.

Doux guardó los recibos, debidamente adornados con sus sellos legales.

—Señor secretario, me gustaría aclarar un asunto de poca monta.

—Dígame.

—¿Tengo que pagar los viernes el salario de toda la semana?

—Señor Doux, será mejor que lo haga.

—¿Qué pasará si pago el viernes y el sábado algún hombre no se presenta? Me habrá estafado un día de paga.

—Vaya, vaya, veo que es muy sagaz con los números —comentó el secretario sonriente—. No lo esperaba de usted. Ha retenido los salarios de sus trabajadores seis semanas, recuerde, no un día, sino seis semanas.

—A la larga, los hombres siempre cobraron su paga. Sabían que estaba a salvo —Doux hinchó el pecho.

—Está por verse si usted es tan solvente como pretende. Podría vender el café en secreto y largarse sin haber pagado los salarios. Algunos patrones lo han hecho. Pero no creo que ocurra en su caso. Lo que ha ocurrido es que siempre retuvo los salarios unas semanas y usó el dinero que pertenecía a los camareros sin pagar intereses. ¿Por qué espera que los obreros le presten sus salarios sin cobrar nada? Hay que poner fin a esta situación. Puede considerarse afortunado de que no le hayamos exigido que la semana— nada se pague los miércoles, a fin de que el riesgo quede igualmente dividido entre empleado y empleador. Dejemos que sea los viernes. Si trata dignamente a los trabajadores, nadie se largará con un día de paga. Y si de vez en cuando algún trabajador lo hace, usted no irá a la ruina. Este asunto queda aclarado. Será mejor que se dé prisa y que se prepare para recibir a sus clientes a las siete en punto.

Doux abandonó el despacho y puso rumbo a casa.

—Lo que has hecho es muy sensato —opinó la señora Doux para gran sorpresa de su marido—. De todos modos, si desde el principio las cosas se hubieran hecho a mi manera, nos habríamos ahorrado tantos problemas.

—¿A tu manera? —Preguntó el señor Doux—, Siempre hacemos todo a tu manera. Fuiste tú la que no hizo más que decirme que despidiera a los camareros. Dicho sea de paso, esos camareros no valían un pimiento.

—Entonces tenía razón, ¿no? Estaban desesperados por conseguir trabajo. Jamás imaginé que llegaría el día en que sólo podríamos contratar a un par de vagabundos. Fue ahí donde fallaron mis cálculos. Pero no te preocupes, recuperaremos inmediatamente el dinero. Tendrán que compensarlo la panadería y la pastelería. Esos trabajadores son mucho mejores que los camareros y, gracias a Dios, no son bolcheviques.

Así quedaron las cosas. Nosotros, los de la panadería y la pastelería, tuvimos que compensar las pérdidas. Doux invirtió en publicidad. Los anuncios aparecidos en periódicos y salas de cine ensalzaban la excelencia de su pan, sus pasteles y sus pastelitos.

En consecuencia, tuvimos que empezar a trabajar a las diez de la noche, los sábados a las nueve, y sudar la gota gorda hasta las cuatro, a veces hasta las cinco de la tarde siguiente. Se convirtió en la nueva regla. Si a alguien no le gustaba, se marchaba; entonces Doux decía que nadie había solicitado el puesto vacante y que, de momento, los demás teníamos que hacernos cargo del trabajo del que se había largado. En algunos casos dos hombres abandonaron el mismo día y tuvimos que compensar la faena de ambos.

Con tal de ahorrarse esos salarios, Doux postergaba tanto como podía el reemplazo de los trabajadores. Lo sabíamos porque enviábamos varios aspirantes y les dijo que no había ningún puesto libre. Las cosas siguieron por esos derroteros hasta que dejamos de satisfacer los pedidos. Si se

trataba de un pastel de cumpleaños o de alguna otra exquisitez para una ocasión especial, a la señora Doux le tocaba la china de poner la cara. El señor no se dejaba ver y era ella la que tenía que lidiar con el cliente. Al final la situación le pareció excesiva, así que contrató a uno o dos trabajadores, siempre gente a la que podía pagar menos, hombres que no sabían nada del oficio ni tenían inteligencia para aprender deprisa.

El maestro panadero discutía diariamente con Doux por las provisiones. Un día nos quedamos prácticamente sin azúcar. El maestro fue a hablar con Doux y le dijo que necesitábamos doscientos quilos.

—Está bien, está bien, lo encargaré ahora mismo —dijo Doux.

Dio largas al asunto para tener unos días más el dinero en el bolsillo. Llegó el momento en que nos quedamos sin azúcar y peleamos con los camareros que venían a la panadería a buscar los restos del barril ya que todas las azucareras del café estaban vacías. Doux salió frenético a buscar azúcar mientras los trabajadores de la panadería nos quedamos de brazos cruzados porque nada podíamos hacer sin azúcar; peor aún, no podíamos limpiar e irnos a dormir pues debíamos acabar las hornadas.

Otro tanto ocurrió con los huevos. Una semana encargaron y trajeron quinientas cajas. Cuando sólo quedaban cincuenta, el maestro panadero informó a Doux que había que pedir más huevos.

—¿No puede esperar hasta mañana? —Preguntó Doux.

—Hasta mañana, sí, pero ni un día más.

—Entendido —replicó Doux, encantado de poder postergarlo un día más.

La mañana siguiente el maestro fue corriendo a verlo:

—Es muy urgente. Pasado mañana nos quedaremos sin huevos.

En lugar de preguntar si podía esperar un día más, en esta ocasión Doux lo aplazó bajo su propia responsabilidad. Y así llegó el momento en que todos estábamos de brazos cruzados, esperando los huevos.

Lo mismo ocurrió con el hielo. El helado debía estar preparado a las dos en punto. Teníamos la mezcla lista con tiempo de sobra, pero nos faltaba el hielo porque Doux lo había encargado demasiado tarde. En lugar de a la una, llegaba a las tres o a las cuatro y pasábamos dos o tres horas sin hacer nada, pero sin poder dejar el trabajo hasta tener listo el helado para el café.

Así perdíamos nuestro tiempo, que no era tiempo de trabajo sino nuestro tiempo libre, sólo porque Doux quería aferrarse a su dinero unas pocas horas más y porque no pagaba nuestro tiempo por hora, sino por día. Cada minuto de nuestras vidas le pertenecía: lo compraba y lo pagaba mediante nuestros exiguos salarios.

Y si no nos gustaba, bueno, es verdad, podíamos irnos. Podíamos largarnos y morirnos de hambre, ya que el trabajo escaseaba. Todos los trabajos eran cogidos por lugareños que los aceptaban por un salario con el que resultaba imposible vivir..., aunque los locales y sus familias vivieran de él.

No había posibilidades. O morirse de hambre o hacer lo que se le antojaba al amo. Como ya no podía hacer lo que se le daba la gana con los camareros, nosotros teníamos que apechugar con todo lo que no lograba encajarles. Éramos la hez, el populacho. Si renunciábamos, en la puerta había veinte desgraciados más esperando, encantados de poder trabajar en una panadería donde no sólo abundaban el pan y los pasteles, sino que incluso había comidas regulares como las que esos famélicos jamás habían visto en sus mesas.

Los camareros eran mexicanos y españoles inteligentes, despiertos y activos. Los de la panadería fuimos recogidos en la carretera y en el monte, sin familia ni vivienda estable. Algunos ni siquiera hablábamos español. Nuestras condiciones laborales y salarios no ofrecían el menor aliciente a trabajadores con un mínimo orgullo. Teníamos cierto orgullo normal e individualista, pero con eso no es posible modificar las condiciones de vida de la clase trabajadora, ya que el patrón tiene bastante orgullo de ese tipo y sabe cómo sacarle ventaja. Ese campo de batalla le pertenece, conoce todos los trucos y puede esquivar eficazmente los golpes. Nosotros, los obreros itinerantes, sólo intentábamos ahorrar un poco y abrir un pequeño

negocio o reunir el precio del billete para intentarlo en otra parte, Colombia o donde se terciara. Intentábamos arrancar todo lo que podíamos al surco que arábamos. Nos traía sin cuidado que los que vinieran detrás de nosotros cayeran al borde del camino. Cada uno se ocupa de sí mismo. Si la hierba escasea donde pasto, también arranco las raíces.

Doux y otros comerciantes de la ciudad sabían mantenernos muy ocupados en el trabajo para que no aprendiéramos a pensar por nuestra cuenta. En lo que a empresas comerciales se refería, se trataba de un país nuevo. Cada uno pensaba en enriquecerse y en lograrlo rápidamente, sin considerar lo que le ocurría al prójimo. Así se comportaban la gente del petróleo, los mineros, los comerciantes, los hoteleros, los dueños de plantaciones..., en realidad, todo el que tenía un puñado de pesos. Necesitaban explotar algo o a alguien. Si no podían explotar un campo petrolífero, una mina de plata, a los parroquianos o a los huéspedes del hotel, se aprovechaban del hambre de los pobres pedigüños. Todos debían producir dinero y todo daba dinero. Había oro en las venas y los músculos de los trabajadores hambrientos como también lo había en las minas auríferas. Para explotar una mina de oro se necesitaba un gran capital y se corrían riesgos. Explotar un yacimiento petrolífero podía suponer taladrar diez veces hasta una profundidad de setecientos cincuenta metros, con grandes gastos, para que al final sólo hubiera pozos secos. Sin embargo, todo trabajador capaz de mover sus extremidades no era un pozo seco y se le explotaba más fácilmente que a una mina de oro o a un campo de petróleo.

Tomemos como ejemplo al húngaro Apfel. Llegó a México con unos cientos de pesos en el bolsillo y no consiguió trabajo. Por eso alquiló una pequeña choza y compró herramientas a un chatarrero y chapas viejas a otro; con la chatarra fabricó cubos y depósitos de agua.

Un día fue a verlo un chatarrero y le preguntó:

—¿Puede fabricar un depósito?

—Ya lo creo, siempre y cuando me adelante cien pesos —respondió Apfel.

Lo cierto es que no podía fabricar el depósito sin ayuda.

En un restaurante chino encontró a un compatriota de Budapest, un mendigo harapiento. El pobre acababa de entrar en el restaurante, se había acercado a la mesa de Apfel y preguntado en español chapurreado si podía quedarse con el medio panecillo que estaba abandonado sobre la mesa.

—Cógelo —dijo Apfel—. ¿Eres húngaro?

—Sí, de Budapest.

Se pusieron a charlar en húngaro.

—¿Buscas trabajo? —inquirió Apfel.

—Sí, hace mucho tiempo que busco trabajo, pero no he tenido suerte.

—No hay mucho para elegir —coincidió Apfel—. Sin embargo, yo puedo darte trabajo.

—¿De verdad? Le quedaré eternamente agradecido.

—Pero tendrás que trabajar catorce horas seguidas.

—Me parece bien, mientras sea un trabajo que permita ganar para comer.

—La paga tampoco es demasiado buena. Sólo dos pesos con cincuenta.

—Con eso me doy por satisfecho.

—Ven a verme mañana por la mañana —añadió Apfel y le explicó cómo llegar a su choza—. Yo también trabajo allí, tengo un modesto contrato.

—Me alegra poder trabajar con un compatriota.

—Seguro —afirmó Apfel—. ¿Quién más te daría trabajo? No hay ni un solo puesto libre.

El hombre empezó a trabajar para Apfel y bregó con ahínco, catorce horas diarias, en un país tropical, en una choza de madera con techo de hierro ondulado, por dos pesos cincuenta al día. Pagaba cincuenta centavos por noche por la cama..., no era exactamente una cama, sino un bastidor de

madera cubierto con un trozo de lona. En una pocilga de mala muerte donde por la noche bichos y mosquitos causaban estragos. Cincuenta centavos por la comida en el chino y otros cincuenta por la cena. En el desayuno, veinte centavos por una taza de café y diez por dos bollos secos. Unos pocos cigarrillos al día. Un vaso de agua helada por cinco centavos..., tal vez se bebía dos o tres durante la larga jornada. Entonces se le desintegró la camisa y sus zapatos ya se habían fastidiado antes de que empezara a trabajar para Apfel. Los zapatos nuevos devoraron toda una semana de trabajo y la camisa dos jornadas, suponiendo que no comprara ni un solo alimento. Así siguieron las cosas, dos, tres, cuatro semanas. Después lo ingresaron en el asilo para pobres: paludismo, fiebres, Dios sabe qué más. Dos días después le metieron en un cajón de pino y lo enterraron.

Pero Apfel cumplió su contrato y recibió el encargo de fabricar otros tres depósitos iguales. Siempre encontraba inmigrantes famélicos que, si no húngaros, eran austríacos, alemanes, polacos o checos. El puerto estaba atiborrado de inmigrantes y le estaban agradecidos a Apfel por haberles proporcionado trabajo. Ahora sólo trabajaban doce horas diarias; Apfel se adelantó a su época y no quiso explotar a los desempleados. Pero siguió pagando dos cincuenta por jornada y tres cincuenta al capataz, de cuyos servicios ahora no podía prescindir. Habían pasado cuatro años desde que construyó el primer depósito y conducía su propio coche y se había construido una casa en el barrio norteamericano.

Sí, hasta los huesos de un compatriota al que le ofreciste una mano solidaria y que, en virtud de esa ayuda, del exceso de trabajo, de la ratonera en que dormía, de la falta de alimentación nutritiva, murió por las fiebres y fue enterrado en la fosa común..., sí, hasta eso podía convertirse en oro.

Los periódicos de Budapest informaron que «gracias a su industria y a su iniciativa, en pocos años el ciudadano Apfel amasó una fortuna considerable». Así se hacían fortunas de la noche a la mañana. Bastaba con explotar los diversos tipos de mina de oro.

Y los extranjeros podían lograrlo más fácilmente que nadie porque apelaban a la protección de su embajada si los nativos y los no compatriotas les creaban problemas. Entonces Estados Unidos, siempre tan amante de la libertad, amenazaba con la intervención militar.

El dormitorio de los trabajadores de la panadería era una enorme caja de madera con techo de hojalata: no se lo podía considerar una casa. La luz se colaba por las aberturas de las ventanas, desprovistas de cristal y de cortinas. Seis escalones de madera conducían a la puerta; el espacio inferior estaba atiborrado de viejas cajas de huevos, latas vacías, cuerdas abandonadas y trapos podridos; las manadas de ratas corrían libremente en medio de la chatarra. En la época de las lluvias aquel espacio se convertía en lodazal y criadero ideal para cientos de miles de mosquitos.

El dormitorio, que apenas tenía espacio suficiente para pasar entre los artilugios que denominábamos camas, no sólo era nuestro hogar, sino el de grandes lagartijas, cucarachas enormes y arañas. Por nuestro espacio también deambulaban tres perros; uno tenía sarna y era horrible. Cuando mejoró, enfermaron los otros chuchos. Les teníamos mucho cariño y no los echamos. Eran nuestro único solaz en los días en que no teníamos tiempo ni fuerzas para dar un paseo por las calles o por el parque y caíamos rendidos en los catres de lona, demasiado cansados para dormir.

A veces Antonio o yo barríamos el dormitorio. Jamás se fregaba pero, como había goteras en el techo, entraba bastante agua cuando caía una tormenta tropical, lo que durante la última semana de la estación de las lluvias había ocurrido cada media hora. También nos bañábamos en la cama, y durante los temporales nuestro reposo nocturno se convertía en un juego de levantarse una y otra vez y empujar nuestros catres bajo algún lugar del techo por el que, imaginábamos, no se colaban las gotas de lluvia.

Cada uno tenía su mosquitero, pero estaban llenos de agujeros y los mosquitos no sólo encontraban los sietes con gran facilidad sino que lo atravesaban por donde suponíamos que no había agujeros. Aunque remendábamos los mosquiteros lo mejor que podíamos, al día siguiente se abría un rasgón a la altura del viejo agujero. Podría decirse que cada

mosquitero se componía de una gran cantidad de grandes agujeros sostenidos por restos de tela andrajosa.

Además del mosquitero, cada uno disponía de una manta agujereada y una almohada sucia. Nuestros predecesores habían dejado en la pared un viejo espejo con marco de hojalata, varias fotos de desnudos y otras del tipo que, en muchos países, corresponderían al ámbito del fiscal. Por muy progresista que fuera, ninguna comisión de bellas artes podría haber defendido esas fotos, ya que no tenían nada que ver con el arte y estaban totalmente relacionadas con los procesos naturales. En un país donde un mocoso de diez años puede comprarlas con la misma facilidad que un marinero de sienes plateadas, no despiertan demasiado interés: sólo tienta el fruto prohibido. Por eso no encontrábamos nada especial en aquellas fotos, ni teníamos tiempo de ocuparnos de ellas.

Entre las nueve de la mañana y las dos de la tarde no era posible permanecer en el dormitorio; si lo intentabas, te convertías en carne soasada. Nosotros no lo intentábamos porque durante esas horas trabajábamos en los hornos de la panadería. A la hora de la noche en que empezaba a refrescar y en que podríamos haber disfrutado de un sueño reparador, teníamos que ir a trabajar.

El trabajo propiamente dicho no era duro, no puedo afirmar que lo fuera. Pero permanecer de pie dieciocho horas seguidas sin una sola pausa, corriendo constantemente de aquí para allá, agachándote y estirándote, guardando y acarreando cosas, te cansa más que trabajar laboriosamente ocho horas en un solo sitio. Sólo oías: «Rápido, rápido, hay que sacar del horno los panecillos redondos... Deprisa, te cogerá el diablo, unta esas placas... Maldita sea, vierte la mezcla en la batidora... Rápido, rápido, necesito las claras batidas... La mezcla está demasiado salada; deprisa, deprisa, llévatela y prepara otra... Te dije hace una hora que necesito dos quilos de glaseado... Venga, maldita sea, ¿por qué no preparaste ayer el caramelo? Ahora estamos aviados... Santo cielo, José ha resbalado con la mezcla para el helado y el suelo está hecho un asco. Muchísimas gracias, José, hoy volveremos a quedarnos hasta las seis si sigues haciendo las cosas así». Había un ajeteo incesante, intimidaciones y carrerillas. Estoy

convencido de que, corriendo de aquí para allá por la panadería, recorría treinta kilómetros diarios.

A eso había que añadirle el cambio constante de personal. Apenas había aprendido un nuevo trabajador cuando otro se marchaba. De hecho, enseñar a los novatos era el principal escollo. Doux solía decir:

—Ahora hay dos hombres nuevos a los que tengo que pagar, pero no sacan más cosas del horno. ¿Qué sentido tiene que contrate más personal? No se nota para nada.

En cierto sentido tenía razón, ya que ninguno de los nuevos tenía la menor idea de cómo funciona una panadería. Había que enseñarles todo, incluso a manipular una plancha caliente o usar la cuchara de madera y, mientras les enseñabas, podrías haberlo hecho diez veces. Unos pocos aprendieron enseguida, pero la mayoría no hizo más que interponerse en nuestro camino y frenar el ritmo de trabajo. Tuvimos un repostero incapaz de preparar el hojaldre más simple, pese a que podía mostrar cartas de recomendación de varias pastelerías finas.

Los forasteros eran los más rentables para Doux. Explotables al máximo. Los trabajadores mexicanos resistían dos, tres o cuatro semanas; entonces decían «¡Aquí se trabaja demasiado!» y se largaban. Con un poco de suerte, para entonces habían ahorrado los pesos suficientes a fin de iniciar un pequeño negocio de cigarrillos, chicle, cinturones de piel, fundas para revólveres, golosinas, frutas, cosas por el estilo. Este oficio les daba un peso diario de beneficio, pero así lograban sobrevivir y seguían siendo hombres libres. Algunos de estos comerciantes menores treparon hasta alquilar un hueco pequeño y oscuro —lo que podría considerarse un agujero en la pared— en una calle estrecha, donde montaron su tienda. Pero nosotros seguimos en el tajo, temerosos de perder la seguridad que nos proporcionaba la panadería.

Claro que no nos habríamos sentido satisfechos con un peso diario de beneficio, ya que ganábamos mucho más: uno veinticinco más casa y comida. Y también queríamos algo más de la vida. Los que sólo trabajaban el tiempo necesario para ahorrar un poco de dinero a fin de independizarse se daban por satisfechos con pantalones de algodón de tres pesos

cincuenta; empero, para nosotros esos pantalones no eran tan buenos. Los nuestros tenían que costar siete u ocho pesos. Opinábamos que si nos dejábamos ver con algo más barato perderíamos nuestra dignidad y categoría en tanto que hombres blancos. Los hombres «libres» compraban zapatos de seis u ocho pesos. Nosotros no habríamos osado cruzar la calle con semejante calzado. ¡Qué aspecto habríamos tenido! No podíamos hacerlo, aunque sólo fuera por las señoritas. En consecuencia, nuestros zapatos nunca bajaban de los dieciséis o dieciocho pesos. Al fin y al cabo, éramos blancos; con el fin de seguir siéndolo a los ojos de los demás blancos —norteamericanos, británicos, españoles, franceses y otros—, teníamos que continuar esclavos de la panadería para ganar buenos salarios. Nobleza obliga, sobre todo en países tropicales donde los blancos sólo son una reducida minoría en medio de una población abrumadoramente indígena.

Sin embargo, hay que reconocer que, pese a nuestros ingentes esfuerzos por no quedar descastados, vivíamos en una posición social incierta. Los norteamericanos, británicos y españoles no nos consideraban sus iguales. Para ellos sólo éramos escoria sucia, la escoria que se adhiere a los talones de los blancos prósperos y les sigue por el mundo. Eso era lo que seguíamos siendo. Pero son los grandes patrones, los sedientos de poder y los buscadores de beneficios los que crean la escoria; cuando la situación se pone al rojo vivo y se les reclama que la resuelvan, guardan sus beneficios, vuelven a casa y dejan que la escoria reviente.

Ni siquiera formábamos parte de los mestizos, para los que éramos basura extranjera. Tampoco éramos aceptados por los nativos pura sangre, las tribus o subnaciones de indios que pueblan toda la república. No querían tener nada que ver con los trabajadores migratorios provenientes de las metrópolis, vagabundos a medias como nosotros. A pesar de que todos los indios y al menos dos tercios de los mestizos eran tan proletarios como nosotros, estábamos separados por un abismo insalvable. Idioma, pasado, hábitos, costumbres, filosofías, opiniones e ideas se diferenciaban tan profundamente que resultaba imposible forjar un vínculo común.

Un día de paga Antonio y yo decidimos ir de compras. El mestizo compró sombrero, camisa y zapatos nuevos. Yo me regalé un pantalón nuevo y un

elegante par de zapatos marrones que, para que parecieran importados de Inglaterra se llamaban Oxford, nombre estampado en mayúsculas en las suelas. Lógicamente, esa simple palabrita —no la calidad de la materia prima ni de la fabricación— explicaba el precio más alto que tuve que pagar.

Regresamos directamente al dormitorio y nos pusimos la ropa nueva.

—¿Qué haremos con el dinero que nos queda? —preguntó Antonio.

—Ojalá lo supiera —respondí—. Estuve pensando que no tiene sentido acumular un montón de cosas que no nos interesan.

—No, no tiene ningún sentido —coincidió Antonio.

—Y sería una tontería que el dinero siguiera en nuestros bolsillos —insistí.

—Claro, sería una tontería porque podrían robárnoslo —confirmó Antonio.

—Tampoco me parece una gran idea guardarlo en el banco —declaré.

—Haríamos el ridículo llevando los pocos pesos que tenemos y pidiendo que nos abran una cuenta —dijo Antonio, que tenía toda la razón del mundo.

—Nunca lo gastaríamos —proseguí—. Además, ahora el banco está cerrado y cuando está abierto no podemos ir porque en ese horario estamos trabajando.

—Bueno, ¿qué podemos hacer con el dinero? En este momento no tengo la menor gana de probar ni una gota de tequila —confesó Antonio.

—Yo tampoco. Ahora mismo no podría soportar su olor.

—¿Sabes qué podemos hacer? —Insistió Antonio.

—Venga, habla.

—Podríamos ir a ver a las señoritas,

—¡Antonio, has tenido una idea genial! ¡Al menos sabremos dónde y cómo voló nuestro dinero! ¡Es el mejor uso que podemos darle!

—Seguro, Gales, tienes razón. Nos volveremos locos si lo único que hacemos es trabajar en la panadería y dormir en esta ratonera.

—Sí, Antonio. Las fotos de la pared se han vuelto muy aburridas. No soportaré mucho más el espectáculo de esas disparatadas chicas de papel.

—Yo tampoco. Es como si estuviéramos casados con ellas. Parecen seguirnos con la mirada y vigilar lo que hacemos. Estoy harto. ¡Necesitamos caras nuevas!

Antonio se levantó del borde del catre, se acercó a la pared y arrancó las bellas mujeres desnudas. Luego cada uno separó un peso de plata, que escondimos en un viejo zapato; nos pusimos de acuerdo para comprar mujeres nuevas y nuevas fotos de actos gráficos y posiciones inspiradoras con los que adornar nuestras solitarias paredes e impedir que nuestras fantasías murieran de inanición.

Para dar una buena impresión a las señoritas, nos emperejilamos y salimos a la búsqueda de lo verdadero, más cálido y tierno que las meras fotografías, donde la vida no era cruda sino hermosa.

Había anochecido. Aún nos quedaba un largo trecho por recorrer porque las señoritas moraban en las afueras de la ciudad, donde tenían su propio barrio. La situación era tan placentera para ellas como para los hombres que deseaban disfrutar de las cosas buenas de la vida sin tener que asumir nada a cambio.

Nos recibieron la música y alegres risas; cada paso que nos acercaba a las chicas también nos alejaba del aburrimiento y de la monotonía de nuestras vidas. La belleza prevalece donde reinan la música y la risa.

A lo largo de las casas del barrio había aceras de cemento de apenas sesenta centímetros de ancho. La calle se extendía a un metro o más por debajo del nivel de la acera; como no había escalones, para bajar había que saltar. Las calles eran ciénagas embarradas y malolientes; por todas partes había piedras y trozos de cemento y los grandes baches llenos con el agua de las últimas lluvias torrenciales las volvían casi intransitables. Sin embargo, coches y taxis se abrían paso con tal de traer, esperar y recoger pasajeros. A menudo los vehículos quedaban atascados en el barrizal y se desencadenaba un gran estrépito, golpes y gritos mientras los sacaban del atolladero. En lugar de quejarse, los conductores se reían y participaban del jolgorio, sin el cual el barrio indudablemente no habría sido lo que era.

En las esquinas se reunían grupitos de músicos ambulantes que tocaban muy bien, de hecho, muchísimo mejor que las orquestas callejeras de la ciudad, en la que había tantas bandas que solían pisotearse. Por regla general, las orquestas se componían de violín, violoncelo, clarinete, flauta y tambor. Algunas tenían trompeta en lugar de flauta. Otras estaban formadas por violín, saxofón, violoncelo y guitarra e, invariablemente, eran las mejores. Después de tocar pasaban el sombrero, pero era excepcional que un visitante les diera algo y básicamente eran las chicas quienes ponían dinero.

Las orquestas también se metían en bares y restaurantes y tocaban; en esos locales sus posibilidades de conseguir dinero, aunque remotas, eran mejores que en las calles. En todos los cafés y bares había baile, ya que en todo local había chicas que se esperaba sonrieran a los clientes, bailaran y bebieran con ellos, pues su trabajo principal consistía en hacerles gastar dinero, tarea por la cual percibían un porcentaje.

Mientras bailaban, los de abajo podían transmitirse lo que dominaba su corazón sin pronunciar palabra. No existían tabúes con respecto al estilo o modo de bailar. En consecuencia, la mayoría de las personas bailaban tan pudorosamente que los ángeles podrían haberlas mirado sin ruborizarse. Sin embargo, de vez en cuando una pareja adoptaba un estilo de baile que habría logrado que la abuela del diablo se tapara el rostro con el delantal. Pero ella no los veía pues estaba ocupada con cosas más horribles y al resto de la gente le importaba un pimiento. El policía de patrulla encendía un cigarrillo, miraba sonriente unos instantes y seguía su ronda.

Al pasar delante de La Casa Roja, vimos actuar a una bailarina negra de Virginia. Estaba sola en medio del café e interpretaba la danza del vientre... la auténtica danza del vientre, la que Eva inventó cuando fue expulsada del paraíso y podía hacer lo que se le antojara. No sólo los hombres sino las chicas del local se pusieron en pie para contemplar esa obra de arte supremo y, quizá, para aprender los gestos y ritmos que les podrían servir cuando no dormían solas. Los que estábamos en la calle nos amontonamos junto a las puertas abiertas para mirar.

Al concluir la danza, la negra cayó al suelo. A diestro y siniestro estallaron aplausos ensordecedores. La bailarina se arrodilló con los brazos extendidos hacia atrás, los pechos temblorosos y el cuerpo rizándose y elevándose con un último suspiro como el que podría acompañar a la postrera gota cansada de un torrente de montaña a punto de secarse. Apretó cansinamente el vientre y dejó caer la cabeza, agotada, hasta rozar el suelo con la frente. Luego se elevó con un jubiloso grito de sana y profunda alegría; se irguió esbelta y firme, con la mano izquierda apoyada en la cadera, y el brazo derecho en alto, en un gesto delicadamente elaborado. Sus ojos chispearon y sus dientes blancos brillaron entre los labios llenos. Rió victoriosa, arqueó el cuerpo con una impaciencia que parecía proponer a todo el continente que la abrazara y exclamó:

—¡Viva el amor y la alegría, amigos! ¡Viva el amor! ¡Viva!

Se hizo un breve silencio. Los aplausos se volvieron atronadores y la música sonó a todo volumen. La bailarina acomodó su delgado vestido, se alisó la

espesa cabellera y subió a una mesa en la que sólo había una botella y un vaso.

¿Qué es el arte? El arte es aquello que sorprende y alegra nuestras almas. Por eso la danza del vientre de la negra virginiana fue arte auténtico, natural y maduro.

Los hombres la miraban con respeto y sincera admiración y, aunque parezca extraño, nadie la abordó ni la invitó a bailar. Es posible que, en virtud de que era una artista favorecida por los dioses, sintieran que lo que podían ofrecerle no era suficiente. Abordaron a otras chicas de aspecto más modesto y que no aparentaban huracanes de pasión capaces de bajar del caballo al Casanova más consumado.

Las chicas no consideraban a la bailarina una rival que competía con medios poco limpios..., nada de eso, ya que dio al negocio un impulso, ausente diez minutos antes. Ahora los hombres tenían fuego en la mirada, mientras que antes se habían mostrado indiferentes, desinteresados..., sí, incluso aburridos.

Antonio y yo nos habíamos parado a mirar desde la puerta del café y lo perdí de vista en medio del gentío. Poco después lo vi en el interior del local. Había encontrado una compañera de baile. Lo dejé en La Casa Roja y me fui a dar un paseo por el barrio.

Las calles estaban atiborradas de buhoneros y sus diminutos puestos improvisados conferían a la zona el aspecto de una feria. En algunos servían enchiladas picantes y en otros pregonaban tacos, panecillos crujientes rellenos de rosbif, jamón, pescado frito, salchichas o queso. También ofrecían tamales picantes y mazorcas de maíz tierno. Se podían comprar aguacates, plátanos, naranjas, rodajas de sandía o de piña y trozos de coco. Otros puestos pequeños vendían cigarrillos, puros, tabaco para pipa, golosinas, revistas y periódicos nacionales y extranjeros (norteamericanos, británicos, franceses o de cualquier otro lugar). En la infinidad de mesas pequeñas que montaban se podía elegir entre seis bebidas heladas de sabores exóticos: horchata, jamaica, tamarindo, chía, papaya y mamey. En lo más denso de las calles hormigueantes, mujeres y muchachos cargados con cestas y cajas de cigarros llenas de golosinas,

chicle, cerillas, billetes de lotería, semillas de calabaza tostadas, cacahuetes, frutas confitadas y flores, abordaban al gentío.

Más de cien comerciantes se ganaban la vida aquí. Las mujeres amamantaban a los bebés que tenían en brazos y llevaban a los más pequeños de la mano mientras vendían sus mercancías. Ni la moral de los adolescentes que pregonaban sus artículos ni la de las vendedoras con los niños agarrados a sus faldas corrían peligro en este entorno.

Centenares de mujeres, muchachas y niños respetables —en realidad, familias enteras— atravesaban el barrio para llegar a sus hogares. Y ni se inmutaban. Para los puros, todo es puro. Podrían haber elegido otro camino, pero el que cruzaba el barrio era el más directo.

En todo el barrio sólo eran necesarios los servicios de cuatro agentes y un oficial de policía. Rara vez había problemas y si surgía algún contratiempo se lo consideraba todo un acontecimiento. Detenían a muy pocos borrachos, ya que escaseaban en la zona. Además de los policías de uniforme, había dos o tres agentes de paisano que se mezclaban con la gente, al acecho de traficantes internacionales de opio, marihuana y cocaína que intentaran hacer negocios en el barrio.

Los demás representantes de las autoridades en el poder a los que era posible ver deambulando entre la multitud eran los inspectores del Departamento de Salud Pública y, por supuesto, a los recaudadores de impuestos. Aquí todo el mundo —vendedor ambulante, dueño de puesto, propietario de bar y, desde luego, las señoritas siempre sonrientes— pagaba impuestos. Y no en abril del año próximo, nada de eso, sino aquí y ahora, en efectivo, ya que no se aceptaban cheques y, de lo contrario, había que largarse inmediatamente. Altos o bajos, los impuestos no se pagaban porque el recaudador fuera simpático: los negocios de los contribuyentes recibían una protección ilimitada. Tal como cabe esperar de una república verdaderamente democrática, ante cualquier caso dudoso las señoritas recibían una protección más rápida y mejor que la de los hombres que intentaban largarse sin pagar los servicios prestados.

Además de español, las chicas que estaban en la cumbre de la profesión hablaban francés, inglés, alemán e italiano; ciertas formas de

entretenimiento resultan más placenteras si son acompañadas del deje de la lengua materna y ciertas sensaciones alcanzan su plenitud cuando las despiertan palabras que tocan fibras y recuerdos que una lengua extraña jamás puede suscitar. Esas palabras recuperan la memoria de la primera sensación de pudor, los pensamientos sobre la primera muchacha deseada y los sentimientos de aquellas horas misteriosas que marcaron las primeras sensaciones de madurez.

Así, la mayoría de las pobres chicas que sólo dominaban el español no tenían buena fortuna y pronto caían en el oficio por un peso: trabajadores nativos, pobres diablos que no podían gastar mucho en este tipo de esparcimientos. Vivían en zonas alejadas del barrio, donde las habitaciones o casuchas eran más baratas y estaban más toscamente amuebladas y adonde los músicos callejeros sólo llegaban ocasionalmente, cuando la competencia se tornaba demasiado fuerte en otras calles. En esta zona las señoritas vestían con tanta sencillez que podían ir al centro sin llamar la atención. Aunque a veces sus ganancias apenas alcanzaban para comprar pintalabios y polvos, debían ofrecer a cada visitante agua, jabón, solución antiséptica y toallas limpias. En cualquier momento un inspector de la comisión sanitaria podía entrar en la habitación, pedir el certificado de salud de la muchacha y controlar la limpieza de la estancia. Los efectos personales de cada una eran asunto propio, pero los demás artículos corrientes debían ajustarse a las reglas de sanidad; de lo contrario, se declaraba la cuarentena, que era algo costoso y más temible que una multa o una condena a la cárcel.

La esclavitud no existía. Toda señorita era una agente libre. Podía dejar la casa y el barrio cuando quisiera. No había una vieja madama que pudiera retenerla con el pretexto de que le debía el alquiler, de que no se había ganado casa y comida o de que había que pagar la lavandería. El alquiler se pagaba con una semana de adelanto y eso era todo; si no estaba en condiciones de pagar por adelantado, tenía que abandonar el barrio. Toda señorita a la que pescaban ofreciendo sus servicios en la calle iba a parar a la cárcel.

En la llamada Sección Dorada de la entrada del barrio, inundada por las brillantes luces de las salas de baile, vivían las francesas. Hablaban un

francés torrencialmente acelerado y todas juraban ser parisinas. La mayoría jamás había visto París y procedía de Londres, Berlín, Nápoles, Budapest, Varsovia, Leningrado y ciudades aún más alejadas de la capital de Francia. Ninguna tenía pasaporte oficial, pues no se permite la inmigración de señoras consagradas al oficio más antiguo del mundo. Lo cierto es que todas habían logrado entrar en el país, cada una mediante una triquiñuela distinta.

Las parisinas eran las más elegantes de todo el barrio; tenían que serlo para seguir trabajando en la Sección Dorada. En cuanto lo que ganaban no les permitía comprar los adornos necesarios, a menudo y rápidamente ocurría que debían mudarse a una sección más barata. Así ocurría con muchas señoritas que no entendían claramente el negocio y no aprendían los trucos que podrían haberlas convertido en maestras del oficio: tenían que alejarse cada vez más de la Sección Dorada hasta que acababan en las casuchas de la zona más mísera.

Las señoritas de la Sección Dorada recibían la visita de hombres para los que dólares y pesos no significaban nada; por ejemplo, la de los petroleros que habían vivido seis u ocho meses en el monte, donde no podían gastar dinero, y que llegaban con miles de dólares que les quemaban los bolsillos. Era posible que al principio no tuvieran intención de gastar más de veinte y que, a la mañana siguiente, acabaran mendigando un peso para regresar al hotel en un autobús de segunda. También estaban los turistas norteamericanos que llegaban al país con el único propósito de gozar de este placer y que, como es obvio, pagaban demasiado caros todos los servicios. Para no hablar de los especuladores que vendían acciones de reservas de petróleo o de minas de oro o plata a los pipiolos, acciones de pozos fantasmas en donde era imposible encontrar oro negro a menos que el pobre inversor llevara el barril. Cargados de dinero fácilmente adquirido, esos hombres iban de casa en casa y de señorita en señorita con inagotable vitalidad. No hay que olvidar que visitaban a las maestras del arte, a esas hembras con gran experiencia que habrían hecho brotar una alegre fuente del tronco más reseco.

La mayoría de las casas del barrio eran de madera y se parecían, pues estaban en fila como las casas alineadas de Baltimore. Salvo contadas

excepciones, eran viviendas de un solo cuarto. La habitación contaba con una única puerta que daba directamente a la calle y una ventana con rejas que no tenía cristal, aunque en algunos casos estaba cubierta por el mosquitero. La puerta única se justificaba por razones de seguridad y para que el acceso fuera a cara descubierta, nada de entradas por el callejón ni la menor posibilidad de escapar por detrás.

Las señoritas se sentaban a la vista de todos, junto a la puerta abierta, o permanecían de pie, a solas o en grupitos, parloteando y riendo. Si tenían problemas, los guardaban para sí.

Muchas señoritas tenían la costumbre de sentarse a la puerta y tejer fino encaje o bordar primorosos pañuelos. Era una maniobra que siempre surtía efecto. Recordaba la reconfortante domesticidad de sus hogares a los hombres que tenían que pasar largos períodos en un país extranjero o que habían estado semanas o meses en la mar, la selva, el yacimiento petrolífero o el monte.

Era imposible que un hombre pasara delante de una puerta sin que la chica lo saludara y, con las palabras y gestos más tiernos, lo invitara a pasar y a divertirse un rato. A menudo la invitación iba acompañada de promesas tan osadas que hasta la resistencia más férrea y el voto más sagrado podían derrumbarse en aquel instante. Sin embargo, una vez superada su puerta, la señorita desistía porque uno se encontraba ya en el territorio de su vecina, donde sólo ésta tenía derecho a hacer propuestas provocativas.

Sólo existía una forma de pasar fácilmente delante de las chicas: «No tengo dinero». Eso daba libertad de paso, siempre y cuando la muchacha se lo creyera. Casi nunca se lo creía y se dedicaba a registrarle a uno los bolsillos juguetonamente, aunque en realidad nunca se alzaba con más de un quinto.

Las señoritas daban muestras de su diplomacia absteniéndose de tentar a los respetables ciudadanos locales que atravesaban el barrio de regreso a casa. La mayoría escogía a sus clientes según sus gustos personales y en modo alguno abordaba a todos los que pasaban delante de su puerta. Un hombre podía detenerse ante una puerta, decidido a liarse con una chica concreta, pero no había dinero ni ofertas que pudieran convencerla si, por

algún motivo, el caballero no era de su agrado. Algunas señoritas se negaban a recibir a un chino, otras a un negro y un tercer grupo no aceptaba a los indios. Como en todos los negocios, si las transacciones iban mal, las chicas eran capaces de sonreír a alguien a quien tres días antes habrían rechazado indignadas.

Las señoritas le sacaban el jugo al dinero. Sin embargo, dichas damas carecían de lo que se ha dado en llamar el amor de la mujer adorada. El tiempo es oro y en el barrio ya podía uno perseguir vanamente tiernas frivolidades, juegos cariñosos, horas de deseo y pausada búsqueda de la satisfacción. Claro que eran grandes artistas, pero de ellas no se obtenía el dulce anhelo de la amada.

En consecuencia, las señoritas se limitaban a confirmar el valor inapreciable de la mujer amada y amante. Lo sabían y no pretendían negarlo; vendían pura y exclusivamente lo que negociaban los caballeros. Eran artistas y hábiles empresarias; sabían atraer a la clientela y mantener en activo el negocio.

—Ah, qué bien, Antonio, estás aquí —le saludé—. Te estuve buscando por todo el barrio. Supuse que habías vuelto a casa.

—No, Gales, aún no se me ha pasado por la cabeza la idea de volver a casa. Vayamos al Salón Pacífico y probemos suerte.

El Pacífico contaba con una amplia estancia principal decorada en dorado. A un lado había una serie de cavidades, cada una con su mesa, rodeada en los tres lados por un banco cómodamente acolchado; la pared trasera tenía un sofá a juego a lo largo de toda su longitud. Frente a las cavidades se encontraba la barra, con taburetes, y en la plataforma del rincón se alzaba la orquesta de baile. Las paredes estaban adornadas con cuadros de desnudos femeninos de tamaño natural. Esas bellezas no necesitaban hojas de parra para recordarte que tenían algo que ocultar. En este país sería risible tratar de convencer a hombres, mujeres e incluso niños de que del cuerpo humano brotaban hojas de parra.

Las señoritas estaban sentadas en el largo sofá, esperando a sus compañeros de baile, mientras los hombres permanecían junto a la barra o en las cavidades. Dos o tres hombres estaban acompañados por chicas y conversaban con gran decoro y animación, como si se encontraran en una sala de baile de las clases altas neoyorquinas. Pero aquí disfrutaban más porque, si querían, podían expresar sus sentimientos, mientras que en las clases altas este tipo de charla podía llevar a los demás a suponer que ignorabas las sutilezas del lenguaje.

Aunque en la plataforma sonaba atronador un one—step, los hombres tardaban en reaccionar; parecían tímidos e incómodos y es probable que no se hubieran armado de valor para bailar si las muchachas no les hubiesen dirigido sonrisas amistosas y alentadoras. Procuraban ocultar su timidez sentándose en la barra y bebiendo, bebiendo y bebiendo más de lo que realmente les apetecía. Era el modo de expresar su virilidad, ya que carecían de valor para manifestarla por otros medios. Seguían bebiendo

para continuar en el Pacífico, cerca de las chicas cuyas sonrisas adoraban y cuyas caras bonitas gustaban de ver. Pese a las sonrisas de las señoritas, los hombres se contenían y las obligaban a bailar entre ellas. Al final unos pocos hicieron acopio de valor y las sacaron a bailar. Así fue como los demás se soltaron un poco.

Después del baile, por regla general los hombres acompañaban a sus compañeras hasta los asientos y luego se dirigían a la barra o a una cavidad; de vez en cuando un caballero invitaba a una o dos —y, si no se sentía seguro, a tres o cuatro— chicas a su mesa para beber una botella de cerveza o un trago de algo más fuerte.

—Señorita, ¿qué quiere beber?

—Whisky con soda.

—Yo tomaré coñac.

—A mí póngame un *bacardi*.

—Yo quiero una botella de cerveza.

—Y yo una cajetilla de cigarrillos.

Ante este tipo de invitaciones, jamás pedían champán ni vinos caros; si por casualidad llegaba al salón un hombre con ganas de pavonearse o decidido a acabar en una sola noche con el salario de cuatro meses, era él quien pedía champán y vaya usted a saber qué más y lanzaba la invitación: «¡Señoritas, corre de mi cuenta!». En estos casos, veinte o más chicas se sumaban a la juerga y se animaba el cotarro. Entonces nada estaba prohibido y no había horario de cierre.

El propietario tenía su licencia en regla, cubierta de sellos y colgada a la vista de todos a fin de que nadie se confundiera. Para evitar errores, había colgado carteles en los que se leía, por ejemplo: «Todas las copas un peso». Ni en los precios ni en ningún otro asunto era necesaria la reglamentación policial. Clientes y propietarios arreglaban sus asuntos mediante el juego libre de la oferta y la demanda, a través de la libre competencia y la falta de condiciones impuestas por licencias excesivamente restrictivas. Si abrían demasiados bares, no hacía falta que

intervinieran las autoridades: los superfluos acababan en la ruina. Sólo sobrevivían los que servían algo que valía la pena.

Al entrar, Antonio y yo ocupamos una mesa y pedimos cerveza. Luego bailamos con un par de chicas, las invitamos a nuestra mesa y pidieron whisky. No sabíamos de qué hablar y las compadecí porque hacían grandes esfuerzos por animar la conversación. Me alegré cuando volvió a sonar la música: con los pies podíamos adelantar más que con las lenguas.

Con tal de hablar les hicimos todo tipo de preguntas absurdas. ¿Tenían que visitar a los médicos de sanidad todas las semanas o cada quince días? ¿Las que no bailaban en cafés pagaban un alquiler más alto que las bailarinas? ¿Cuánto ganaban?

Debieron considerarnos muy novatos por hacer preguntas tan absurdas cuando podríamos haber charlado de cosas más interesantes. No abandonaron su actitud afable pues no podían darse el lujo de malhumores y malas caras, ya que habría sido negativo para su oficio.

—Señorita, ¿quiere una segunda ronda? —pregunté a la chica con la que había bailado.

—Gracias, señor, me encantaría.

—La pediré —añadí.

Se quedó sentada y, luego de beber varios tragos, la muchacha se puso a hablar.

—Soy de Charlottenburg —comenzó a narrar Jeannette.

—Ah, la tomé por parisina —declaré.

Se sintió halagada. Dijo que las francesas de verdad la llamaban «Boche» cada que vez que sostenían una discusión, lo que ocurría bastante a menudo. Aunque su verdadero nombre era Olga, en el certificado de sanidad figuraba como Jeannette e incluía una foto que lo autentificaba.

Duante la guerra de 1914—1918, Jeannette había vivido en Buenos Aires. Había participado activamente de su profesión y amasado una pequeña

fortuna.

—De pronto sentí la necesidad de volver a mi país y ver con mis propios ojos cómo iban las cosas —me confesó.

Encontró a sus padres viviendo en condiciones realmente lamentables. Antes de la guerra, su padre había sido portero de una importante fábrica de Berlín, pero después de la contienda lo despidieron pues le dieron preferencia a un veterano inválido.

Sus padres habían vivido modestamente toda la vida, ahorrando y ahorrando para la vejez e invirtiendo en bonos del estado; cuando el gobierno devaluó el marco y engañó tan inescrupulosamente a huérfanos, viudas, criadas y ancianos honrados que si un individuo se hubiese atrevido a hacer lo mismo habría sido públicamente estigmatizado y probablemente encarcelado, la presunta seguridad dorada de la familia Bartel —Jeannette me dijo que ése era su apellido alemán, pero no la creí— se convirtió en papel mojado tan inútil que ni siquiera se podría haber aprovechado en el retrete.

Los Bartel decidieron suicidarse con gas y justo en ese momento recibieron de una organización benéfica provisiones para dos semanas de sémola, arroz y verduras deshidratadas, así como una lata de carne en conserva, lo que les permitió seguir con vida cuatro semanas más.

Una tarde soleada Jeannette llegó por sorpresa, después de viajar de Buenos Aires a Hamburgo. Llevaba tanto dinero que podría haber comprado toda una calle de Charlottenburg, ya que tenía dólares del Nuevo Mundo.

—Mi querida hija, ¿cómo has conseguido tanto dinero? —quiso saber su madre.

—En Argentina me casé con un estanciero. Poseía dos millones de cabezas de ganado y al morir me dejó una pequeña fortuna.

—Nadie podía imaginar que mi niña tendría semejante golpe de suerte —comentó la madre.

Así, a Jeannette se la conoció en el barrio como la viuda del millonario argentino.

Con sólo un puñado de dólares, Jeannette compró a sus padres una casa de apartamentos que antes de la guerra había costado alrededor de medio millón de marcos. Aunque puso el título de propiedad a su nombre —en el Nuevo Mundo se había convertido en una redomada mujer de negocios—, asignó a sus padres los ingresos del edificio. Les compró un buen fajo de acciones seguras que oscilarían según los precios del mercado bursátil; los depositó en un banco de su confianza y dio instrucciones para que cuando hubieran que pagar dividendos, se los abonaran a sus progenitores.

Resuelto este capítulo, Jeannette se tomó varias semanas libres para pasárselo bien, semanas que se tenía más que merecidas después de los intensos años que habían quedado atrás.

Obviamente, para el correcto disfrute de esas semanas de placer era imprescindible la cooperación del sexo opuesto. El placer sin dicha colaboración es prácticamente inconcebible. Jeannette no lo consideró un asunto profesional; como estaba de vacaciones, escogió cuidadosamente a un caballero con quien sabía que se divertiría.

Los Bartel se habían trasladado a la casa de apartamentos; las autoridades del ministerio de la Vivienda les dieron permiso para ocupar el apartamento del último piso, que Jeannette hizo construir de su peculio. Una mañana papá Bartel entró en el dormitorio de Jeannette para hablar con ella y la encontró en la cama con un caballero. Jeannette y su amigo habían estado en un cabaret hasta altas horas de la madrugada, bebiendo copa tras copa de champán, y por aquel motivo el caballero no se despertó a tiempo para retirarse a una hora respetablemente temprana, con decoro y discreción.

Papá Bartel intentó darle una paliza, pegarle un tiro u ocuparse del caballero de cualquier otra manera categórica. Pero el caballero tenía tacto y era educado por lo que, pese a las agresiones de Bartel, logró vestirse con gran destreza. Con la ayuda de Jeannette, se las ingenió para llegar a la puerta, salir a la escalera y esfumarse. El caballero estaba a salvo.

No puede decirse lo mismo de Jeannette. Como ya no estaba obligado a desplegar sus fuerzas en dos frentes, papá Bartel concentró en ella toda su cólera.

—¿Por qué has venido, so puta, y nos has avergonzado delante de todo el mundo? —pregunto a su hija a voz en cuello—. Más me valía haberme suicidado como honrado portero que ser deshonrado por mi propia hija. Maldita seas, no eres más que una ramera. ¡No quiero saber nada más de ti! ¡Abandona ahora mismo mi casa!

Aunque la madre intentó calmarlo, sólo consiguió empeorar las cosas. El viejo estaba furioso porque se había revolcado por el fango la honra del portero de una fábrica. Tal como había dicho cien veces, papá Bartel había envejecido con honra y ahora, cuando ya tenía un pie en la tumba, sufría esta humillación a manos de su propia hija, a la que siempre había considerado un dechado de virtudes.

Jeannette escuchó la perorata en silencio. La situación le parecía tan lejana, extraña e inenarrablemente absurda que tuvo la sensación de que tenía lugar en un escenario y de que ella era parte del público que asistía a la representación de un melodrama chapado a la antigua.

Cuando papá Bartel repitió por tercera vez: «¡No vuelvas a poner los pies en mi casa, has dejado de ser mi hija!», súbitamente Jeannette se dio cuenta de que le hablaba a ella.

Entonces habló claro. En lugar de alterarse, le respondió con tono animado y familiar:

—¿Has dicho que no soy tu hija? Tal vez fuiste el responsable de traerme al mundo, pero yo no te lo pedí ni creo que, de haberme consultado, te hubiese elegido. ¿Con qué derecho me echas de esta casa? ¡Vaya buen padre! Nunca nadie me había llamado puta. Si algún hombre se hubiese atrevido, le habría destrozado la cara con las uñas. ¡Sólo mi propio padre se arroga el derecho de llamarme puta! De todos modos, no hay error: ¡estás en lo cierto! Soy exactamente lo que dices. ¡Y ahora vives de las ganancias de una puta!

El padre guardó silencio y se limitó a mirarla. Mientras todo esto ocurría, la madre se sentaba y lloraba quedamente. En su condición de mujer, con percepciones más sutiles que están prácticamente negadas a los hombres, ya había intuido la verdad. Pero su sencilla prudencia, conquistada a lo largo de una vida de sacrificios, le había enseñado a no ahondar innecesariamente en cuestiones en las que es mejor abstenerse. Le pareció más sensato ignorar la verdad; de esa forma, la vida se hacía más llevadera.

Jeannette estaba deseosa de poner las cartas sobre la mesa y acabar con aquella historia. Aunque desde el primer momento le había desagradado su papel de viuda de millonario, las palabras habían surgido de sus labios debido a las insistentes preguntas sobre el origen de sus bienes. Pero ya estaba harta de tanta simulación, pese a que se proponía pasar una temporada muy breve en Charlottenburg.

—Sí, ganancias de puta —repitió con ahínco—. Dos, tres, cuatro dólares equivalen a un hombre. Ahora puedes calcular cuántos tuve y cuántos hicieron falta para evitar que os suicidaraís con el gas. ¡En cuanto a tu honrada vida de vigilante, no es un gran honor que te entierren como suicida! De todos los hombres que acudieron a mí, nadie me llamó ramera, ni los borrachos ni los marineros que llegaron de largos viajes y se comportaron como toros jóvenes. Todos me dieron amable y cortésmente las buenas noches al irse y la mayoría añadieron un cortés y sincero: «muchas gracias, señorita,». ¿Quieres saber por qué? Porque jamás engañé a nadie. Lo que tú llamas honor no es lo mismo que mi honor. Mi honor y mi orgullo consisten en que todo el que viene a verme recibe un trato justo. Siempre he dado lo que valía y hoy, con toda mi experiencia, valgo más que nunca. Ahí están mi orgullo y mi honor: nunca engaño a nadie. ¡De acuerdo, soy puta! Pero tengo dinero mientras que tú, con tu honor de vigilante, no tienes nada. Nadie te dará nada a cambio de tu honor. Y si no te doy dinero para gastos, te pasas todo el día encerrado y con tus quejas conviertes en un infierno la vida de mamá. ¡Si te da placer, puedes salir corriendo a la calle y contarle a todo el mundo que la viuda del millonario argentino es una ramera! Me trae sin cuidado. Me importa un rábano. Tengo el visado y, aunque no pensaba irme este mes, me marcharé

en una hora. Aún puedo pasar buenos ratos durante varias semanas en Schevenigen y en Ostende, puedo pagármelo. Después volveré a trabajar. Necesito quince mil más para cumplir mis objetivos. Ahora haz el favor de dejarme en paz. Quiero vestirme y preparar los baúles.

Papá Bartel abandonó el dormitorio como un autómata.

—Cuida de papá —pidió Jeannette a su madre—. No le dejes solo, podría cometer una barbaridad.

Mamá salió del cuarto. Jeannette guardó sus cosas de prisa y en menos de media hora estaba en el pasillo, con los baúles llenos y cerrados con candado. Bajó hasta el cuarto piso para pedir un taxi por teléfono.

Antes de que el matrimonio de ancianos tuviera tiempo de recobrar la sensatez, el taxista tocó el claxon y Jeannette le pidió que subiera a buscar su equipaje. Sacó doscientos dólares del bolso, los dejó sobre la mesa y se despidió de su madre con un beso. Sostuvo serenamente la cabeza de su padre entre las manos, lo besó y dijo:

—Adiós, mi querido padre. No pienses demasiado mal de mí ni hagas una tragedia. Entiéndeme, podría haber muerto de fiebre tifoidea. Necesitaba dinero para las inyecciones y el tratamiento en el hospital y así empezó todo. Cuando recobré la salud, aún estaba demasiado débil para trabajar, por lo que esta historia siguió su curso. Ha salvado mi vida y las vuestras. Por eso... Ahora que lo sabes todo, puedes deducir los detalles por ti mismo. Bueno, adiós. ¡Quién sabe si volveré a veros en esta vida!

El anciano padre se echó a llorar, la abrazó, la besó y dijo:

—Adiós, pequeña. Soy viejo, eso es todo. No debes preocuparte. Tú sabes bien cómo son las cosas. Escríbenos alguna vez. Mamá y yo siempre nos alegraremos de recibir tus noticias.

Jeannette partió. Con el tiempo, los viejos aceptaron las ganancias inmorales y Jeannette les envió dinero todos los trimestres, dinero que jamás rechazaron. El honor sólo se sustenta en quien no se muere de hambre, ya que depende de la cantidad de comidas que se hacen al día, de

cuántas le gustaría a uno comer y de cuántas no come. Por eso existen tres categorías y tres concepciones distintas del honor.

—Entonces fui a Santiago de Chile, luego a Lima, a Perú, y finalmente llegué aquí —Jeannette prosiguió el relato—. Para hacer negocios en este país hay que conocer el paño y comprender a los hombres. La competencia es muy fuerte.

—No podrás seguir haciéndolo eternamente —comenté.

—Claro que no. Lo más triste de este mundo es una anciana dama sentada a la puerta de su casa o haciendo la calle y prestándose a actos que las jóvenes rechazarían tajantemente. Continuaré en este oficio hasta cumplir los treinta y seis y luego me retiraré. He ahorrado, nunca me interesó darme la gran vida ni hacer grandes gastos. ¿Quieres saber cuánto tengo en mi cuenta del banco norteamericano de esta ciudad? No me creerías... De todos modos, carece de importancia. Más adelante compraré una pequeña propiedad en Alemania o una granja en Canadá y me casaré.

—¿Te casarás?

—¿Por qué no? Claro que me casaré a los treinta y seis, que es la edad en que una mujer realmente empieza a gozar de la vida. Pretendo que mi vida y mi matrimonio sean algo que valga la pena. Al fin y al cabo, tengo experiencia, comprendo a los hombres y proporcionaré a mi marido tal vida y tal lecho que apreciará el tesoro que soy.

—Jeannette, corres graves riesgos. El mundo es pequeño, muy pequeño y un encuentro azaroso con... bueno, seamos sinceros, con un conocido de tres o cinco dólares podría destrozar tu matrimonio.

Jeannette rió.

—En mi caso, imposible. ¡Aún no me conoces! Como le dije a mi padre, mi honor consiste en no engañar jamás a nadie, menos aún a mi marido cuando lo tenga. Antes de que llegemos a un acuerdo mutuo, le contaré francamente cómo conseguí el dinero. Si lo supera, diré: «Está bien, en ese caso nos casaremos con las siguientes condiciones: ¡nunca me reprocharás cómo amasé mi fortuna y yo nunca te reprocharé que hayas aceptado mi

dinero sin chistar!». Administraré mi dinero, pero él tendrá lo suficiente para no tener que pedírmelo constantemente. Antes que nada, lo someteré a una carrera de prueba... ¡así sabré que no apuesto a caballo equivocado!

Así concluía su historia Jeannette.

El hombre que consiga a Jeannette tendrá motivos para estar agradecido. Si no es mojigato, descubrirá en una semana, sí, o en una noche, que Jeannette vale cinco veces su fortuna, ya que jamás permitirá que el matrimonio se torne aburrido. ¡Cómo sé por propia experiencia, Jeannette no deja deseo sin cumplir!

Nos presentamos en la panadería alrededor de las once y media. Para llegar al dormitorio y ponernos la ropa de trabajo, tuvimos que atravesar la panadería, donde los hombres trabajaban como burros.

El maestro panadero nos vio y consultó la hora.

—Son casi las doce —declaró.

—Ya lo sé —repliqué—, acabamos de ver el reloj de la catedral. Ya que estamos hablando, quiero decirle que para mí se acabó.

—¿Desde cuando?

—Desde este mismo momento.

—Será mejor que avise al viejo. Está en el café.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo diga. Entré por el café.

—Yo también me largo —Antonio se unió a mí.

—¿Por qué diablos tenéis que marcharos? —inquirió el maestro panadero.

—No somos un par de novatos dispuestos a quedarse y trabajar dieciocho horas diarias —respondió Antonio.

—Habéis estado bebiendo —declaró el maestro.

Antonio se puso beligerante:

—¿Cómo dice?

—Deberías permitirme decir que son casi las doce —replicó el maestro panadero—. No hemos parado desde las diez y hay muchísimo trabajo.

—Puede decir lo que quiera, pero no a nosotros —intervine—. Ya no es nuestro jefe.

—Entendido —dijo el maestro panadero—. En ese caso, desapareced ahora mismo. No es necesario que durmáis aquí y por la mañana no habrá desayuno para vosotros.

—No le pedimos nada y, si hubiéramos querido desayunar, no le habríamos pedido a usted el favor —apostilló Antonio.

Concluida la discusión fuimos al dormitorio, metimos nuestros harapos de trabajo en un saco de azúcar vacío y estábamos a punto de salir cuando repentinamente Antonio recordó algo.

—Espera un momento. Hemos dejado dos pesos en el zapato viejo y será mejor que los recobremos. ¡No les dejaremos nuestro dinero para que compren fotos nuevas!

Recogimos nuestros pesos y una vez más atravesamos la panadería.

—¿Quién arrancó las fotos? —quiso saber el checo.

—Nosotros. ¿Hay algún problema? —se encabritó Antonio—. Hable de una vez. Estamos de humor para responder. Supongo que podemos hacer con nuestras fotos lo que nos dé la realísima gana.

—No sabía que eran vuestras. De todos modos, no había por qué romperlas —opinó otro trabajador.

—No me gustan las fotos verdes —respondió Antonio—. Si queréis tener ese tipo de cosas mirándoos a los ojos, compradlas con vuestro dinero. Nosotros no las necesitamos, ¿verdad, Gales?

—¡Claro que no! Me alegra decir que no las necesitamos —me expresé con gran convicción.

Fuimos a ver a Doux y le pedimos que nos pagara lo que nos debía.

—Volved mañana.

—Conocemos demasiado bien sus mañana —replicamos.

Antonio depositó su saco en el suelo, se inclinó sobre el mostrador acercándose a Doux y alzó la voz:

—¿Nos dará o no ahora mismo nuestro dinero? ¿Tendremos que llamar a la policía para que nos pague nuestros salarios?

—Deja de gritar o los clientes te oirán —dijo Doux en voz baja y se llevó la mano al bolsillo—. Os pagaré. Jamás he quedado a deber un centavo del salario. ¿Queréis una cerveza?

—A mí no me vendría nada mal —respondió Antonio—. No somos tan orgullosos como para rechazarla.

Nos sentamos a una mesa y el camarero nos sirvió la cerveza.

—No debemos regalar al viejo roñoso de Doux la cerveza —comenté—. Debía de estar convencido de que la rechazaríamos; de lo contrario, jamás nos la habría ofrecido.

—Seguro —coincidió Antonio—. ¡Por eso acepté, aunque en realidad no tenía sed!

Doux no nos preguntó los motivos por los que nos íbamos. En esta casa las partidas súbitas eran la norma, pero Doux no se enteraba y no intentó convencernos de que nos quedáramos ya que, por experiencia, sabía que habría sido inútil.

Se acercó a la caja, retiró el dinero, lo trajo, lo dejó en nuestra mesa y desapareció detrás de la barra sin decir esta boca es mía ni mirarnos.

Antonio y yo nos dirigimos a un puesto donde bebimos una taza de café y donde la encargada nos permitió dejar los sacos hasta la mañana siguiente, ya que pensábamos volver a desayunar. Luego retornamos con las chicas, donde la vida era más agradable que en la panadería.

Al día siguiente, luego de holgazanear toda la mañana en los bancos del parque, acudimos a una pensión, donde cada uno reservó una cama previo pago de cincuenta centavos y depositó sus bártulos en la sala de equipajes.

Nos apuntaron en el registro y nos asignaron número de habitación y de cama. Cada habitación contenía de seis a ocho camas, dispuestas azarosamente donde había sitio suficiente.

Los baños estaban disponibles a cualquier hora del día o de la noche y cada ducha costaba veinticinco centavos. Por esa cifra te daban jabón, toalla y un trozo de rafia, una especie de esponja de paja. En lugar de grifo regulador de agua, había una cadena, lo que te obligaba a lavarte con una mano mientras con la otra accionabas la cadena para que siguiera fluyendo agua. Si te enjabonabas con ambas manos, el agua dejaba de salir. Obviamente, era un modo de ahorrar. Después de darnos una ducha, nos acostamos dispuestos a dormir una larga siesta.

Alrededor de las ocho de la noche nos levantamos y fuimos a la ciudad, con la intención de regresar más tarde. Entramos en un bar. Vimos a un hombre alto que bebía tequila; llevaba botas de montar con espuelas, su cara estaba curtida por la intemperie y lucía un tupido bigote.

—¡Hola, vosotros! —gritó cuando nos íbamos—. ¿Buscáis trabajo?

—Puede que sí. ¿Qué tipo de trabajo y dónde?

—Se trata de recolectar algodón en Concordia para Mr. G. Masón. La paga habitual de un recolector, y la plantación está cerca del ferrocarril. El billete sólo cuesta tres pesos setenta.

—¿Usted está autorizado a contratar personal?

—Por supuesto. De no ser así, no os habría dicho nada.

—De acuerdo, anótelos en un papel.

Pidió un papel al camarero, sacó un gastado lápiz del bolsillo de la camisa y garabateó algo.

Leí la nota: «Mr. G. Masón, Concordia. Este hombre va a la recolección. L. Wood».

Aunque hablé con Antonio la posibilidad de aceptar este trabajo, el mestizo la descartó. A la mañana siguiente me despedí de Antonio en la pensión y cogí el tren a Concordia.

Al llegar encontré enseguida a Mr. Masón; estaba en el algodonal, donde ya había muchos recolectores y se trabajaba sin parar. Cuando Mr. Masón

vio mi nota, preguntó:

—¿L. Wood? No lo conozco. Jamás le pedí que me enviara recolectores pues no los necesito, ya tengo bastantes.

—¿Es usted Mr. G. Masón?

—No, soy W. Masón.

—¿Vive por aquí un tal G. Masón?

—No.

—Entonces tiene que ser usted. La G. debió de ser un error, ya que usted está recolectando algodón. ¿Cómo es posible que Mr. Wood, si es que realmente se llama así, sepa que aquí vive un tal Mr. Masón que acaba de comenzar la cosecha del algodón?

El dueño de la plantación puso expresión de sorpresa.

—No tengo ni idea, sé tanto como usted. Además, no conozco a nadie apellidado Wood y mi nombre de pila empieza con W en lugar de con G.

—Es una mala pasada hacer que alguien gaste en el billete del tren cuando prácticamente está sin blanca —afirmé—. Le diré una cosa, Mr. Masón, aquí hay gato encerrado. Alguien ha robado mi tiempo y mi dinero.

—Si está dispuesto, puede empezar a trabajar en la recogida —Mr. Masón se ablandó—, pero no le servirá de nada. Sólo he contratado a indios y trabajan barato, a una tarifa muy, muy baja. Además, por aquí no tendrá dónde vivir.

—No es necesario que me dibuje un mapa para saber cuál es la situación —puntalicé.

—¿Alguna vez ha trabajado de carpintero?

—Soy un ebanista experimentado.

Para no morir de hambre en estos parajes, hay que ser capaz de hacer un poco de todo. No tenía la menor noción de carpintería pero pensé que, en

cuanto tuviera el trabajo y una herramienta en la mano, todo marcharía sobre ruedas.

—Si sabe carpintería, puedo conseguirle un trabajo —insistió Mr. Masón—, Conozco a un granjero que está construyendo una nueva casa con sus propias manos y que no puede seguir adelante pues no sabe nada de ebanistería. Le daré una nota para que vaya a verlo. Sólo vive a una hora de caminata desde la estación.

Hacía muchos años que había dejado de chuparme el dedo. Sabía claramente que ningún granjero necesitaba un carpintero y que Mr. Masón sólo intentaba librarse de mí antes de que le reclamara el dinero del billete. Sin duda, había pedido a Mr. Wood que le enviara recolectores y en el ínterin había contratado a indios por un salario inferior. Es el tipo de jugarretas que les gastan a los desempleados; reclutaban peones en toda la región pues no sabían cuántos se presentarían. Dondequiera que tenían amigos o conocidos, los dueños de plantaciones hacían correr la voz de que necesitaban recolectores y siempre había un puñado de ingenuos y pobres de pedir que gastaban sus últimos pesos en el billete de tren. Así el hacendado elegía a los trabajadores más baratos y, por si esto fuera poco, reducía el salario de los recolectores, ya que el trabajador migratorio no tenía dinero para largarse y se veía obligado a recoger algodón por una cifra tan misérrima como tres centavos el kilo.

No tenía sentido discutir con Masón, ya que el único modo de ajustarle las cuentas habría sido propinarle un puñetazo. Sin embargo, llevaba un revólver en el bolsillo trasero y, por mucho que apuntara con los puños, estos no podían hacerle frente a las balas chapadas en níquel.

Tuve que volver a la estación y, una vez allí, pensé que no me costaba nada visitar al granjero. Todo era tal como lo había imaginado: no necesitaba un carpintero, pues sabía lo suficiente para construir por su cuenta una sólida casa con la ayuda de tres indios. El hecho de pedir trabajo me permitió conseguir una buena comida. El granjero confirmó que Masón era el peor estafador que quepa imaginar y que todos los años apelaba al mismo truco, por lo que la llegada de blancos que buscaban trabajo le permitía reducir al mínimo absoluto el salario de los indios. Esos pobres individuos,

que durante el resto del año prácticamente no tenían ningún otro ingreso, se resignaban a la reducción constante de sus salarios al ver que hasta los blancos suplicaban trabajo como recolectores de algodón.

Después de tantos meses de trabajo en la panadería, cuando regresé a la ciudad sólo llevaba dos pesos en el bolsillo. Me dirigí a la pensión, donde esperaba encontrar a Antonio, pero no estaba. Nunca se acostaba antes de las doce, ya que la vida alcanzaba su mejor momento en el frescor del anochecer, cuando las chicas bonitas paseaban por la plaza al son de la orquesta. Decidí ir a buscarlo.

Como no lo encontré en ninguna plaza, pensé que podía estar en el casino. Éste se encontraba en la planta alta de cierta gran casona que en la planta baja albergaba un bar. Aunque en las salas de juego no se despachaba alcohol, se podía beber gratis agua fresca. Entré tal como estaba, sin chaleco ni chaqueta, dado que a dueños y administradores no les importaba lo que los clientes se ponían a la espalda, sino lo que llevaban en los bolsillos. Un hombre con vestimenta de trabajador podía guardar en los bolsillos del pantalón la paga de dos o tres meses como perforador petrolífero. Cuanto más manchados de grasa y embarrados los pantalones, la camisa, el sombrero y las botas, mayores posibilidades había de que tuviera dos o tres mil pesos y hubiese ido al local con la intención de duplicar esa cifra.

Dos hombres estaban sentados a una mesa pequeña situada en el rellano y observaban a los que subían. Conocían a todos los que habían visitado con anterioridad el local y tenían buena memoria para las caras de los que tenían la entrada prohibida por haber mostrado mala conducta. Si un cliente decía que el croupier le había estafado, éste abonaba los diez o veinte pesos en cuestión sin pestañear, aunque la banca tuviera razón. Y a aquel jugador no se le permitía volver a poner los pies en el local.

Naipes y dados se cambiaban sin dilaciones si un jugador sospechaba que perdía debido a algún tipo de manipulación; en realidad, la banca nunca engañaba. Si alguien hacía trampa, eran los clientes. La banca sabía que daba buenos beneficios jugar con absoluta rectitud.

La sala de juego estaba llena a rebosar y, de no ser por la multitud de abanicos y ventiladores, el calor habría vuelto imposible toda estancia prolongada. Había ruletas, mesas de póquer, de bacarrá y de partidas de «diecisiete y cuatro». Una de las mesas estaba atendida por un chino que formaba parte del consejo de administración. Este local se llamaba Jockey Club y sólo se admitía a los socios; convenientemente, uno se convertía en socio nada más entrar. Aunque la ley exigía que cada jugador tuviera su tarjeta, nunca se pidió a nadie que la enseñara y mucho menos a un blanco.

Había acertado: Antonio estaba allí. Se encontraba junto a una mesa de dados en la que jugaba un «timonero», alguien pagado para provocar el interés por las mesas vacías. Con cada lanzamiento el timonero elevaba la apuesta y al final apostaba veinticinco pesos por jugada, lo que llamó la atención de los clientes de otras mesas. La gente sintió curiosidad por la apuesta elevada, se acercó y se apiñó para observar al intrépido jugador. Obviamente, el timonero tenía la suerte de cualquier jugador, pero no apostaba su dinero, sino el de la banca. Los clientes menos duchos ignoraban que ese individuo era un timonero. En consecuencia, en pocos minutos la mesa quedó rodeada por unos doce hombres entusiasmados que observaban la caída de los dados y calculaban mentalmente las combinaciones y los intervalos en que se repetían los números. Se pusieron a jugar en cuanto llegaron a la conclusión de que ya habían calculado las combinaciones. Aquella mesa de dados, que diez minutos antes había estado vacía y con sólo el croupier al lado, se convirtió entonces en el centro de atención. Se ocuparon todos sus puestos e incluso se formó una cola.

La mesa de bacarrá se vació de jugadores y eso dio al croupier la posibilidad de cuadrar cuentas, cambiar fichas y preparar una nueva baraja. En cuanto estuvo de nuevo en condiciones y el croupier de la mesa de dados empezó a sudar la gota gorda, aparecieron un par de timoneros que se pusieron a jugar en la mesa de bacarrá. Gradualmente la partida de dados perdió ímpetu mientras se formaba un corro alrededor de la mesa de bacarrá.

En un rincón se subastaba una banca. La puja comenzó por cinco pesos, luego se ofrecieron diez y al final se adjudicó por sesenta. Miré al hombre que la había comprado.

—Maldito seas, Leary, viejo amigo, ¿qué haces aquí? —grité, pues había trabajado con Leary en el yacimiento petrolífero—. Leary, cruzaré los dedos por ti, sube a trescientos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Gales —respondió también a gritos.

Los que nos habían oído rieron y se acercaron a la mesa en la que Leary se disponía a hacerse cargo de la banca. Comenzó el juego. Leary tuvo que sacar y sacar dinero: cien, doscientos, trescientos. Mostró fajos y los empujó hacia los ganadores. Se había quedado sin fichas.

—Maldita sea, Gales, ¿qué está pasando?

—¡Leary, no te preocupes e invierte todo lo que tienes!

—De acuerdo, lo haré. Pero te seguiré hasta el fin del mundo si me quedo sin blanca —replicó Leary.

—Insiste. Respaldo los trescientos según acuerdo de caballeros.

Tenía dos pesos en el bolsillo.

Leary continuó con las apuestas: cuatrocientos, quinientos, seiscientos, setecientos. Estaba rojo como un tomate y parecía a punto de reventar. Sacó un pañuelo y se secó el sudor humeante que cubría su cara.

Destaparon las cartas una vez más. Ganó su banca. Crucé los dedos con fuerza. La banca volvió a ganar. Leary se puso en pie y anunció:

—Quiero subastar la banca.

Cuando nos reunimos y nos dimos la mano entre los congregados, le pregunté:

—Leary, ¿cuánto has ganado?

—¿Ganado? ¿Cuánto he ganado? No lo sé con exactitud. Pero toma, es tuyo. —Me entregó doscientos pesos.

Sin duda, los había ganado. Pero Leary no me reveló cuánto había ganado, aunque lo cierto es que debió de irse con un fajo bastante grueso.

Los billetes llegan y se van con gran facilidad. Como esos doscientos pesos no fueron tan fáciles de conseguir, los cuidé. Presté quince a Antonio para que alquilara un puesto de cigarrillos y lo aprovisionara. El alquiler del diminuto puesto, con toldo de rayas para aislarlo del sol ardiente, ascendía a nueve pesos mensuales.

El impuesto diario del puesto de Antonio era de quince centavos. Todas las mañanas el recaudador municipal se presentaba a cobrarlo y daba a Antonio un recibo sellado que debía mostrar al funcionario que aparecía por la tarde para cobrar a los que no habían pagado por la mañana. Este modesto impuesto diario era todo lo que tenías que pagar a las autoridades para montar un puesto callejero.

Si no se vendía mucho, Antonio le decía al recaudador: «Hoy apenas he ganado para el almuerzo» y el funcionario suspendía el impuesto de aquel día. Creía en la afirmación de pocas ventas que hacía el vendedor callejero, del mismo modo que el vendedor creía al recaudador si en alguna ocasión éste decía algo extraordinario. Confianza por confianza.

De hecho, Antonio no ganaba mucho,. Un día un peso, al siguiente dos pesos... y casi nunca más de dos. Pero era más descansado que la panadería, aunque trabajaba prácticamente la misma cantidad de horas. A veces Antonio permanecía en el tajo desde las cinco de la mañana hasta medianoche.

Cada día le compraba uno o dos paquetes de cigarrillos y de este modo reducía su deuda conmigo. Llevó mucho tiempo, pues cada paquete sólo costaba diez centavos. Algunas cajetillas traían premios de diez, veinte o cincuenta centavos, que Antonio abonaba de su propio bolsillo. A la larga los fabricantes devolvían esas cantidades, pero el desembolso era excesivo para mi buen amigo.

Sentado en un cajón de embalaje junto a su puesto y recordando viejas anécdotas, una tarde le pregunté:

—¿Por qué aquella vez no viniste a recoger algodón conmigo? Igual que yo, tenías dinero para el billete.

—Eso es: tenía dinero para el billete. ¡Exactamente por esa razón no fui! Te advertí, pero no quisiste creerme. La próxima vez no te timarán tan fácilmente.

—Nunca se sabe por adelantado si va o no en serio. El año pasado la propuesta era auténtica —le recordé.

—Sí, es cierto, puede ser algo auténtico, trabajo justo y digna paga de recolector, pero estoy hasta la coronilla. Hace tres años fui a recolectar algodón. ¿Quieres saber qué pasó?

—Sí.

—Cuando se cumplió la primera semana, reclamamos nuestro salario y el hacendado dijo que sólo podía adelantarnos un peso a cada uno, cantidad que ni siquiera alcanzaba para pagar los alimentos de la siguiente semana. Añadió que no nos podía adelantar un solo centavo más porque no tenía dinero, pero que si necesitábamos provisiones podíamos retirarlas de su tienda. Como no podíamos estar sin comer, le compramos alimentos. A partir de ese día, no nos dio efectivo sino vales de su tienda y nos cobró por las cosas que le compramos casi el doble de lo que habríamos pagado en la ciudad. En su tienda, el tabaco de ochenta centavos costaba un peso cuarenta. Una camisa de tres pesos subía a seis. Y otro tanto ocurría con el café, la harina, los frijoles... con todo. Una vez recolectado el algodón y deseosos de ajustar las cuentas y cobrar nuestro salario, el hacendado nos dijo, con todo descaro, que no tenía efectivo y que podíamos cobrar lo que nos debía en artículos y mercancías. ¿Y de qué nos servían? Necesitábamos dinero contante y sonante para regresar a la ciudad.

—Antonio, ¿lograste cobrar aquel dinero?

—No. Tuvimos que irnos a pie. Dijo que le escribiéramos dándole nuestras señas y que en octubre nos enviaría el dinero. Jamás envió un solo centavo y hasta hoy nos debe aquellos salarios. Por lo tanto, aquellas ocho semanas recolectamos algodón a cambio de nada.

—Ahora ya no tiene solución —comenté—. Siguen usando las mismas tácticas que durante la dictadura de Díaz. ¡Pero no te preocupes, Antonio, todo esto tocará a su fin antes de que la revolución esté totalmente cumplida!

—Yo no estaría tan seguro. Siempre consiguen más brazos; son distintos porque cada año hay una nueva cosecha de pipiolos, hombres que saben que en la ciudad morirán de hambre, que quieren trabajar en una faena honrada. Pero es posible que la situación mejore. Ahora tenemos buenos gobernadores en unos pocos estados, elegidos por los trabajadores. Por ejemplo, en San Luis Potosí y aquí, en Tamaulipas. Hace poco los gobernadores hablaron en una concentración de obreros y se comprometieron a tomar medidas. El gobernador de este estado está preparando la reglamentación por la cual los dueños de plantaciones de algodón tendrán que depositar veinticinco pesos por cada recolector y pagar el billete de vuelta. Por algo se empieza. Gales, hasta ahora los hacendados han hecho lo que les dio la gana con nosotros, los pobres diablos. Cuando no consigan un solo recolector, se quejarán de que la cosecha se les pudre y dirán que el responsable es el Sindicato de Obreros Agrícolas y que habría que disolverlo. Y después dirán que los indios son inútiles y que los peones prefieren vivir como bandidos antes que soportar una jornada honrada de trabajo. Nadie puede convencerme de semejante disparate. ¿Quieren que yo vaya a recolectar algodón? ¿Por quién me toman? Antes prefiero criar malvas o robar. ¿Has visto por aquí a algún hacendado pobre? Yo no. Puede que tenga dificultades los tres primeros años, pero en cuanto empieza a trabajar la tierra, el negocio es más seguro que una mina de oro. Pero no se dan por satisfechos, pretenden convertirlo en una mina de diamantes engañando a los peones a la hora de pagar los salarios. ¡Cabrones!

Antonio tenía razón. Tomé la decisión de acabar, de una vez por todas, con mi carrera de recolector de algodón. Como de eso no se sacaba nada, carecía de sentido. ¿Qué significaba para mí el consumo europeo de algodón? Si allá querían algodón, que vinieran a recogerlo. Así se enterarían de lo que significa recoger algodón. Emocionado con esta

sabiduría mundana recién conquistada, dejé el puesto de Antonio y fui al bar a tomar café con panecillos.

XX

En el bar, a mi lado, se encontraba un norteamericano, un hombre entrado en años que, por su aspecto, era ranchero.

—¿Busca algo? —preguntó.

—¡Sí, el azúcar!

Me pasó el cuenco esmaltado.

—No me refería al azúcar —añadió sonriente—. Era un modo de preguntarle si le gustaría ganar dinero.

—Siempre me ha gustado ganar dinero —respondí.

—¿Alguna vez ha separado ganado?

—Crecí en medio de las vacas.

—¡En ese caso, tengo trabajo para usted!

—¿De verdad?

—Mil reses, incluidos sesenta toros pesados, deben recorrer por tierra los quinientos sesenta kilómetros que separan mi rancho del puerto al que se han de llevar. Partimos hacia el rancho mañana a primera hora.

—¡Acepto! —le estreché la mano—. ¿Dónde firmamos el contrato?

—En el vestíbulo del Hotel Palacio a las cinco.

El ganado no se podía transportar por ferrocarril pues no existían posibilidades, vagones para ganado ni puntos de carga. En lo que se refiere al recorrido por tierra, sólo había unas pocas carreteras y era necesario atravesar varias cadenas montañosas, rodear ciénagas y vadear ríos. Cada día había que encontrar pastos y agua.

—¿Ha dicho quinientos sesenta kilómetros? —Pregunté al ranchero cuando nos reunimos para acordar las condiciones—. ¿En línea recta?

—Sí, en línea recta —replicó el ranchero, que respondía al nombre de Mr. Pratt.

—Maldición, podrían convertirse en mil kilómetros.

—Lo dudo. Tal como lo he calculado, quizá sea posible seguir una ruta bastante directa.

—¿Cuál es la paga?

—Seis pesos al día. Yo le proporciono caballo, silla y equipo. Se cocina su comida durante el trayecto. Enviaré a seis hombres a los que los animales están acostumbrados, quiero decir indios. También lo acompañará el capataz, que es mestizo. Es un buen hombre, alguien de fiar. Aunque podría confiarle las reses..., prefiero no hacerlo. Si las vendiera durante el trayecto y pusiera pies en polvorosa, yo no podría hacer nada. ¡Su esposa y sus hijos viven en mi rancho, pero eso no me da la más mínima seguridad! En este país, uno podría buscar por siempre jamás a individuos como él. Además, no me gustaría entregarle tanto dinero y, por otro lado, no puedo enviarlo sin blanca. Durante la conducción se producen muchos gastos y no es justo tentar a nadie de esta manera. En cuanto a mí, no puedo estar tanto tiempo alejado del rancho. Los bandidos rodearían mis tierras antes de lo que canta un gallo. Por eso me gustaría contratar a un gringo como usted para que se haga cargo de conducir el ganado.

—Ni yo mismo sé si soy tan honrado como usted supone. Al menos todavía —añadí sonriente—. También sé desaparecer con el ganado. Al fin y al cabo, me acaba de conocer usted en la calle.

—Sé juzgar a alguien por su cara —añadió Mr. Pratt. Hizo una pausa y apostilló: —Si quiere que le sea sincero, no confío exclusivamente en la suerte: le conozco.

—¿Me conoce? ¿De qué?

—¿No trabajó para un hacendado apellidado Shine?

—Sí.

—Lo vi allí. Mr. Shine me aseguró que puedo confiar en usted. Así que tendrá su contrato, conducirá el ganado y le adelantaré dinero para los gastos diarios.

—¡De acuerdo! ¿Y qué me dice de la gratificación sobre el contrato?

Mr. Pratt guardó silencio unos instantes, sacó una libreta, hizo algunos cálculos y respondió: —He alquilado tierras de pastoreo cerca del puerto, a tres kilómetros del mercado de la terminal principal. Están perfectamente cercadas. Allí esperaré a que los compradores de ganado vengan a verme y probablemente recibiré pedidos para cargar varios barcos. De no ser así, venderé el rebaño en lotes pequeños. Cuento con un intermediario excelente y de mucha confianza que durante años ha trabajado para mí y que siempre consiguió buenos precios...

—Todo eso es muy interesante, ¿pero qué hay de mi contrato y mi gratificación? —le interrumpí.

—Está bien. Por cada res que conduzca, sana y salva de los cuernos a los cascotes, le pagaré sesenta centavos adicionales. Si tiene pérdidas inferiores al dos por ciento, también le daré una gratificación de cien pesos, además de la paga.

—¿Qué me dice de las pérdidas?

—Le restaré veinticinco pesos por cada cabeza perdida que supere el dos por ciento —respondió Mr. Pratt.

—Espere un momento —pedí. Hice unos cuantos cálculos rápidos en un periódico—. Acepto. Déme una copia del contrato.

Arrancó una hoja de su libreta, escribió en lápiz las condiciones del contrato, la firmó y me la entregó.

—¿Cuáles son sus señas? —Quiso saber.

—¿Mis señas? ¡Vaya tontería! —En realidad, yo no tenía domicilio fijo—. Digamos que vivo aquí, en el Hotel Palacio.

—Muy bien.

—¿Cuál es la situación en este momento? ¿Ya han separado el ganado?

—No, de momento no hemos separado ni una sola cabeza. Habrá unos pocos añales, pues el grueso del rebaño se compone de animales de dos y tres años. Ah, sí, también verá algunos de cuatro años. Le ayudaré a separarlos.

—¿Están todos marcados con hierro?

—Absolutamente todos. Este asunto no plantea dificultades.

—¿Qué puede decirme de los toros guía?

—Ese es su problema, tendrá que verlos.

—Estoy de acuerdo. Me las arreglaré para elegirlos.

Mr. Pratt se puso de pie.

—Ahora tomaremos una copa y luego cenará conmigo. Después tendré que ocuparme de algunos asuntos personales.

No me incumbían sus asuntos personales. Las cosas de los demás nunca despiertan mi curiosidad; ése es uno de los motivos principales por los que sigo vivo.

Después de la cena, antes de despedirnos, Mr. Pratt me preguntó qué cantidad quería de adelanto.

Nada —repliqué.

—¿Cómo? ¿No necesita un adelanto? —Parecía sorprendido—. Es realmente extraño. ¿Cómo es que tiene efectivo encima?

—Gracias al casino.

—¡Vaya, vaya! Gales, esta noche yo intentaré conseguir dinero por los mismos medios. Tal vez gane su paga y su gratificación.

—No será de mí, Mr. Pratt. Ni siquiera me verá en el casino porque estoy decidido a conservar lo que tengo.

—Gales, no me gustaría ganarle a usted, prefiero que venga de otros. Siempre hay un puñado de locos de los yacimientos petrolíferos que están desesperados por quitarse de encima dinero en efectivo. Organizaré una mesa con dos o tres petroleros. Si quiere aprender cómo se hace, venga a verme.

—¡No, gracias, no me interesa! —respondí, y seguí mi camino.

A las cinco de la mañana siguiente subimos al tren; nos esperaba un trayecto de dieciséis horas en expreso hasta el rancho de Pratt. Sabía que podría considerarme afortunado si conducía el ganado hasta la terminal en treinta y dos días.

El tren expreso era muy cómodo y se había fabricado en Europa. Sólo había vagones de dos clases —primera y segunda—, ya que en México había menos categorías que en algunos países de Europa, donde existían cuatro. En este país, el billete en primera costaba poco más que el doble del de segunda, pero se viajaba igual de rápido en una clase que en otra y la segunda no era nada incómoda.

Los asientos de primera se disponían en dos hileras con un pasillo intermedio y los pasajeros miraban hacia delante. En segunda, donde casi siempre viajaban los indios más pobres, los bancos ocupaban los lados del vagón y había más asientos en ángulo recto con respecto a los bancos. Todos los asientos carecían de tapicería, si bien la mayoría de los pasajeros de segunda acarreaban suficientes mantas y bultos para estar mullidos. Las enormes locomotoras se alimentaban a petróleo y debían producir una gran energía para cruzar algunas de las pendientes ferroviarias más elevadas del mundo. Detrás del tender con el petróleo viajaban los vagones de equipaje y el furgón postal. Luego había dos largos vagones de segunda, uno enorme de primera y al final el coche cama pullman.

En la delantera de los vagones de segunda había un destacamento de doce a dieciocho soldados, con los rifles cargados, y un oficial al mando. Era una precaución imprescindible contra los ataques de los bandidos; pese a la presencia de tropas, aún se producían ataques. Las batallas que se desencadenaban entre soldados y bandidos solían durar varias horas y suponían varios muertos.

No existían pasos a nivel con señales automáticas y, menos aún, guardavías. El tren atravesaba a una velocidad delirante selvas, montes y

valles cultivados, cruzaba praderas elevadas y la Sierra Madre Oriental, cuyas cumbres más altas están cubiertas de nieves perpetuas. Los puentes salvaban anchos desfiladeros de cuarenta, cincuenta y hasta doscientos metros de profundidad y varios kilómetros de largo; eran de caballetes de madera y el tren los recorría con una rapidez aterradora.

En ningún sitio la vía estaba aislada por una cerca, y por ella erraban vacas, caballos, burros, mulas, ovejas, cerdos, cabras y animales salvajes de todo tipo, que a veces pastaban o dormitaban entre los rieles. La locomotora soltaba un pitido que helaba la sangre para despejar la vía y a veces los animales se largaban y otras no cedían hasta que el tren paraba y uno de los soldados se apeaba y los espantaba a pedradas. En ocasiones las bestias corrían de frente hacia la locomotora o eran arrolladas sin poderlo evitar en una curva. Ambos lados del terraplén estaban salpicados de esqueletos de animales.

A ratos veíamos animales heridos, con las patas destrozadas o los cuerpos rajados, esperando la muerte, sedientos y enloquecidos bajo el sol tropical. Ningún transeúnte los mataba para aliviar sus sufrimientos porque el propietario podía estar al acecho, y era capaz de llevar al benefactor ante el juez y hacer que lo multaran con la friolera de cincuenta, cien o más pesos, por la matanza no autorizada de sus bestias. Teniendo la certeza de no ser visto, uno podía acercar la pistola a la cabeza del animal y acabar con sus padecimientos, pero en ese caso convenía largarse deprisa. Compadecerse de los animales podía llegar a salir muy caro.

A lo largo de las vías descansaban los buitres zopilotes y estaban al acecho de sus víctimas: burros, perros, gatos y cerdos muertos. En los llanos elevados y en los costeros, la vía también servía para las caravanas de burros y mulas, ya que la carretera contigua solía ser tragada por la selva o por las inundaciones de la estación de las lluvias.

Por lo general, sólo había una línea férrea. Cada treinta kilómetros aparecían grandes torres de agua, depósitos de madera montados sobre caballetes, para que las locomotoras pudieran repostar. En muchas estaciones pequeñas el tren casi nunca se detenía del todo. Alguien arrojaba una saca de correspondencia y otra entraba volando en el furgón.

También arrojaban, para que los recogiera el responsable de la consigna, bloques de hielo cubiertos de virutas y metidos en sacos de arpillera para retrasar la fusión.

Los billetes se compraban en las diversas estaciones o en el tren, en cuyo caso costaban un veinticinco por ciento más. Sin embargo, la sobretasa no se aplicaba si la estación carecía de despacho de billetes. En muchas estaciones no se expedían billetes después de las cinco de la tarde para que el encargado no se viera obligado a tener dinero en un despacho aislado cuando anochecía, situación que podía costarle la vida. En cuanto caía la noche, los billetes costaban el precio normal a bordo del tren. Durante el trayecto, recogía los billetes un revisor que colocaba en la cinta del sombrero de cada pasajero un papelito en el que figuraba el código de destino y, de este modo, contaba a los viajeros.

Los soldados solían sentarse y abrir las cartillas, ya que intentaban aprender a leer. Eran indios y muy pocos sabían leer o escribir, pero les consumía el deseo de aprender. Se ayudaban unos a otros y cuando alguien lograba escribir, se mostraba impaciente por transmitir su pericia a los demás.

Alrededor de las ocho el tren paró para que desayunáramos en una estación que se parecía mucho a un animado municipio. Mr. Pratt y yo nos apeamos y entramos en una típica cantina que, por descontado, era un café chino. A decir verdad, resultaba casi imposible encontrar un sitio donde comer que no fuera chino.

Después del desayuno deambulamos por el andén abarrotado de vendedores ambulantes que pregonaban mercancías inimaginables en una estación de ferrocarril: papagayos, cachorros de tigre, pieles de tigres adultos, iguanas vivas, flores, aves canoras encerradas en jaulas de mimbre hechas a mano, naranjas, tomates, plátanos, mangos, piñas, trozos de caña de azúcar recién arrancada, frutas confitadas, tortillas, pollo asado, pescado ahumado, cangrejos gigantes hervidos, botellas de café, limonada, cerveza, vino y pulque. Jóvenes indias harapientas y descalzas corrían a lo largo del tren y se ofrecían para servir como criadas o cocineras.

Durante los veinticinco minutos de parada del tren, la estación se convirtió en una especie de feria de atracciones. Excepto a la llegada de nuestro tren y del de la noche, dormía en una calma letal, pero ahora había el bullicio suficiente como para marearle a uno. A veces pasaba un tren de mercancías que provocaba un ligero revuelo entre los empleados del ferrocarril, pero, si no había pasajeros que se apearan y subieran al tren, la estación permanecía letárgica y soñolienta. La mayor parte de su vida cotidiana se centraba en aquellos veinte minutos de algarabía en que paraba el tren de la mañana y todo vendedor que no hacía negocios en aquel rato podía dar por fracasada la jornada.

A mediodía llegamos a una estación más grande, en la que paramos cuarenta minutos para comer. En la cantina ya había dispuestos treinta cubiertos en varias mesas grandes y la mitad de los platos estaban llenos de sopa, pues al propietario le bastaba con echar un rápido vistazo al tren para saber cuántos clientes iba a tener.

Luego llegó la larga, larguísima y agotadora tarde a través de la selva, los pastos como praderas y el monte. El tren que hacía el recorrido en dirección contraria y que se había cruzado con el nuestro a mediodía, traía la prensa matutina de la ciudad más próxima y aquellos periódicos se vendían en el tren.

A las nueve de la noche nos apeamos en la pequeña estación que correspondía al rancho de Mr. Pratt. Hicimos un alto en el camino en la cantina, que también servía como oficina local de correos. Mr. Pratt saludó al propietario, el señor Gómez, y me presentó.

Aunque en aquel tipo de locales no preparaban comidas, no había por qué ayunar; de hecho, se podía organizar una comida fantástica. Compramos una lata de salmón de Vancouver, varias de sardinas españolas en un exquisito aceite de oliva, unas pocas salchichas de Viena (fabricadas en Chicago), un paquete de queso Kraft y galletas. No había pan de ningún tipo. En aquel clima el pan se ponía malo muy pronto: se endurecía, se cubría de moho o sufría el ataque de pequeñas hormigas rojas.

Justo con el tentempié enlatado adquirimos varias botellas de la cerveza destilada por el señor Gómez y luego atacamos sus existencias de tequila.

Un rato más tarde estábamos muertos para el mundo, si no listos para el entierro. Nos dirigimos a la sala de billar de la cantina, sacamos nuestros ponchos y nos acostamos en el suelo a dormir la mona. El señor Gómez tuvo un lecho más mullido: se reunió con su esposa.

Me quedé roque pensando en una mujer o en las mujeres en general, ya no me acuerdo; a la mañana siguiente fui despertado por una mujer concreta. Se trataba de Mrs. Pratt. Había conducido el Ford desde el rancho para hacer compras en la cantina y allí encontró a su esposo, aunque no le esperaba, menos aún en el suelo de la sala de billar y borracho como una cuba.

Los inocentes han sufrido desde los albores de la humanidad. Y como yo era inocente, tuve que sufrir. Mr. Pratt era un esposo ejemplar y yo —al que había recogido en el arroyo— era el holgazán que lo había tentado, engañado y descarriado. Porque él, el bueno de Mr. Pratt, jamás habría hecho semejante cosa por su cuenta. ¡Oh, no, claro que no!

Cuando salíamos, Mr. Pratt guiñó el ojo al señor Gómez. Los hombres siempre entienden los guiños, sobre todo si los que los comparten están casados e intentan vivir en paz con sus esposas.

—Bueno —declaró Gómez—, se lleva tantas latas de sardinas, salchichas, queso —de nuevo un guiño— y dos botellas pequeñas de cerveza, mientras que Mr. Gales tomó cuatro cervezas y tres tequilas. Eso es todo. He anotado las bebidas en su cuenta.

Mrs. Pratt estaba encantada con su media naranja. (Más adelante el marido pagaría a Gómez las veinte o treinta botellas que habíamos dejado en un rincón. Tenía crédito ilimitado con Gómez.) Recibí una mirada tan desagradable de Mrs. Pratt que evalué seriamente la posibilidad de anular el contrato allí mismo. Tenía que pasar un mínimo de dos semanas en casa de Mrs. Pratt, tiempo que tardaríamos en separar el ganado para su transporte, y no era capaz de imaginar lo que esa señora sería capaz de hacerme.

Pensarlo me ponía los pelos de punta. Había arrastrado al bueno y abstemio de su marido a tal situación que incluso entonces, después de

varias horas de sueño, tenía los ojos nublados y prácticamente no podía mantenerse en pie. Es muy poco sensato beber con hombres casados. Nunca augura ningún bien. Son de una raza aparte.

Me sentí aliviado cuando Mrs. Pratt metió en el Ford a su marido habitualmente abstemio, se sentó tras el volante, encendió el motor y partió. El hecho de que me hubieran contratado no pareció preocuparla, prefería que el holgazán caminara. La idea de recorrer a pie los veinticinco kilómetros que separaban la estación del rancho me provocó tal impulso que, mientras Mrs. Pratt salía a la carretera principal, corrí detrás del Ford y me lancé de cabeza sobre la parte trasera descubierta. Como la zambullida no fue lo bastante perfecta para caer en la parte trasera, buena parte de mi ser, piernas incluidas, quedó colgando. Sospecho que los trabajadores indios que nos cruzamos por el camino debieron de tomarme por un maniquí que Mrs. Pratt recogió en la estación o pensaron que me había atropellado y que me trasladaba al rancho para enterrarme sin que nadie la viera.

Al llegar al rancho, nadie reparó en mí. Mrs. Pratt metió el Ford en un granero con techo de paja y entró en la casa con su marido, dejando que una parte de mi ser siguiera sobresaliendo del camión. Un rato después logré abandonar esa incómoda posición y me trasladé al tapizado asiento delantero.

Cuando desperté el sol estaba bajo, pero no supe si asomaba o caía. Era forastero e intentaba orientarme donde el paisaje resultaba algo incierto.

—Hola, usted, ¿ya ha dormido la mona? —Mrs. Pratt gritó desde el porche de la casa del rancho—. Debo reconocer que el viejo tonto de mi marido ha elegido a un hombre extraordinario. ¡Me lo imagino conduciendo el ganado hasta el Canal de Panamá, so borracho! Por suerte existe ese canal, pues si no tendríamos que perseguirlo hasta Brasil o dondequiera que acabe con las vacas. Venga a comer algo.

Probé un poco de todo para no enfadar un poco más a la buena mujer. Mr. Pratt clavó los ojos en la comida y la pasó de un extremo a otro del plato, sin alzar la vista, comportándose como si no me conociera, mascullando cada vez que le dirigí la palabra. Conocía la estratagema: le había contado a

su esposa que yo lo había engañado y que no quería tener nada más que ver conmigo pero que, puesto que ya había tenido gastos en mi nombre, me enviaría con el rebaño y no tendría más tratos conmigo.

Cuando Mrs. Pratt se retiró unos segundos a la cocina, el ranchero me dijo:

—Escuche, amigo, sea buen compañero y siga el juego. Mañana todo habrá pasado. No es mala persona, le aseguro que es un alma caritativa, pero no soporta la bebida. —Súbitamente cambió de tono—: No debió insistir en que bebiera a la salud del presidente, de la bandera nacional y, por último, del ganado. Ya le había dicho que no bebo. ¿Qué podía hacer cuando propuso un brindis tras otro? ¡No es justo!

Vaya, vaya, vaya. ¿Qué pasaba? ¿Qué significaba todo eso? Ah, Mrs. Pratt había vuelto y él montaba su numerito. Debo reconocer que lo hacía muy bien. Había pronunciado las últimas palabras con tanto ímpetu que Mrs. Pratt tomó rígidamente asiento, como diciendo: «Aquí lo tiene, mi marido es un hombre a carta cabal. Sólo bebe por patriotismo mientras que en usted..., ¡en usted es pura depravación!».

Después de comer nos excusamos amablemente. Me enseñaron dónde estaba mi cama y me fui a dormir.

Por la mañana, inmediatamente después de desayunar, ensillamos y cabalgamos hasta la pradera para que yo eligiera un caballo. Esos equinos nacían, se criaban y se reproducían al aire libre, pues en el rancho de Mr. Pratt no había establo. Eran ejemplares peludos, de colas y crines largas y bastante pequeños, que se alejaban al galope apenas olían a un ser humano.

Dos o tres veces al año reunían las caballadas y las conducían a un corral cercano al rancho. Las alimentaban y daban de beber para que se acostumbraran al hombre; las ataban, embridaban, ensillaban y montaban antes de soltarlas de nuevo en la dehesa. Así, con paciencia y cuidados, se lograba domesticar algo los caballos. Los domadores se ocupaban de no quebrantar el espíritu del caballo, herir su orgullo ni reprimir su temple natural.

Escogí un caballo que no me pareció el más salvaje ni el más dócil, sino el más resistente. Lo rodeamos, lo cogimos con lazo y me lo llevé al rancho, donde lo dejé en paz, atado a un árbol. Un rato después le tiré un puñado de cereales, que ignoró olímpicamente, y después hierba fresca, que también rechazó. Dejé que pasara hambre y sed toda la noche. Por la mañana le llevé hierba, pero, espantado, se alejó tanto como permitía el largo de la cuerda. Le acerqué un cubo con agua, que volcó enseguida pues no estaba acostumbrado a beber de un recipiente, dado que sólo había bebido de arroyuelos y charcos de lluvia.

Con el tiempo logré que comiera y bebiera, mejor dicho, lo venció el hambre y acabó por relacionar el alimento con mi presencia. Dos días después podía acercarme y palmearle amablemente el lomo. Temblaba, pero al cabo de un rato dejaba de temblar. No podía dedicarle todo el tiempo al caballo, sino los ratos en que íbamos al rancho a comer. El resto del tiempo estábamos ocupadísimos separando el ganado.

En cuanto el caballo se acostumbró a mí, le puse una brida sin bocado, aunque le rodeé la boca con la tira de una brida. Si el trato incorrecto no ha estropeado al caballo, puede montarse sin ponerle hierro en la boca: reacciona de maravilla. Es totalmente falso que sólo pueda dominarse un caballo abriéndole la boca por la fuerza o despellejándole los ijares con las espuelas.

Por fin lo ensillé y, cada vez que volvía al rancho a comer, apretaba las cinchas. Simultáneamente ajusté la silla y le puse un peso como si pretendiera montar. Dejé caer los estribos para que colgaran libremente y rozaran sus flancos. Hice ademán de montar apoyando la bota en el estribo. Al primer intento, el caballo se encabritó y soltó coces, pero en pocos días se acostumbró al choque y al tintineo de los estribos. Monté de un salto, pasé una pierna sobre la silla y me apeé con otro salto.

Durante ese período, el caballo había permanecido atado, a veces con cuerda larga y otras con corta. Por fin me atreví a montarlo. Le vendé los ojos y me acomodé en la silla. Se quedó quieto, tembloroso de la cabeza a los pies. Desmonté de prisa, le palmeé el cuello y el lomo y no dejé de hablar afablemente. Volví a montar. Se volvió y se estremeció, pero apenas se encabritó y corcoveó; entonces chocó contra el árbol y se quedó quieto. Continué en la silla y le apreté los flancos con los tacones. Se agitó. Se había dado cuenta de que no había nada que temer, por lo que le quité la venda. Miró a su alrededor. Desde la silla le hablé, lo acaricié, lo tranquilicé.

Ahora me tocaba descubrir si servía o no para cabalgar. Desde el primer día le había golpeado ligeramente el trasero con una fusta a fin de acostumbrarlo a esa señal. Un día lo monté y le hice señas a un chico para que lo desatara. El caballo no se movió pues no sabía qué tenía que hacer. Le di unos golpecitos con la fusta, pero no pasó nada. Arrancó en cuanto recibió un fustazo enérgico. Lo dominé y lo llevé a la pradera, por la que podía correr a su aire. Trotó, incluso galopó, y yo lo retuve cada vez más hasta que se dio cuenta de que era la señal para detenerse o adoptar un paso distinto. Durante el período de adiestramiento, logré conservar la calma y no quebranté su orgullo. Fue así como este animal fuerte y peludo,

de tres años, se convirtió en un buen corcel. Le puse un nombre español: Gitano.

Desconozco si en la larga historia de la humanidad alguna vez se ha entrenado un potro así. Puesto que el modo en que lo hice produjo resultados perdurables, mi sistema no estaba tan errado.

Había que separar el ganado. No tenía ni la menor idea de lo que eso significaba ni de cómo se hacía. Nunca en mi vida había conducido siquiera cincuenta vacas de una pastura a otra. Como Mr. Pratt parecía un lince que vigilaba todos mis movimientos cuando preparaba la manada para la larga marcha, no tuve más remedio que presumir un poco. Si se quiere, puede considerarse un farol descarado. Y quizá lo sea. Si no hubiera intentado echarme un farol en algunos momentos críticos de mi existencia sobre la tierra, habría perdido la vida hace mucho, muchísimo tiempo.

Mi idea (no sé si atinada o errónea) consistía en reunir un grupito de animales para que formaran una especie de centro familiar de todo el transporte, en torno al cual se crearían otros grupitos, y así se mantendrían todos unidos más naturalmente, ya que las vacas pertenecen a una especie que por muchas y sobradas razones prefieren vivir en grupo, lo mismo que perros, caballos, lobos, elefantes, antílopes, cebras... e incluso peces.

En el ínterin, nos dedicamos a separar el rebaño. Primero aparté los toros en busca de un jefe. Los condujimos hasta el corral que yo había elegido y dejé que pasaran hambre. Seguí guardando el rebaño —los ejemplares de dos y tres años y los bueyes, así como los demás toros— en otro recinto. Los examiné uno por uno a fin de comprobar que estaban sanos para la larga marcha; los encerramos en un campo para que desarrollaran el sentimiento de manada. Cuando reuní trescientas cabezas en el recinto, llegué a la conclusión de que los toros estaban preparados.

Los trasladamos al campo del rebaño seleccionado y se desencadenó la batalla por el liderazgo. Los toros a los que ese honor los tenía sin cuidado procuraron inmiscuirse lo menos posible y la batalla pronto se redujo a cinco ejemplares. El vencedor, que aún sangraba abundantemente, arremetió hacia una de las vacas en celo que se le había acercado. Curamos inmediatamente a los machos heridos; en cuanto el triunfador

quedó satisfecho y recobró el sentido de la manada, también recibió medicinas. Si las heridas no se trataban de inmediato, se llenaban de gusanos, y extraerlos era una faena larga y tediosa.

Aunque gusanos, larvas y garrapatas son el gran problema de los rebaños de cualquier parte, en los trópicos es aún más grave. Si el ganado pierde peso, la piel se seca y muere y los ejemplares flacos corren el peligro de que gusanos y garrapatas se los coman vivos. Los animales sanos son agredidos por una pequeña cantidad de bichos que es relativamente sencillo controlar.

En cuanto separamos mil cabezas, Mr. Pratt —hombre magnánimo— me dio cinco ejemplares sanos adicionales como reemplazo de los cinco que, en un millar, seguramente enfermarían o no sobrevivirían a la larga marcha.

A continuación me entregó cien pesos de plata para gastos de transporte, además de algunos cheques que podía hacer efectivos si surgía un imprevisto, y la factura de expedición para las tierras de pastoreo de la terminal. Luego Mr. Pratt me dio un mapa.

Del mapa, mejor no hablar. En un mapa pueden incluirse carreteras, ríos, pueblos, ciudades, pastos, charcas de agua, puestos de montaña y muchas cosas más. El papel tiene paciencia y no rechaza nada. Que en un mapa figure un río o un puente no significa que uno los encuentre donde supone.

Era una delicia oír las blasfemias de Mrs. Pratt. De cada dos palabras, una era «hijo de la chingada», «cabrón» o «jodido» y otras más del mismo tenor. Un lugar así podía ser muy solitario y las noches resultar muy largas, por lo que no se la podía culpar de llevar una existencia tan intensa como lo permitía la vida en un rancho ganadero. ¿Cómo si no podía consumir la pobre mujer su exuberante energía que, de haber vivido en un pueblo o ciudad, habría dedicado a cotillear y chismorrear todo el día con las vecinas? Para ella, todo y todos eran hijos de la chingada: su marido, yo, los indios, la mosca que había caído en su taza de café, la muchacha india que ayudaba en la cocina, el dedo que se había cortado, la gallina que revoloteó sobre la mesa e inclinó la sopera, su caballo, que se tomaba las

cosas con una calma chicha...; sí, para Mrs. Pratt todo bajo el sol era hijo de la chingada.

Los Pratt tenían fonógrafo y bailábamos casi todas las noches. Yo prefería bailar con la india que ayudaba en la cocina. Ethel —Mrs. Pratt— bailaba mucho mejor y congeniábamos tanto que una noche me dijo sinceramente, en presencia de su marido, que si éste muriera o se divorciara, le gustaría casarse conmigo.

Mrs. Pratt era una gran mujer, sin duda lo era y no aceptaré que nadie hable mal de ella. Una mujer capaz de dominar el caballo más salvaje, de blasfemar como para que un sargento mayor se ponga rojo, una mujer ante la cual vaqueros aguerridos y bandidos guardaban las distancias, una mujer que en presencia de su marido (de quien parecía enamorada) podía declarar abiertamente que le gustaría casarse conmigo si él moría o la dejaba... maldita sea, una mujer así podía perturbar a cualquiera, incluso al tipo más frío ante el sexo débil.

Cuando nos íbamos, Ethel Pratt salió a la larga galería del rancho y nos saludó con la mano.

—¡Buena suerte, muchacho! Siempre será bien recibido en este rancho. Eh, Suárez, perro sarnoso, maldito hijo de una puñetera chingada, ¿no ve que esa vaca negra intenta escapar? ¿Dónde tiene sus jodidos ojos? ¡Bueno, muchacho, adiós!

Saludé con el sombrero y Gitano se alejó conmigo.

Sí, partimos, nos fuimos. Los gritos, los chillidos, las llamadas, el vocerío agudo de los indios; el sonido de los látigos de mango corto que rajaban el aire; el tronar de los cascos y el torbellino cuando una columna de animales se espantó, echó a correr y hubo que cerrarles el paso por temor a que perdiera contacto con el rebaño principal.

Como el primer día suele ser uno de los más duros, nos acompañó Mr. Pratt. La manada está débilmente unida y el sentimiento de pertenencia no se desarrolla hasta que el transporte lleva varios días de convivencia, hasta que el rebaño reconoce al toro jefe y percibe el olor de mutua afinidad. Entonces surge el sentimiento de familia, más que el de rebaño, y los animales quieren permanecer unidos.

No se mantuvieron unidos como un rebaño de ovejas que pastor y perro mantienen en orden. Esas vacas, nacidas y criadas en extensas dehesas entre las doce mil cabezas de Mr. Pratt, estaban acostumbradas a los grandes espacios y querían dispersarse, correr en libertad. Los perros que llevamos no hicieron un buen papel porque se cansaron muy pronto y sólo sirvieron para faenas menores. Fue un galopar constante de un lado a otro, gritando a voz en cuello.

Yo llevaba un silbato de policía para hacer señales a los muchachos; el capataz tenía un silbato común que se diferenciaba fácilmente del mío. Situé al capataz en la vanguardia y ocupé la retaguardia, ya que así se podía ver mejor el transporte y porque me parecía más fácil dirigir las operaciones desde atrás.

¿Existe espectáculo más hermoso que un rebaño inmenso de vacas sanas y semisalvajes? Iban por delante de mí, pisoteando la tierra con los cascos... los cuellos gruesos, los cuerpos redondeados, los cuernos orgullosos y soberbios. Era un mar ondulante de vitalidad descomunal, de naturaleza bruta agrupada con un solo propósito. Cada par de cuernos representaba

una vida en sí misma, una vida con su propia voluntad, deseos, pensamientos y sentimientos.

Desde la altura de mi silla de montar escudriñé todo el océano de cuernos, cuellos y cuartos traseros. Tal vez podría haber caminado sobre los anchos lomos de las bestias, cruzando la manada para llegar a los toros con cencerro de la primera línea.

Los animales bramaban en solitario y en coro. Se peleaban y empujaban. Se oían gritos y llamadas. Los cencerros tintineaban. El sol sonreía y caía a pique. Todo era verdor: la tierra del eterno estío. ¡Oh, bella y maravillosa tierra de primavera eterna, rica en leyendas, danzas y canciones! No tienes par en ningún otro sitio del universo.

No pude resistirme a cantar. Entoné lo primero que se me ocurrió, himnos y dulces aires populares, canciones de amor y cantinelas, arias de ópera, cantos de borrachos y canciones picarescas. ¿Qué me importaba el tema de las canciones? ¿Qué me importaba la melodía? Canté porque mi corazón estaba henchido de júbilo.

¡Hasta el aire era mágico! El viento traía el aliento ardiente del monte tropical, el sudor tibio y bochornoso de la masa de ganado en movimiento, los densos vapores de una ciénaga próxima. Sobre el rebaño trotador trazaban círculos grandes grupos de tábanos zumbadores y otros insectos; también nos seguían espesas nubes de moscas verdes brillantes para posarse en la boñiga. Nos acompañaban bandadas enteras de mirlos, que se posaban en los lomos de las bestias y les sacaban del pellejo garrapatas y otros bichos. Una cantidad incalculable de seres vivía de esta poderosa manada. ¡Vida y más vida! Por todas partes no había más que reverberos de vida.

Durante unos días marchamos por caminos vecinales, a ambos lados de los cuales se extendían campos y pasturas acotados con alambre de espino. Esos pastos no pueden usarse sin consentimiento del propietario, razón por la cual nuestro rebaño pastó a la vera de los caminos, donde encontró alimento suficiente. También topamos con bastantes charcas de agua aún repletas por las precipitaciones de la estación de las lluvias.

Cuando coches, camiones o caravanas de carga utilizaban los caminos, el espectáculo se tornaba imponente pues teníamos que apartar a un lado a la manada. Las vacas se desbandaban, daban media vuelta y, en solitario o en grupo, retrocedían varios kilómetros. Les dábamos alcance, las rodeábamos y volvíamos a reunirías con la manada.

La situación se volvió aún más complicada cuando llegamos a pastos abiertos donde pastoreaban otros rebaños que, con frecuencia, no estaban acompañados por vaqueros. A veces esos rebaños se mezclaban con el nuestro y teníamos que separar a los animales; en una ocasión tardamos prácticamente una jornada, pues no podíamos seguir adelante con una res de otro rancho. Si lo hubiésemos hecho, se habrían desencadenado terribles problemas de los que yo y, en última instancia, Mr. Pratt, habríamos sido responsables.

A veces no podíamos quitarnos de encima animales descarriados. Insistían en seguirnos porque se encariñaban con nuestros toros o tal vez porque les atraía el olor de nuestra manada. Había imaginado que sabría de un vistazo si un animal descarriado se fundía con nuestro rebaño o si uno de los nuestros se rezagaba; con demasiada frecuencia, los hierros y las marcas eran muy parecidos y casi ilegibles. Previsiblemente, el capataz, con ayuda de un guía indio, debía alejar a otros rebaños antes de que el nuestro se acercara, pero solía ocurrir que varias docenas de nuestras reses se iban corriendo y se fundían con los otros. La mezcolanza era infernal y acabábamos empapados en sudor y con las gargantas como papel de lija antes de lograr separarlos.

Comparado con la tarea de transportar mil cabezas de ganado semisalvaje de la dehesa por territorio sin explotar y a medias primitivo, el hecho de que un general traslade a su ejército por tierra parece juego de niños. A los soldados se les puede decir qué se espera de ellos. A los rebaños, no, tienes que hacer todo tú mismo. Eres el superior y el subordinado al mismo tiempo.

Si encontrábamos tierras de pastoreo y agua, hacíamos un alto en el camino alrededor de las cinco de la tarde. Si disponían de hierba fresca, los animales podían pasar un día sin agua; dos si era necesario, pero al tercero

había que encontrar agua. Si no daba con ella, dejaba que la manada corriera libremente y la encontrara por su cuenta, aunque el agua podía estar tan lejos de nuestro camino que perdíamos un día.

Por la noche montábamos dos campamentos, uno delante y otro detrás. Encendíamos hogueras, preparábamos café, cocinábamos frijoles o arroz y pan de campaña, que comíamos con tasajo. Luego nos envolvíamos en nuestras mantas y dormíamos en el suelo, con el cielo como techo y las cabezas en las sillas de montar.

Organicé dos guardias con relevos para alejar a los jaguares y mantener unido el rebaño. A algunos animales les gusta curiosear por la noche, como hacen ciertos hombres; además, las bestias están en pie mucho antes del alba y se ponen a pastar. Dejábamos que pastorearan largo rato y a mediodía les proporcionábamos un prolongado reposo.

Después de varios días de travesía, sólo había perdido un toro. Se había peleado con medio mundo y estaba tan corneado que tuvimos que sacrificarlo. Separamos la mejor carne, la cortamos en lonchas finas y la secamos bajo un sol ardiente. Como si quisiera compensar la pérdida de ese toro, la noche anterior había parido una vaca, lo que nos planteó un nuevo problema. El ternerrillo no podía hacer la larga marcha y nosotros no queríamos matarlo. Deseábamos conservar su vida joven y bulliciosa y nos apenaba la madre, que lamía con tanto amor a su cría. Cogí al ternero y lo llevé en mi caballo; cada jinete se turnó para llevarlo durante media hora.

El ternerrillo se convirtió en nuestro animal favorito. Era un gozo y resultaba conmovedor entregárselo a la madre, que siempre se mantenía cerca del jinete que lo llevaba a cuestas. En esos encuentros había grandes lamidas y mugidos, el ternerrillo enfilaba directamente a las ubres y ella se volvía loca de alegría. Cuando se hizo más pesado, lo cargamos en una acémila.

Si hubieran parido muchas vacas, habría sido imposible mostrar tanta consideración, pero sólo ocurrió tres veces más y en ninguna de las ocasiones fui capaz de sacrificar a los pequeños.

La ingratitud está tan arraigada en el carácter humano que más vale darla por sentada y no sentirse afectado por ella. Por su lado, la naturaleza

agradece hasta el servicio más nimio que le prestamos. Ni planta ni animal alguno olvidan el trago de agua que reciben de nuestras manos o el forraje que podemos proporcionales. Aunque sin saberlo, los terneros y sus madres manifestaron su gratitud por la indulgencia que les mostramos.

Llegamos a un gran río y ni el guía ni nosotros encontramos un vado. Aguas abajo topamos con un transbordador y el barquero exigió tanto por res que el cruce habría salido demasiado caro. Aún me quedaba por afrontar el coste de otros ríos, transbordadores y puentes de pontazgo que tuviéramos que utilizar. Mientras regateaba con el barquero, el rebaño avanzó cinco kilómetros río arriba. Pasamos dos días allí porque los pastos eran excelentes. Las vacas se bañaron, retozaron en el río infinitas horas y se libraron de diversos bichos que perecen al contacto con el agua.

Luego de dos días de descanso, aún nos faltaba cruzar el río. Empezamos a transportar los animales, que dieron la vuelta en cuanto notaron la pendiente del lecho del río. Aunque no era muy ancho, tenía canales profundos.

Por fin tuve una idea. Sacamos los machetes, talamos varios árboles pequeños y fabricamos una balsa. Inventamos una larga cuerda con los lazos y un indio cruzó a nado llevando un extremo. Atamos el otro extremo a la balsa y una segunda cuerda, más ligera, para recobrarla. Deposité uno de los terneros en la balsa y el indio la arrastró y dejó en tierra al ternero. Recobramos la balsa y enviamos un segundo ternero. En cuestión de minutos las cuatro crías estaban del otro lado.

Estaban solos en la otra orilla, tambaleándose patéticamente sobre sus patas larguiruchas y delgadas, y organizaron un coro de tristísimos mugidos. Era lastimero. Si los quejidos de esos seres menudos e indefensos nos partieron el corazón, ya te puedes imaginar cómo afectó a las madres. Los pequeños sólo habían gemido un poco cuando una de las madres se metió en el río y nadó hasta la otra orilla. En el acto la siguieron las otras tres. El encuentro fue muy cariñoso, pero no pudimos contemplarlo pues nos aguardaba un duro trabajo.

Ahora mugían las madres porque estaban separadas de la manada; tenían miedo y deseaban reunirse con sus parientes y amigos. Los toros oyeron

las quejas y se lanzaron al agua. El jefe no figuraba entre ellos. Sólo habían cruzado los más jóvenes, probablemente convencidos de que en la otra orilla tenían posibilidades de fundar un nuevo imperio, lejos de la interferencia de los toros adultos. Así se desataron los celos de los toros mayores y más corpulentos, incluido el jefe. Bufaron y cruzaron deprisa para dar una lección a esos jovencitos petulantes.

El agua los serenó y al llegar a la otra orilla ya no tenían ganas de lidiar, pese a que desde el otro lado habían bufado ferozmente. Como los toros habían cruzado, las vacas no tenían la menor intención de pasar el resto de sus vidas sin machos cerca; como tenían por costumbre seguir a todas partes a los toros, también entonces los siguieron. En pocos minutos el río se llenó de reses que bufaban y chapoteaban y hacían todo lo posible por cruzar a nado. Hubo una deliciosa confusión de cabezas con cuernos y de lomos sobresalientes.

Cuando el cruce se tornó peligroso, algunos animales dieron la vuelta, momento en que intervinimos. Si permitíamos que las reses tímidas retrocedieran, la mitad del rebaño podía imitarlas. Todas chapoteaban, incapaces de avanzar en línea recta en medio de las aguas rápidas, arremolinándose y dirigiéndose tanto a una como a otra ribera. Entramos en el río a caballo y gritamos, usamos los látigos y las empujamos, las empujamos y las empujamos hasta el otro lado. Tres animales se alejaron demasiado río abajo, quedaron fuera de nuestro alcance y fueron arrastrados por las aguas: los perdimos.

Esos tres fueron las únicas pérdidas del cruce del río. Nos salió barato porque no eran ejemplares muy buenos; habían creado problemas durante el transporte y siempre se rezagaban. Cuantos menos rezagados tiene una tropa, mejor van las cosas. Dejamos que el rebaño descansara a sus anchas mientras preparábamos el campamento. Aunque nadie oyó nada, aquella noche un jaguar mató a una vaca de dos años. El esqueleto y las huellas de las garras descubiertas la mañana siguiente nos permitieron saber qué había ocurrido.

Puedo decir que, en todo sentido, nos salió barato. Habríamos tardado una semana en cruzar los animales en el pequeño transbordador y habría

costado cientos de pesos; incluso así, habría sufrido pérdidas. Las reses podrían haber saltado del transbordador o sido víctimas de jaguares y caimanes si hubiésemos permanecido tanto tiempo junto al río. Los pesos que ahorré se sumaron a mis ganancias y mi gratificación.

Debía a mis queridos terneros lo que había ahorrado en cruzar el río. El afecto que habíamos mostrado a las crías y a sus madres fue generosamente compensado.

La conducción de ganado no habría resultado auténtica sin bandidos ni cuatreros. A decir verdad, cada día que pasa uno se sorprende de que aún no hayan aparecido. Un transporte de ganado tan numeroso como el nuestro no pasa inadvertido. Lo ven muchos hombres, se habla de él y nunca se sabe qué ojos son los del explorador de una pandilla de cuatreros o de bandidos.

Les encontramos una mañana. Se acercaron al galope, inocentemente, y podríamos haberles confundido con peones que iban al mercado o que buscaban trabajo. Se aproximaron de lado.

—¡Hola! —gritó el jefe—. ¿Tiene tequila?

—No, no tenemos tequila —respondí—. Pero llevamos tabaco. Podemos darles un poco.

—De acuerdo, lo aceptamos. ¿Tiene hojas de maíz?

—Podemos prescindir de dos docenas.

—También nos las llevaremos. ¿Qué hay del dinero? Este transporte debe tener dinero para transbordadores y puentes de pontazgo.

Las cosas se ponían al rojo vivo: dinero.

—No llevamos dinero, sólo cheques.

—Cheques, basura. No sé leer.

Los cuatreros discutieron y luego el portavoz se acercó al galope.

—En cuanto al dinero, echaremos un vistazo.

Registró mis bolsillos, las alforjas, la silla de montar y los arreos..., pero no encontró dinero. Sólo halló los cheques y tuvo que reconocer que le había dicho la verdad.

—Unas vacas no nos vendrían nada mal —declaró.

—A mí tampoco —respondí—. No soy el dueño, sino el encargado de conducir este ganado.

—Entonces no le molestará que me lleve una o dos.

—Adelante —acepté—, sírvase usted mismo. Tengo una buena vaca con una pata coja. Dará leche dentro de tres meses. Puede curarle la pezuña, no es nada grave.

—¿Dónde está?

Pedí que la trajeran y al cuatrero le gustó. Mientras tanto, el rebaño había seguido avanzando, ya que no era posible detenerlo con una orden —como a un ejército—, sobre todo porque no había pastos en aquel lugar. Los ladrones tuvieron la amabilidad de cabalgar a mi lado.

El jefe dijo:

—Me ha dado una y ahora me toca elegir otra.

Escogió un animal, pero evidentemente no entendía de ganado y no me preocupó perder la que había elegido.

—Ahora puede elegirme otra —ofreció.

La elegí. Luego escogió otra vaca, esta vez una de las lecheras.

—¡Señor, vuelve a tocarle a usted! —gritó.

No pude resistirme a hacer una broma. Llamé al que llevaba en la silla de montar al ternero de la vaca lechera.

—Aquí tiene, este trato incluye al pequeño —dije y le entregué el ternerillo.

Quedó encantado con el trato y tomó la cría por un animal adulto. No lo hizo por generosidad, claro que no. Muchas personas no saben ordeñar o sólo lo hacen si la vaca está amamantando al ternero. La leche debe fluir casi espontáneamente, como si la vaca estuviera alimentando a su cría. Por

eso el ternero fue un magnífico regalo para el cuatrero. Ahora podría ordeñar la vaca y conseguir leche para su familia o para vender.

Le tocó elegir otro animal.

Se largaron con siete vacas y un ternero, lo que me costó ciento setenta y cinco pesos. Cuando firmé el contrato con Mr. Pratt, consideramos la posibilidad de que aparecieran bandidos. Se trataba de saber cómo los afrontaría. Lo mejor es negociar con ellos, como empresarios, y utilizar la diplomacia, ya que podrían haberse ido con quince reses en lugar de con siete y media.

Se reduce a un gasto comercial, como los costes de almacenaje. Era un riesgo comercial, como también lo son el descarrilamiento de un tren, o el hundimiento o incendio de un barco. En este país y en aquella época ningún ranchero aseguraba sus rebaños; ninguna compañía de seguros habría hecho una póliza, salvo a una tarifa imposible de satisfacer. Los bandidos eran un riesgo comercial, como en otras regiones pueden serlo depósitos, cargas, alimentación, agua, impuestos y permisos. En este caso los riesgos son ríos, montañas, puertos de montaña, desfiladeros, zonas arenosas, rutas sin agua, bandidos, jaguares, serpientes de cascabel, culebras venenosas y, si ocurre lo peor, una epidemia que el ganado puede contraer en contacto con otras reses con las que se cruza durante la travesía.

Aquí los costes eran producto de la inmensidad de la tierra: las manadas, la reproducción, el incremento. Las doce mil cabezas de Mr. Pratt no figuraban entre los rebaños más numerosos de la región. Bandidos y cuatreros eran otro factor. Claro que se puede disparar a los bandidos o amenazarles con avisar al ejército. Algunos insensatos lo hacen. Se ve perfectamente en todas las películas: treinta y tantos bandidos huyen de un vaquero más listo que el hambre. Ocurre en el cine, pero no en la realidad. En la realidad es muy absoluta y tajantemente distinto.

En la realidad, los bandidos no se alejan afablemente al galope. Es patrimonio de los bandidos tomar lo que necesitan. Tres siglos de esclavitud, de sumisión a los señores feudales españoles, de dominio de la iglesia y de torturadores sólo podían desmoralizar al pueblo más honrado

de la tierra. Mis bandidos se alegraron de conseguirlo todo fácil y cordialmente, con una conversación tan amable, incluido mi chiste con el ternero. Todos quedamos satisfechos.

Tuvimos que hacer un gran desvío porque en nuestro camino se interponía una ciudad populosa y a su alrededor no había pastos. Subimos por una zona fluvial y luego cruzamos una cadena montañosa: la Sierra.

Allí hacía frío. Aunque el agua abundaba, los pastos escaseaban y los animales comían hojas de los árboles. El follaje alimentaba tanto como la hierba y supuso un cambio favorable para el ganado. Al verlos devorar limpiamente las hojas de los árboles, me costó trabajo dudar de que, en la antigüedad, las ganaderías no hubieran sido bestias de la pradera y la estepa, sino bestias del bosque que se alimentaron de matorrales y árboles de ramas bajas en bosques que prácticamente han desaparecido, al tiempo que han sobrevivido árboles altos y de gran crecimiento.

La travesía montañosa fue agotadora porque el ganado de dehesa no estaba habituado a los senderos de montaña. Dos ejemplares perdieron el equilibrio, uno de ellos un toro joven y magnífico. Cayó con la vaca mientras copulaban alegremente: una tragedia amorosa. Los vimos aplastados en el fondo del desfiladero. A pesar de todo, yo había previsto más caídas.

También tuvimos dos casos de mordedura de serpiente. Una mañana notamos que dos vacas tenían las patas hinchadas; el análisis reveló las marcas de los dientes. Tuvieron suerte pues el veneno no las había afectado fatalmente. Tratamos las heridas abriéndolas, lavándolas con alcohol puro y aplicando un torniquete encima de la mordedura. Una vez atravesada la montaña hicimos un alto de dos días y las vacas se recuperaron. Me alegré de haberlas salvado.

Aquella noche dos indios discutieron acaloradamente sobre el tipo de serpiente que había producido las mordeduras. Uno sostenía que se trataba de serpientes de cascabel y el otro insistía en que eran culebras venenosas. Resolví el conflicto, que amenazaba con volverse grave, trazando un paralelismo:

—Castillo, si le dispararan o, peor aún, si le dispararan y le mataran, ¿qué importancia tendría que lo hicieran con un revólver o con un rifle?

—Seguro, señor y eso no tiene importancia. Un disparo siempre es un disparo.

—Muchachos, ya lo saben, lo mismo se aplica a las vacas. Las han mordido serpientes venenosas, ya sean crótalos o culebras. Y duele. En cuanto a lo demás, les importa un bledo.

—Tiene razón, señor, fue una serpiente venenosa. ¿A quién le importa de qué tipo?

Mi dictamen les pareció tan inteligente que pasaron de las serpientes a la posibilidad de curar mordeduras de serpiente y analizaron todo tipo de hierbas y de remedios indios. De esta forma la controversia se disolvió en agua de borrajas.

Una mañana, al alba, dimos la señal de ponemos en marcha y cabalgué hasta la cumbre de una colina para ver más allá del rebaño y decidir qué dirección tomaríamos. Desde lo alto divisé agujas de iglesia en lontananza.

¡Teñido por el oro reluciente del amanecer, el final del camino estaba a la vista!

Nuestros problemas habían terminado. En la ciudad bañada por la dorada luz del sol nos aguardaba la alegría. Dejé el rebaño en la pradera, ordené que no se levantara campamento, galopé hasta la ciudad y telegrafíé a Mr. Pratt. Cuando regresé era de noche, las hogueras ardían y los dos vaqueros de guardia cabalgaban ociosamente, cantando a los animales a fin de dormirlos.

Para el ser humano, que siempre ha sido diurno, la noche tropical contiene un elemento inefablemente misterioso; las noches tropicales también son misteriosas para los animales diurnos. Por la noche, los rebaños pequeños se agolpan en torno a la vivienda de los ranchos para estar cerca del hombre, sabedores de que éste es su protector. En las semanas posteriores a la estación de las lluvias, cuando tábanos y mosquitos pueblan el aire con la espesura del polvo arremolinado, el ganado retorna de las praderas y, a la espera de ayuda, se congrega alrededor de la vivienda del rancho. Y no se les puede ayudar porque uno se ha cubierto la cara y las manos con un trapo para protegerse de los espíritus malignos del calor tropical.

Incluso los grandes rebaños que se encuentran en los ranchos se inquietan cuando cae la tarde. Rodean las chozas de los vaqueros y los guardas cabalgan entre las bestias, cantando toda la noche, para que los animales se duerman. Algunos grandes ganaderos dejan que los propios vaqueros decidan si cantan o no, pues lo consideran innecesario. Las reses que no se duermen con canciones pasan inquietas toda la noche, se tienden diez minutos, se incorporan para dar una vuelta y se frotan contra las vecinas en busca de compañía. Al día siguiente están adormiladas, comen menos

que el ganado que se ha dormido al son de los cantos y, en consecuencia, tardan más tiempo en amansarse. Durante los transportes, los cantos son aún más críticos porque el ganado se muestra más inquieto al tener que dormir en tierra extraña.

Pedí a mis hombres que cantaran todas las noches y lo hicieron encantados. A medida que los vaqueros cabalgaban lentamente a su alrededor, sin dejar de cantar, las vacas se tendían con una sensación de absoluta seguridad; seguían soñolientamente con los ojos al jinete cantor, mugían, soltaban un suspiro descomunal y se dormían. Cuanto más se cantaba durante la noche, mejores resultados se conseguían, pues las bestias se sentían doblemente seguras de que no les sucedería nada, dado que el hombre estaba cerca para protegerlas de todos los peligros, incluidos jaguares y pumas. Puedo añadir que mis cantos de vaquero habrían espantado a todo aficionado a la música. Diré que mi canto se consideraba la octava maravilla del mundo, aunque no en música.

Ya no era necesaria la guardia delantera porque el río nos protegía y los flancos sólo necesitaban dos vigilantes regulares. Llamé al capataz para que todos estuviéramos reunidos la última noche. Más tarde, mientras los hombres fumaban y charlaban en torno a la gran hoguera, ensillé y vigilé al ganado, cantando, silbando, tarareando, llamando a las vacas.

Claro como sólo puede estar en la noche tropical, el cielo negro azulado trazaba un arco sobre la pradera cantarina que bordeaba el río. Las estrellas titilantes tachonaban de oro el cielo aterciopelado. Montones de estrellas fugaces atravesaban el firmamento, como si se balancearan en la alta cúpula solitaria en busca de amor o para dar amor, algo inasequible en esas alturas, donde no hay puente que salve el vacío entre una estrella y otra.

En las llanuras cubiertas de hierba sólo se divisaban luciérnagas y gusanos de luz. La vida invisible cantaba con un millón de voces y emitía música como la del violón, la flauta, el arpa, un címbalo diminuto y la campana.

¡Ahí estaba mi rebaño! Un cuerpo oscuro y redondeado junto al otro. Mugía, respiraba, exhalaba una penetrante, cálida y fuerte fragancia de

bienestar espontáneo, tan rica en su sosegada terrenalidad, tan balsámica para el espíritu, provocando un contento tan profundo.

¡Mi ejército! ¡Mi orgulloso ejército, al que había guiado por ríos y montañas, protegido y cuidado, alimentado y dado de beber, cuyas disputas había dirimido y cuyos males había curado, al que le había cantado hasta dormirlo noche tras noche, por el que había llorado y me había preocupado, por cuya seguridad había temblado y cuyos cuidados me quitaron el sueño, por el que había llorado cuando perdí una cabeza, al que había amado y amado, sí, amado como si fuera de mi propia sangre!

Oh, tú, el que trasladaste ejércitos de guerreros por los Alpes para llevar muerte y saqueo a tierras de paz, tú, ¿qué sabes tú de la alegría, del júbilo absoluto de conducir un ejército?

La mañana siguiente llegó el transporte de sal. Durante la larga marcha sólo les había dado sal una vez porque es un riesgo que no conviene correr a menos que puedas proporcionarles agua en abundancia el mismo día y al siguiente. Ahora tomaron sal y bebieron tanta agua como quisieron, por lo que adquirieron un magnífico y rollizo aspecto, como soldados con uniformes nuevos. Sus pieles cepilladas resplandecían como si estuvieran pintadas con laca; me sentía orgulloso de la manada que había transportado.

Pocos días después llegó Mr. Pratt con el agente de ganado.

—¡Caray, hombre, que ejemplares! —repetía el agente—. Se venderán como tortitas calientes en pleno invierno.

Mr. Pratt no hacía más que estrecharme la mano.

—Muchacho, vaya, muchacho, ¿cómo lo logró? No lo esperaba hasta finales de la próxima semana. Ya he vendido cuatrocientas cabezas. Otro ganadero viene hacia aquí y si usted se hubiera retrasado, el precio habría bajado, ya que este mercado no puede asimilar dos mil reses en una sola semana. Vamos, lo llevaré a la ciudad. Ahora el capataz puede hacerse cargo del rebaño.

Una vez en la ciudad, arreglamos cuentas y me encontré con cientos de pesos en el bolsillo. Además, Mr. Pratt me convidó a una regia cena.

—Si me pagan bien, le daré cien pesos más como gratificación adicional —dijo—. Se lo ha ganado. Le salió barato lo de los condenados bandidos.

—A fuer de ser sincero, debo decirle que traté personalmente a uno de los bandidos, un tal Antonio —reconocí—. En otros tiempos recogimos algodón juntos. Él se ocupó de que el incidente me saliera barato.

—A eso iba, exactamente. Usted está signado por la buena fortuna en todo, ya sea que críe ganado, lo conduzca o elija una esposa. —Se echó a reír—. A propósito, muchacho, ¿qué le hizo a mi esposa?

—¿Yo? ¿A su esposa? —Se me atragantó la comida y creo que palidecí.

—¡Vaya con las mujeres! ¡Pueden ser muy irresponsables! Se les meten ideas raras en la cabeza y de repente, en un arranque de sinceridad, confiesan cualquier cosa. ¿Era posible que Ethel hubiese levantado la perdiz? No parecía ese tipo de mujer.

—Cuando llegó su telegrama, mi mujer empezó a desvariar. «¡Ahí lo tienes! ¡Eres un verdadero desastre! Dijiste que era una nulidad y el muchacho condujo el rebaño como si lo llevara en una canasta colgada de la perilla de la silla de montar. Algo que tú serías incapaz de hacer. ¡Este individuo, este jodido hijo de la chingada, tiene agallas!»

—Por favor, Mr. Pratt, ¿no estará pensando en divorciarse?

—¿Divorciarme, yo? ¿Por qué? ¿Tan sólo por un quítame allá esas pajas? —Sonrió de extraña manera. No supe qué quería darme a entender—. Nada de eso. ¿Por qué tendría que divorciarme? ¿Acaso tiene miedo de que lo haga?

—Sí —confesé.

—¿Por qué?

—Porque su esposa dijo que se casaría conmigo.

—Ah, sí. Recuerdo que lo dijo y le aseguro que, cuando dice que va a hacer algo, lo hace. ¿Por qué está tan nervioso? ¿Tiene miedo? ¿No le gusta mi esposa? Creía que...

No le dejé acabar la frase y confesé rápidamente:

—Su esposa me gusta muchísimo, pero... ¡por favor, no se divorcie! Si me casara con ella, tal vez no estaría mal, pero realmente no sabría qué hacer con una esposa, disculpe, lo que debería hacer con su esposa.

—¡Lo mismo que con cualquier mujer! ¡Darle lo que le gusta!

—No es ésa la cuestión, se trata de otra cosa. No sé si me desenvolvería como marido. —Hice grandes esfuerzos por aclararle mi situación—. Entiéndame, no soy más que un vagabundo. No sé si podría soportarlo. No podría arrastrar a mi esposa en mis viajes ni quedarme quieto y sentarme todos los días a una mesa como debe ser para tomar un desayuno y una cena de verdad. ¡No! ¡Mi estómago tampoco lo soportaría! Ahora bien, si tuviera la amabilidad de hacerme un favor...

—Lo que quiera. Ya está concedido —respondió afablemente.

—No se divorcie de su esposa. ¡Es una buena esposa, una esposa hermosa, valiente e inteligente! Mr. Pratt, nunca encontrará otra mujer como ella.

—Ya lo sé, por eso no tengo la menor intención de divorciarme. Jamás se me ocurriría tamaño desatino. ¡No sé cómo se le metió semejante disparate en la cabeza! Venga, salgamos y celebremos el fin de nuestro contrato de transporte de ganado. Nos fuimos.

Bruscamente Mr. Pratt dejó de beber. ¿Y ahora qué me hará?, dije para mis adentros. ¿Me matará de un balazo?

—Diga, Mr. Pratt, ¿qué pasa ahora?

—¿Sabe lo que ocurrió mientras conducía el ganado?

—¿Qué ocurrió? Venga, Mr. Pratt, soy todo oídos —estaba tan confundido que me costó trabajo encontrar las palabras adecuadas.

—Me refiero a la Panadería La Aurora —dijo secamente.

—Sí, sí, hable, ¿qué pasó con La Aurora?

—Los panaderos han ido a la huelga y evidentemente la cosa va para largo.

—¿Los panaderos de La Aurora han ido a la huelga?

—Sí. Y no sólo los de La Aurora. Están en huelga todas las panaderías del puerto. Es imposible comprar un mendrugo, ni siquiera se consigue un panecillo seco. Todo el mundo come tortillas. En mi vida había visto a tantas mujeres vendiendo tortillas.

—Es una pena —comenté.

—¿Sabe qué han dicho los Doux a todo el mundo?

—No. ¿Qué han dicho?

—Que usted desencadenó la huelga de panaderos.

—¿Yo? ¿Está seguro? Vaya, vaya, ¿cómo podría haberlo hecho? Estuve ocupado conduciendo mil cabezas de ganado a campo traviesa. ¿A cuántos kilómetros de distancia fueron a la huelga los panaderos? Puede ver claramente que los Doux son unos malditos difamadores... injustos hasta la médula. Yo no sé nada de esa huelga de panaderos.

—Escuche. Los Doux dicen que, desde que usted entró a trabajar en su establecimiento, los de la panadería han estado descontentos con todo: la comida, el dormitorio, la paga y las largas jornadas. Usted acababa de abandonar el local cuando se armó la marimorena. ¡Y entonces estalló la huelga! Un día fue La Aurora y al siguiente se sumaron todos los hornos. Los hombres quieren dos pesos diarios, mejor comida, un lugar mejor para dormir y jornada de ocho horas.

—Bueno, Mr. Pratt, le diré la verdad y nada más que la verdad. Sinceramente, no tuve nada que ver con esa huelga. Se lo dije la primera vez que nos vimos, cuando me contó las referencias que Shine le dio de mí. Le dije que, por pura casualidad, siempre se declaraba huelga donde yo trabajaba o había estado trabajando, aunque apenas hubiese tenido tiempo de mirar a mi alrededor. Y no puedo remediarlo. No soy responsable de que los trabajadores estén insatisfechos y quieran algo

mejor. Nunca les digo nada. Cierro el pico y dejo hablar a los demás. Me sorprende que, dondequiera que vaya, la gente diga luego que soy un rojo perturbador. Mr. Pratt, le aseguro que esto es...

—La pura y absoluta verdad —Mr. Pratt concluyó la frase que yo pretendía acabar de una manera totalmente distinta.

Así va el mundo, la gente le quita a uno las palabras de la boca y las tergiversa. En realidad, no me asombra que se formen una falsa imagen de todo.

La gente debería permitir que cada individuo expresara su opinión, pero no, siempre andan hurgando en los asuntos ajenos. No me extraña que no se entiendan.



ACERCA DEL AUTOR
BRUNO TRAVEN

(Alemania, 1882 — Ciudad de México, 1969) Escritor estadounidense. Es uno de los casos más singulares de la literatura contemporánea: su biografía está llena de contradicciones, y a pesar de los años transcurridos desde que murió, aún no ha sido posible esclarecer de modo incontrovertible su identidad.

Nacido probablemente en 1882 en la Alemania Oriental (hoy Polonia), durante su infancia no se llevó bien con sus padres, quizá adoptivos; su verdadero apellido podría ser Feige. También podría haber nacido en 1890 en Chicago, de padres escandinavos (Torsvan) que regresaron a Alemania al cabo de pocos años. Hasta 1924 usó los pseudónimos de Maurhut, primero, y Marut, después, con los cuales publicó sus primeros cuentos en Alemania, donde llevaba a cabo diversas actividades apoyándose en grupos anarcosocialistas.

En 1925 se encontraba ya en México, país en el que adoptó el nombre de Traven y desde donde mandó una carta a su editor alemán en la que afirmaba: "Escribo en inglés y lo hago traducir al alemán porque la Alemania de 1925 es un país donde la actividad literaria goza de una gran libertad, mientras que en América sería censurado". Si la carta es auténtica (hay problemas de atribución), se entiende por qué se puede considerar a Bruno Traven como un escritor estadounidense. Las historias de sus libros, a excepción de *El barco de la muerte* (1926), se sitúan además en el mundo latinoamericano, y no puede olvidarse el gran éxito que tuvieron en el mundo anglosajón.

Por otra parte, aun suponiendo que hubiera escrito en alemán, en la lengua enjuta y sin adornos que aún se hablaba en Pomerania después de la Primera Guerra Mundial, los temas de las obras de Bruno Traven están tomados siempre del mundo mexicano, de los indígenas, de los blancos explotados, de las estructuras de poder mesoamericanas. Es inolvidable, por ejemplo, el llanto de la madre por la muerte de su hijo en *Puente en la selva* (1927). Otras dos novelas de innegable importancia, *Die Baumwollpflücker* (1925) y *La Carreta* (1931), tienen por protagonistas a los indígenas. *El barco de la muerte*, en cambio, está ambientada en Europa, y narra las vicisitudes de un marinero forzado a padecer la suerte alucinante de los rechazados del mundo debido a la falta de documentación y, por tanto, de identidad burocrática.

El tesoro de Sierra Madre (1946) lo hizo famoso por la película del mismo nombre; dirigida en 1948 por John Huston e interpretada por Humphrey Bogart, la versión cinematográfica alcanzó un éxito considerable. Otras novelas de Bruno Traven, como *Die weisse Rose* (1929), *Government* (1931), *Die Ribellion der Gehenkten* (1936) o *Aslan Norval* (1960), tuvieron un éxito menor, pero todas son testimonio de sus aspiraciones libertarias y antiimperialistas, y de un nivel literario notable.